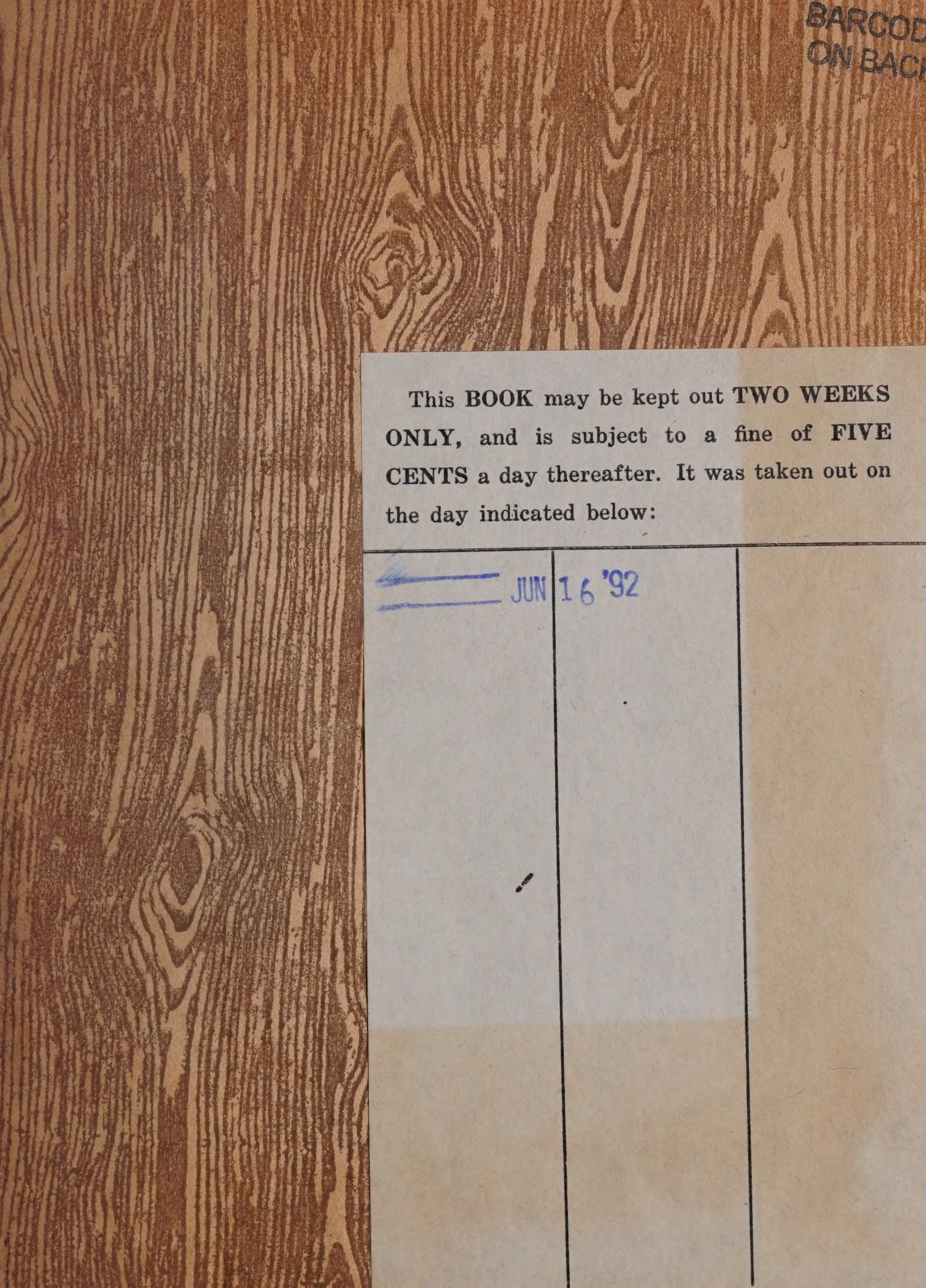

BARCODE
ON BACK
This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:
JUN 16 '92

MEMORIAS DE UN POLICIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

"*Entre Frondas*" (Poesías) año 1918.

"*La Suprema Revista*" — 7 cuadros y prólogo en verso — Música de Octavio E. Borgarello. 1920.

"*El Cínico*" — Drama en 3 actos. 1921.

"*El Poema de los Ojos*" — C. Rivadavia. 1922.

"*El Discípulo del Diablo*" — Original de Bernard Shaw, traducción y adaptación con Ramón López Ares.

"*Angélica Lefrank*" ("mi novela"). 1923.

"*El Poema del Dolor*" — C. Rivadavia — 1923.

"*El Poema de los besos y los labios*" — C. Rivadavia. 1924.

"*Carne Triunfal*" — Aguafuerte en 3 cuadros, 1925.

"*El Diablo en el Corazón*" — Gran Guiñol en 3 cuadros en colaboración con Ramón Carbonell. 1925.

"*La máscara de oro*" — Drama en 3 actos, en colaboración con Ramón Carbonell. 1925.

"*Lágrimas de Amor*" — Comedia romántica en 3 actos, en colaboración con el mismo, 1925.

"*Pájaros*" — Comedia dramática en 2 cuadros, 1927, estrenada en Aguas Buenas (Pampa).

"*Locuras*" — Sainete en 1 acto, 1927, estrenado en el mismo lugar.

A PUBLICARSE

"*La Almoneda de las Almas*" — Cuentos — Teatro.

"*Alas*" — (Poesías).

"*Miserias*" — (Historia de un pobre torturado) — Novela.

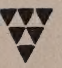
"*Cristal*" — (Poesías).

"*Para leer en la cama*" — (Lectura digestiva).

LEON YARARA

MEMORIAS
DE UN
POLICIA

EDITADA POR EL CIRCULO POLICIAL DE
RIO NEGRO



BIBLOS EDITORIAL
BUENOS AIRES

"BIBLOS EDITORIAL", *Talleres Gráficos — Sarmiento 2157 —*

AL LECTOR

Este libro fué escrito durante el año 1928 *para propia satisfacción del autor; por razones comprensibles recién ahora puede publicarse.*

La natural resistencia de quien lo escribiera obedeció a ciertas represalias, veladas en principio, que tomarían cuerpo con el andar del tiempo, las que, por fortuna, desaparecieron.

No es nuestro propósito atacar a cierto elemento, ni de ejecutar viles venganzas personales, solamente, como lo apreciará el lector, haremos crítica sana que debe producir los efectos que se buscan; el estado actual de cosas garantizan su aparición y lo colocan en buen terreno.

Comprendamos estas intenciones y ayudémosnos antes de que transcurra el momento oportuno.

Memorias de un Policía

Fuera de los centros más o menos poblados puede afirmarse que la policía de los territorios, en la actualidad, se halla en condiciones inferiores a como estuviera en lejanas épocas, bien es verdad que los medios de locomoción hayan progresado notablemente, habiendo sido substituído el caballo, con ventaja, — cuando los caminos lo permiten, — por el automóvil; presumiéndose entonces, a pesar de ello, cuando al funcionario le corresponde actuar en pleno desierto, en lugares donde los pueblitos en formación se escalonan dentro de estancias o chacras, distantes entre sí a veces siete leguas, el enorme sacrificio que supone para el hombre civilizado con hábitos comu-

nes, ir perdiendo día a día su personalidad, agobiado por el peso constante de esa quietud, frente a un paisaje eternamente triste, siempre igual, monocorde... soportando, cuando el núcleo lo tolera el chisme artero, la conversación necia, el inacabable cuento, ya leyenda, de aquello ocurrido en tiempo lejano, remotísimo, que a fuer de repetido en mil formas y modos golpetea el cerebro al sólo recuerdo de su enunciación.

Cada hora se convierte en un tormento apenas sufrible, cada día, larguísimo, acoge a la noche con fruición, y cada año tortuoso, va formando la reja de ese presidio voluntario, al que nos acostumbraremos sin darnos cuenta, siendo acaso grato después, pero del que no saldremos nunca más, a pesar nuestro.

Aquellos hombres — Nada, que les es indiferente tanto la vorágine extremada de la cosmópolis, como la quietud del sepulcro donde moran, llegan a reírse de estas cavilaciones nuestras, sin considerar su franca incapacidad de saber contemplar una alborada primaveral, salpicada de puntos refulgentes o las bruscas cambiantes mágicas del pincel multi-

color cayendo en los atardeceres patagónicos; aquellos hombres—Nada, cancerberos del código—no siempre—quedaron reducidos a una hoja de papel de oficio, con la balanza de la justicia en una mano y con un grueso rebenque en la otra. ¿Si Themis tiene los ojos vendados, cómo podrán tenerlos ellos?

Hemos conocido escasos funcionarios llegados al final de la *carrera* policial por años de servicio o por méritos propios, en general, se trata de elementos improvisados, sin la noción clara del cargo que desempeñan, nombrados en buena hora tanto para ir dejando espacio en los pasillos del ministerio, ávidos por "ganar" dinero, estableciendo su posición futura, merced a obscuros manejos conocidos; en cuanto a los otros, tanto más temibles, cuanto que logran la impunidad de sus actos, sino con influencias, con el conocimiento adquirido en la práctica, salvaguarda propicia, amparada con la escuela que practicamos, pues, así toman vuelo sus clásicos subalternos — todos de un corte — esperanzados en eclipsar pronto a sus hábiles maestros.

Comprendemos asimismo, la ímproba ta-

rea que supone una prolija selección para garantir como está prescripto, la vida y hacienda de los vecindarios, empero, sería menester revisar valores, controlar los ha iniciarse, reivindicando por fin, los recursos, eliminando en consecuencia los malos.

No es correcto el procedimiento vulgarizado de trasladar de un punto a otro a un empleado, por considerársele pernicioso, si es malo, tanto lo será en cualquier lugar que se le destine, es infantil suponer que sólo el contacto con el medio opuesto conquistará al sujeto, devolviéndolo sano, honesto y eficiente, en suma, útil a la sociedad, que debe servir como amplia garantía de ejemplos morales. Indudablemente, "no todo está podrido en Dinamarca", hemos conocido funcionarios correctos, y lo que es más extraño, inteligentes, acreedores al elogio caluroso, por desgracia éstos son tan escasos que bastarían breves líneas para demostrarlo, empero, ello significa algo ya.

De las referencias expresadas más arriba surgen curiosos personajes, de tan distinta psicología, que el legista y el literato halla-

rán amplio campo de acción para producir páginas pintorescas, graves, graciosas, extrañas, con ribetes de novela, con asomo de tragedia, danzarían locos *lindos,* locos peligrosos, sujetos superficiales, actores, cantantes, filósofos simples, literatoides, etc., etc., fauna digna de un museo, del zoológico, y si nos apurais un poco, del manicomio.

Así podríais observar a un simpático subcomisario que imita al cantor Gardel y a ratos lo supera; a otro que impone la disciplina dando eficaces lecciones de box, magullando agentes y clases; quien por vía semejante "arregla" casamientos con asombrosa rapidez; quien desvalija a un joyero haciéndole chistes verdes y lo convence, además, que debe llevarlo a cenar; aquel que abona en medio de la vía pública los viajes realizados por puro placer en automóvil, con sonoros besos; el otro que acata órdenes terminantes de la esposa por teléfono...; quien gesticula y habla solo ingiriéndose a diario sendas dosis de aceite de ricino con el santo objeto de curarse; quien guarda en el misterioso baúl, vedado a las más caras miradas, desde un alfiler oxida-

do, a una tira de piolines; el que bebe solamente licores cuyas palabras comiencen con la letra c; aquel bonachón (¡oh! gordo inolvidable) rimador, aburrido, capaz de escribir en diez block nada más que su nombre y apellido, estamos tentados de descubrirlo; ese otro, noctámbulo incorregible, tartamudo los *días húmedos,* que guarda los billetes de lotería sin premio en un cuaderno especial, sumando y dividiendo sus números para arracarle a la cábala su don más preciado; aquel menudito, de paso gentil, que recuerda el nombre y apellido de todos los infelices que tuvo la suerte — según él — de procesar en su vida; el divino caballero cordobés, de frondosa melena romántica, don Juan acabado, dogmático, charlatán, tan falso con los hombres, como hipócrita con las mujeres; el temible colega... Valía denunciarlo, se lo merece, resistamos la tentación... Verdugo temible, cuando se le facilita el hacha vengativa; aquel elegante y bien nacido, bebedor, perverso, malo consigo mismo, su tragedia es el alcohol, como la de tantos de sus amigos; y este, aquí lo tenéis, un bravo poeta, perdido para siempre, fué amigo

de Sánchez, de Roldán, de Iglesias Paz, ¡qué prosa límpida! ¡qué verso excelso!, no quiere saber nada con la vida, la soledad terminó por destruirlo, y decir, lector, que este pedazo de pan figura en la antología argentina entre los famosos de su época!, llegó a comisario como pudo haber llegado a la gloria, cosas veredes...; y aquel otro que siendo zapatero le dijo a su amigo flamante gobernador: ché, ubicame ¡araca!

—¿Y de qué?

—De cualquier cosa.

—Te haré comisario.

—¡Macanudo!

Cosa hecha, pasaron los años pero no puede olvidar la media suela y la capellada; y ese otro, pequeño, insignificante, con cada tic nervioso que más bien parece una pila eléctrica, preguntón extraordinario que cuando sucede un hecho grave no puede precisar qué es lo que le ocurre, interrogando a cuantos se le ponen delante: ¿ahora, qué hacemos?; y ese que luce un brillante uniforme de brigadier, frente a los picachos andinos (¡héroe ignorado!) que con constancia digna de mejor causa cabalga

los domingos por la tarde un mustio rocinante alazán, flechando a las jovencitas del lugar, cuidando la pose hasta el extremo de parecer un muñeco atornillado al animal, y que en cierta ceremonia inolvidable se le voló la peluca... ¡gran tipo! En esta capital tuvo la osadía de disfrazarse de alférez de fragata para enloquecer a una soberbia rubia, más tarde su esposa y luego bataclana al saberse defraudada en su ilusión; esta chanza le costó una escena trágica en la calle con un marino que descubrió a la mascarita y le perdonó la broma a cambio de comportarse bien, en tanto se iba reuniendo gente en derredor; ¿y Merodio? el dignísimo señor Merodio, caballero de capa y espada, a veces juglar, a veces temerario señor dentro de las envolturas de su perifrasis correctísima, cada sujeto era tratado con palabra tan galana y gesto tan cordial, que dijérase vivir una novela francesa del siglo XVIII, sólo eran necesarias las reverencias para identificarse por completo; ¿y el sonriente viejito Daunes? Criollo, amigo de ley, incapaz de una felonía, ni de un mal pensamiento, al ofrecer la diestra, puede calcularse de la efusión su

sinceridad; ved su silueta: cabello renegrido, entrecruzado por hebras de plata, barbita ceniza, ojos negros, chambergo, breech, fusta, sonriendo, hablando de su vida, bebiendo mate, haciéndole cosquillas a su pingo que le relincha de contento, siempre así, siempre igual, menos cuando piensa en sus lindos hijos, tan gauchos como él, que se transparenta, es de cristal; y ese otro, allí está, en el bar, junto a la mesa de costumbre, en todos los pueblos dejó huellas parecidas, diez y ocho copitas, treinta tal vez, algún amigo de vez en cuando, piensa, fija la mirada en el borde del vaso, su mujer, sus hijos están enfermos, él se siente igual..., observado a la distancia semeja un águila en acecho... hoy está por morir, mañana se levanta, pálido, desconocido, se repone, vuelve a recaer, y así años y años, junto a la invariable copita de sus desvelos, la existencia es una decoración de fondo, cuyos tintes borrosos destacan la figura, lo demás, desaparece, dentro de contornos negros, trágicos; aquí tenemos ahora un ejemplar explotado por los saineteros argentinos, ¿es noble? ¿es perverso?, posiblemente él mismo lo ignore, tanto da

una puñalada por cualquier futileza, como es capaz de obsequiar al primer desconocido que encuentra a la vuelta de la primera esquina, desdeña al sexo débil, lo veja de obra y de palabra, tiene trazas de rufián, de ladrón, de cualquier cosa, se produce luego en él una transición variada que nos lo presenta como un gentilhombre, como un simpático valor masculino, como un hombre bondadoso. ¿Quién desentraña lo que lleva dentro? ¿Será un producto de Freud o entrará simplemente en el campo de la psiquiatría? Tenemos al gigante hosco, nacido en algún poblacho de San Luis, medio indio y medio hércules, se enamora con igual intensidad de la mujer de veinte años, como de la que tiene sesenta, firma apenas, la Ley puede sentirse orgullosa de tan significativo representante, lo mismo duerme una hora, que treinta, su malhumor es constante, no bebe, no fuma, no habla, colocadlo en medio de una plaza y veréis representada la efigie de lo indefinido, ¿será de mármol, yeso, cera, piedra?, ni su mismo autor daría razones, es uno de los innumerables sujetos "encumbrados" por decreto del ex salido presidente Iri-

goyen; veamos al malevo X: usa melena, pañuelo blanco de seda, ponchito, traje negro, zapatos charolados, sombrero gris, es gangoso, habla con rapidez, pide prestado y no devuelve el dinero nunca. Si se lo reclamas seguido, insiste en otra cantidad, baila el tango, se acompaña con la guitarra al cantar, no llora, ni ríe jamás. Individual dactiloscópica: O. Estamos conversando con el viejito, bajo, calvo, desdentado, nos cuenta sus notables aventuras por Esquel, Alto Río Mayo, Nueva Lubeka, nos relata sus amoríos con una india, el rito del Kamaruko... el caballo blanco, expresa sin embargo cuanto ha ganado y cuánto ganará, haciendo sonar la lengua, instintivamente al verlo mover con nerviosidad el pie izquierdo, recordamos a Facundo Quiroga, en un episódio similar. Está mintiendo. Recordemos también al que discurre como un abogado; al que protesta por los defectos del Código de Procedimientos; al que nunca concurre a la oficina; al que guarda los sumarios bajo el colchón; al que se atraviesa alfileres en las manos para combatir la nerviosidad; al que vende novillos y trafica en estancias; al

que extiende tanto la letra que escribe dos palabras por reglón; al que tiene pupilas en el prostíbulo; al que escribe dramas y se los representa él; al que es sordo como una tapia y se enoja si le gritan; al que ofrece ascensos previo pago; al que interpreta las órdenes al revés; al... que sería cuestión de nunca acabar, difícil colocar en el casillero correspondiente al funcionario que debe ocuparlo.

Todos estos señores prestan o han prestado servicio en los territorios del Chubut, La Pampa y Río Negro, como así lo que va a relatarse.

Cabe consignar como indicio revelador de lo que es aquello, este detalle importante: apellidos ilustres, relajaron su autoridad y brillo actuando en tal calidad, por lo que la oportuna frase del escritor hispano: los niños bien de las casas mal o los niños mal de las casas bien, perdiendo sus puestos o abandonándolos a fin de olvidar la pesadilla; se rozan estos con los títeres de la más ínfima categoría, la morralla social, arrancada del pintoresco conventillo, quién sabe por qué piadosa mano, que los convirtió de la noche a la mañana en cie-

gos ejecutores de un instrumento peligroso, como castigo de Dios, confesemos que existen pueblos merecedores de esta maldición, que no es poca, ¡pobre chacarero cuando ve en obra de pocos minutos perder su sembrado, el sudor de su frente, su pan, su ilusión, a la llegada de una manga de langosta!

La jerarquía produce notorias reacciones, graduadas en forma matemática, desde la casa de gobierno, donde el sujeto es sumiso, atento y expansivo, hasta el lugar donde le corresponde actuar, ya convertido en superior, casi siempre agrio, de mal talante, bilioso, cuando no neurasténico y enfermizo, es el marco ascendente, tal como le hemos visto alguna vez a los flamantes gobernadores y jefes de policía, hasta que logran la definitiva postua, tras notorios esfuerzos, no disimulados, aun cuando pasen la engañifa de la agobiadora labor.

Sabemos que alguien escribió sabrosas páginas sobre este particular marco, empero, podríamos verificar agregados amplísimos...

Ahora bien, el lector se preguntará sobre el derecho que nos asiste para escribir estas

páginas, cuya verdad afirmamos, y quiénes somos para relatar hechos y cosas pasadas, que a nadie interesan y que más valían permanecer donde hasta ahora estuvieron; nosotros, entonces, les responderíamos:

Sería delito de lesa patria no divulgar seriamente, sin el prejuicio de la historia, cuanto vamos relatando, dado que es factible a gobiernos honestos, bien intencionados, corregir yerros, encauzar malos hábitos en beneficio de la nación, que se ve así afrentada por un núcleo reducido de malos servidores, sin capacidad y sin moral, a los que se debe alejar cuanto antes, considerándolos traidores, pues, en infinidad de casos — como lo pueden probar los jueces letrados — significan un serio peligro, ya que se trata de delincuentes comunes, amparados por la misma fuerza de su condición; creemos colaborar al progreso singular de nuestra tierra, indicando a las claras, sin cortapisas, la necesidad inmediata e imprescindible de apelar al bisturí, evitando gangrenas mortales, fáciles hoy de curar.

¿Qué somos? Un corazón argentino, desconocedor de flaquezas y desmayos; nos he-

mos *ascendido,* sin la rúbrica de nadie, considerándonos con méritos sobrados; nos faltaría un escalón — no apetecido — y lo hemos obtenido sin esfuerzo, luego volveremos a la tranquilidad de antes, no pueden atraernos los dorados sunchos si nos obligan a semejante compañía, la comparse es preferible en carnaval. Que nos perdonen quienes tienen del cargo, el culto del malón; los colegas correctos harán suyas estas líneas, comentadas con anterioridad donde quiera que se encuentre un hombre de bien.

Las verdades deben manifestarse desde cualquier plano, tienden al control de la actividad humana y fomentar lo absurdo presupone el deseo indiviso de relajarnos, extendiendo la mano a la espera de la dádiva vergonzante como cotización solapada, vale decir, vendiendo el silencio a un precio excesivo, que rechaza con asco la dignidad del ser mediano, gritemos, ayudando a quienes pueden cauterizar las llagas, y no nos inquietemos un ápice, sabiendo que el porvenir nos pertenece.

Analizando la variedad de sujetos descritos con la vaguedad que requiere un trabajo

como el presente, hemos llegado a la plena convicción de que un porcentaje mayoritario abraza semejante medio de vida en la ambición natural, libre de trabas, de llevar una existencia regalada, sin complicaciones, adivinándose el franco fracaso en otras actividades dinámicas, intelectuales o físicas, que requieran vigorismo, mesura, competencia, dedicación, al par que noción acabada de cuanto dependen los demás dentro de su noble rotar insante, que no por ser un impalpable grano de arena, deja de desarrollar, emulando a los que avizoran a seguirlo con ritmo igual.

Son, repito, fracasados, gente nacida solamente para golpear de puerta en puerta con la consabida tarjeta de recomendación urgente, vale decir cual si representara una mágica llave de oro propicia a cualquier cerradura; claro está que nos vamos refiriendo hasta ahora al elementos pernicioso, destacado en la crónica diaria por sus fechorías asombrosas.

Fuimos, años hace, al Chubut, recorrimos buena parte de ese y otros territorios, conocimos pueblos, desiertos casi, pudimos apreciar la notoria labor del sajón, la perseverancia in-

comparable del itálico, logramos conocer los defectos y virtudes de las colonias rusas ignorantes, inspirando lástima, viviendo en perpetuo hacinamiento, de lo que resultan hondas miserias, trayendo esa promiscuidad secuelas terribles: padres e hijas son amantes, hermanos y hermanas mayores reposan juntos, llegan a venderse por la comida... cuadros similares vió la Rusia Imperial; advertimos al español laborioso y al leguleyo, denunciante, infeliz, respirando hasta el ahogo la libertad de nuestra tierra; descubrimos al amilanado galense, maniatado de ritos, buen bebedor, burro de carga; conocimos al inglés rígido, ex baronnet, que selecciona tan bien las palabras, como los que han de ser sus amigos, y al otro, al dicharachero, vivaz, camarada afable, cuádrese un igual o una rubia botella de whisky..., vimos al vasco, a través de distintos muestrarios, y aquí recordemos, sería injustificado olvidarlos, la numerosa familia del hacendado don Marcelino Mendía, residente en la jurisdicción de Atreucó (Pampa), compuesta por treinta miembros, las personas mayores tienen destinada su labor, de la que nunca se apar-

tan, ni se entrometen en la de los otros, allí tenemos un presidente con sus respectivos ministros, celebrándose acuerdos a diario, mientras yantan o cenan, jamás oiremos disputas, ni palabras agrias, los treinta son uno solo; sobra el elogio, la actitud de cada uno se elogia de por sí, ¡cuántas sociedades envidiarán a estos modestos trabajadores! La mesa tendida al que llega, pronto el abrazo, dispuesta la bolsa, no les habléis con la retórica de los fatuos, habladles sencillamente, ellos, a la postre sabrán más que vosotros, os darán lecciones si tenéis la fortuna de entenderlos; ¿os agradan los juegos?, aprended el mús con ellos, las agudezas, los chascarrillos tienen allí su máxima espontaneidad, en suma, no podréis olvidarlos; vimos al criollo taimado, mal perdedor, rápido en la "visteada", feroz cuando para un "tiro" y arremete, distinto a su hermano mayor, esclavo paciente, nacido al yugo por suprema voluntad del estanciero que lo explota sin compasión, remunerando su servicio de mensual con un puñadito miserable de pesos, el extranjero ve en él un producto insignificante, no obstante cuidar sus intere-

ses, ayudándole con el esfuerzo a cimentar la fortuna, que disfrutará en su patria; las condiciones de vida son el fracaso más grande a que un hombre puede llegar, por lo común viven haraposos, mal alimentados, explotados, lo que en verdad no obsta para que tengan caracteres propios dentro de la literatura, sobresaliendo por sus aventuras exageradas, más no por su infinita miseria; hemos visto individuos de razas diferentes y costumbres encontradas, millonarios encerrados entre los adobes de un rancho mal parado, personajes arruinados soñando el esplendor perdido, viejas brujas cociendo yerbas milagrosas, eximios jugadores de taba, flor en la oreja, cuchillo al cinto, zapatillas bordadas...; ancianos decrépitos bígamos; jovenzuelos ladrones "pa osequiar a la prenda"; robustos jayanes erigidos en mazorqueros de sus padres obligándolos a trabajar en su provecho; niñas de diez años prostitutas, cediéndose, como la ramera más perfecta, mientras se les ofrezca un par de medias; tigres con piel de oveja oteando la lejanía en procura de cualquier hartazgo; pacientes labradores, derrotados primero por el comer-

ciante, más tarde por el recibidor de cereales, consumado en el manejo de la báscula, después por las empresas ferrocarrileras, abandonados de toda protección, sin banco agrícola-ganadero donde recurrir, ni consejero sano, ni defendido contra la zarpa de las compañías aseguradoras, cuando el granizo arrasa con su esfuerzo, solos. . . ; maestros analfabetos, pretenciosos; médicos recibidos tal vez en el matadero municipal o en algún frigorífico moderno, especialistas en recetar purgantes, enemas — ¡santo remedio! — algún específico, Dios sabe llegado de donde, con el rótulo de "muestra gratis", obcecados en cortar para remitir en último caso al pobre paciente a la capital federal, donde los facultativos al enterarse del trato recibido por aquellos se hacen cruces, podríamos relatar sin esfuerzo cientos de anécdotas; en esta Babel infernal el más grande y el más pequeño, sin distinción de categorías luchan con denuedo para salir a la superficie, creyéndose superiores, convencidos de que deben destacarse, sea por la fuerza del *talento,* sea por la elegancia en el vestir, por la atracción de la simpatía, y más que nada, por el va-

lor decisivo del dinero, aunque su feliz poseedor resulte un patán, nacido, criado y con miras al chiquero; el doctor, el ingeniero, el farmacéutico, los profesionales en general, supónense enviados por la providencia, reúnense en grupos aparte, criticando, encauzando a sus frágiles vecinos, proclamándose intendentes, concejales o miembros de alguna comisión de fomento, a la que llegan precedidos por el inevitable director de escuela, que si no es candidato a custodiar los valores de la caja de hierro, cuando menos aspira a la secretaría, ¡y es de leer los oficios y resoluciones redactados por el magister! Errores de concepto, faltas de ortografía, muchas comas, dos puntos y punto y seguido... El que no entiende de estas minucias los endiosa, guardando oportuno silencio aquellos que descubren los extraños barbarismos, si es que no quieren correrse el riesgo de ser tildados de envidiosos, afrontando un incidente capaz de producir un mes de comentarios en veinte leguas a la redonda, dejando malparada la osadía del atrevido, ellos saben mucho, haciéndole un señalado favor al populacho...

Hemos viajado en medio de enmarañados montes hirsutos, plagados de alimañas, donde moran ciertos maleantes perseguidos, feroces criminales, escribanos que abandonan el bufete tras la sucia fechoría, resguardados por la cortina intrincada, que apenas deja un paso a la luz; divídense en categorías, sin molestarse, saliendo de la madriguera cuando ha menester, sea con el propósito de robar lanares para ir formando la pequeña majada que los alimentará, sea obedeciendo a impulsos sexuales, enloquecedores durante los meses caniculares, determinantes de un rapto mezquino, sino de una violación; en el peor de los casos, siendo imposible la presa, saciarán sus trabajados apetitos bestiales con los mismos animales a su alcance.

Por más que marchemos, sin dirección fija, quedan grabadas en la retina, las huellas sinuosas, ondulantes, color ocre, blanquecinas, zigzagueando caprichosamente, en un culebreo de altas lomadas — paraje avestrucero — dejándo atrás, valles esmeralda poblados de trinos, melancólicos cantares ríspidos, graznidos lúgubres, dialogando con los suspiros del vien-

to; a los costados altas eminencias serranas destacan cambiantes variadas cuando es un triunfo solar, y revelan argento puro, bruñido, si la luna esmalta la quietud; ello trae el recuerdo de Dios, sentimos temor, el alma vibra, se sacude, pretendiendo desasirse de la soledad augusta; con sofocos agudos regula el motor de nuestro auto, corre, perdiéndose en los confines de la cordillera, hacia la izquierda, la derecha, hacia el norte, al sud, salvando obstáculos, inclinándose como para volcar, cayendo de punta, lamentando el bronco latigazo sobre sus sonoros flancos y sigue jadeando, rugiendo, tragando kilómetros.

...Amanece.

Es la fiesta imponente de lo desconocido, sobre un picacho andino, nevado, hace equilibrios el sol, deslumbrando: allá como a mil metros, en línea recta, surge atada al brazo de un riacho la comisaría de Alto Río Mayo, diminuta, a la distancia flamea la bandera argentina y tiene de custodia la severa majestad de la empolvada cordillera, es un instante de emoción inolvidable.

Iremos a Darwin a Choele - Choel, a Co-

modoro Rivadavia, a Santa Rosa, a Doblas, a donde quiera que nos hallemos, sólo viendo un asta, por asociación de ideas, veremos aquella blanquiceleste bandera.

Tampoco el pensamiento se resistirá nunca a borrar las escenas dantescas de aquel 31 de diciembre cordillerano, angustioso, que para matar el esplín, quemamos botas viejas, uniformes deteriorados y monturas inservibles que usara la tropa, esperando con los gendarmes la llegada del nuevo año, tan lleno de desencanto como los otros, brindando a las doce de la noche con fernet, a falta de mejor vehículo expansivo.

Infinidad de cuadros parecidos dejamos sin anotar, indicadores de la tristeza acuciadora en el marasmo prematuro, si hemos de escribir, el canón resultará trivial, desparejo, por lo común inelegante, las ideas sin forma, traídas con violencia reflejadoras una y mil veces con precisión fotográfica, la depresión del estado de ánimo.

Como hemos expresado, nos acostumbraremos, llevando en el espíritu estas huellas personalísimas convertidas en carácter definiti-

vo; si se ha obtenido estilo en la redacción, caeremos al abismo de la frase hecha, siguiendo normas vulgares, inconfundibles; no pensaremos nosotros, como cuando gozábamos de libertad, verteremos residuos palabreros, a tono con los medios donde nuestra actuación se desenvuelve sin choques decisivos... Nos refujiamos en la indolencia, leyendo sin comprender, jugando por mero pasatiempo, sino bebiendo para oír contar necedades festejadas por los vecinos.

Los nacidos en el campo tienen doble ventaja sobre el hombre de la ciudad, puesto que sus inquietudes son menores y comprende por estar habituado ciertos estados de alma, se divierten paseando a caballo, auscultando las facetas del paisanaje, se solazan con los trabajos rurales, advirtiéndose el goce experimentado a cada palpitación monocorde de la vida campesina; viven menos rápido, sus recuerdos están precisamente allí, no siendo difícil que la populosa urbe los asfixie, dándoles las sensaciones que nosotros experimentamos en el cambio; media también el carácter, la condición natural de cada uno, el que se siente do-

tado de fuerzas superiores hecho para la acción y el que se conforma con su suerte, considerándose inferior o con muchos años para cambiar de ruta, pero, en general la angustia del desencanto teje sus invisibles hilos.

Entendemos que es noble el sacrificio cuando aspiramos a la promesa de un porvenir brillante, labrando el camino futuro, con el entusiasmo de nuestros más caros esfuerzos, considerando inadmisible, estúpido, medrar, padeciendo vejámenes, relegados a la condición misérrima de ir señalados con la récua en la infeliz caravana de los desamparados, pese al uniforme, a la jerarquía y a otras tonterías por el estilo.

Se le exige al funcionario un mal desempeño con la exiguidad de su remuneración; ninguno que tenga familia podrá vivir decentemente, si es que desea estar a tono con el cargo — son las verdades del barquero... — a veces ni así, cuando llegan en mala hora, por capricho de los superiores, veleidades de los pueblos o simples necesidades del servicio la cadena interminable de traslados sobre distancias considerables, suspendiendo la instruc-

ción momentánea de los hijos, acaso, abandonando enfermos — hubo quien tuvo cuatro traslados en un año — no se remedian estas pesadas circunstancias, cumpliéndose por toda consigna lo ordenado inmediatamente; tal competencia vengonzosa con los gitanos, supone improvisar bártulos ordinarios, cachivaches de baratillo, a no ser que se tengan recursos sobrados que permitan el estropicio continuado de los muebles, y pudiendo librarse de ellos, despreocuparse viviendo en un hotel.

¿Es lógico el sueldo que percibe un maestro de la campaña, comparado con el que obtiene un subcomisario de policía? Ganan más.

¿Cuáles son sus compromisos, su responsabilidad, su trabajo? No puede compararse. La misma relación existe entre el director de escuela y el comisario, con el agregado que los diferencia más aún, puesto que los maestros son inamovibles — por disparates que ejecuten — y en cambio los otros no; hay escuelas con amplias comodidades para el director y familiares, la policía se aloja en cuchitriles, mal olientes, en vagones de ferrocarril, aquéllos si dictan clases de noche se les abona un

sobresueldo, éstos se ven en figurillas si han de cobrar sus viáticos, la función de aquéllos dura unas horas por día, la de éstos es constante, más peligrosa, de más rigor; si un alumno es inteligente ellos lo han preparado, si no se hace carrera con él, es que su cerebro revela taras o no hay forma de que aprenda; el comerciante desconfía más de la policía que de nadie, se trata del "clavo" por excelencia, del sujeto abusivo a quien saluda con zalamería asegurándose su concurso eficaz para cuando haga una de las suyas y le sirva de tapadera, en confianza afirma su descontento, se ríe de él, en su fuero íntimo lo desprecia, más lo palmea hablándole amenudo de negocios futuros, fantásticos; le malquista con sus enemigos estudiando la amistad desde el punto de vista productivo, es el príncipe del dinero; sabe anotar cinco toscanos, cincuenta pesos, caracoleando adrede las cifras en las columnas del libro donde consta la cuenta corriente de sus favorecedores, evitando cualquier contralor contraproducente; cuida tener conocimiento dentro de las altas esferas gubernativas, se codea con abogados y jueces, cuando puede, sir-

viendo de guía a neófitos, al par que prepara su terreno a las posibles contingencias de que está expuesto.

Los pajarracos abundan infiltrándose a la larga con el sonido del oro que despierta al Shylok, elevándose en otros casos con el esfuerzo de la audacia natural.

El lector, asombrado, se preguntará, de acuerdo a lo repetido, que es imposible entonces, encontrar buena gente, y cabe insinuarle, que los buenos se reducen a un porcentaje inferior, la mayor parte se molesta en permanecer en los territorios nacionales para "ganar plata", según los múltiples medios a su alcance, por lo que se infiere, que la función policial, como se desempeña, revélase acorde a las sugerencias palpitantes: en tierra de pícaros, el zonzo abre el ojo, el cauto se afina, el bravo es temible.

La heterogeneidad del conjunto domina insospechados horizontes, surgen tipos nuevos en la mezcla de razas fundidas al acaso, formidable renovación de la que vendrá una progenie radiante con religiones nuevas, capaces de modificar la marcha de la república dentro de una política inteligente.

Oportunas son las disquisiciones precedentes, a grandes rasgos, que nos permiten ofrecer notorios contrastes, pocas veces referidos, dignos del conocimiento popular al que rara vez llegan a su realidad íntegra, sin filigranas literarias, escenas, tipos y hechos, que hemos anotado con paciencia, eliminando lo crudo, convencidos de hacer obra necesaria al bien común; podrían objetarle al autor de estas memorias su antipatriotismo manifiesto aquellos que ignoran las condiciones en que se encuentran nuestros territorios nacionales, agradeciendo el concurso los luchares de todas las horas, por el valiente alegato escrito sin miras deshonestas.

LA FILOSOFIA DE UN LADRON

En cierta ocasión que tuvimos conversamos por espacio de tres horas con un sujeto temible, que acababa de purgar su cuarta condena. Lo acompañaba otro no menos parecido; solícito accedió a respondernos a diversas preguntas que fueron contestadas con precisión y seguridad.

Este atrevido caballero de la ganzúa es un hombre joven, vivaz, inteligente, de ademanes "fuleros", frase agradable, que mira de frente, clavando sus ojos azules como si a todo trance deseara estudiarnos; fuma con displicencia, piensa...

—Tengo el presentimiento — nos dice — que ustedes son periodistas.

—Se equivoca Vd., nos une una gran amis-

tad con el comisario, nada más, estas preguntas las hacemos a título de curiosidad.

—¿Somos tan interesantes?

—Es de imaginar.

—Es claro — responde sonriendo — nos separa un abismo.

—La decencia.

—¿La decencia? Eso sí que no... dejenme reir...

—¿Entonces?

—¿Se cree Vd. más honesto que yo?

—Un poco.

—Sí... sí... yo estoy "catalogado" ¿no? en cambio Vd. vive tranquilo.

—¿Sabe que es audaz?

—Le parece. Se encoje de hombros, el otro está petrificado —. Vea, creo que nos entenderemos sin dificultad; Vd. es un hombre honesto, porque está Vd. convencido de ello, nada más; pero, yo quisiera saber cuantos deseos incontenibles ha tenido Vd. y se los calla.

—Tal vez.

—Si, señor, todos cometemos errores, la cuestión, (para quedar bien con la conciencia)

estriba en saber subsanarlos... ¿está Vd. seguro de no haber robado nunca nada?

—Segurísimo.

—Sin embargo, lo dudo.

—¿Por qué?

—Recuerde bien, no quiero ofenderlo; iba a decirle otra cosa.

—Veamos.

—La sociedad — recalca la palabra — nos castiga, primero, con el pomposo título, después, con la prisión.

—¿Está mal?

—Para ustedes estará bien, son ustedes quiénes han hecho los códigos. En verdad, somos ladrones — recalca la palabra — pero hay otros que lo son mucho más que nosotros.

—¿Quiére explicarse?

—¿Dígame Vd.: ¿qué comerciante es menos ladrón que yo? A ellos los ampararán infinidad de decretos mal adquiridos, ¡esos sí que son salteadores!

—Noto que es Vd. *maximalista.*

—Vd., no ¿por qué?

¿El comerciante no expone acaso un capital?

—Y lo hace producir a costa de otros, robando dos veces, al empleado y al público ¿el músculo no es un capital, y....?

—Se olvida Vd. que se desprende de una parte de sus ganancias con los impuestos, luz, alquileres, etc.

—Cosas ficticias, cuántas más "salidas tenga más roba". Bien, esos *individuos* son abominables, nadie los condena, nadie se acuerda de castigarlos... A nosotros, en cambio, sí...

—Caramba, que beneficios reportan Vds. a la humanidad?

—La de enseñarle a vivir a costa de nuestro pellejo: nos exponemos siempre en beneficio de terceros; damos un pedazo de pan a cualquier desdichado, tiramos el dinero porque sí.

—¿Haraganería?

—Señores. Yo creo que una vez pasado el peligro tenemos derecho a descansar un poquito. En nosotros se produce el fenómeno psicológico más extravagante e incomprensible que no alcanzan a juzgar los que están lejos de nosotros.

—¿Y es?

—La temeridad que implica ir a buscar la muerte en un contínuo juego peligroso: el momento del robo, cuanto más problemático, de más emoción, nos hace sentir el instante indescriptible — Nos examina profundamente, la mirada va de los pies a la cabeza, más seguro continúa: — ...la rapidez, unida a la inteligencia, pone a prueba el corazón que nos templa como hombres adecuados para la aventura riesgosa. El más leve ruido, la más velada impresión de un momento, llega al tímpano, con sonoridades de martillazos, después que hemos trabajado, recordamos con insistencia "aquello", desinteresándonos lo que vemos en redor. De ahí el desprendimiento, la adversión por el dinero, no le damos jamás el valor que le saben atribuir los otros ladrones, los comerciantes.

—¿Le parece a usted que la inclinación al robo es natural?

—Ni lo dude. En algunos casos se despierta más tarde que en otros, pero puede Vd. estar seguro que la cosa está "dentro"; es verdad que existen ladrones y estafadores ocasio-

nales, no así los carteristas, cuya vocación es decidida... puliéndose a medida que van trabajando, conozco maestros admirables...

—¿Si?

—...tras pacientes estudios...

—¿Hay alguna estimación entre ustedes?

—Muchísima. Eso sí, tenemos que ser de la misma especialidad. Nos costeamos los abogados, ayudamos a las familias de los que están en desgracia, dedicándole días de íntegro beneficio; interviene la "púa" cuando el comportamiento es desigual o cuando descubrimos al batidor.

—¿Conoce Vd. algún ladrón que se haya enriquecido?

—Es difícil. El ladrón de calidad no se enriquece nunca.

—¿Por qué tienen ustedes profunda adversión a los criminales?

—¿Lo sabían?

—Así nos lo han dicho.

—Y es verdad.

—¿A qué obedece?

—Simplemente, a la diferencia de profesiones.

Evitamos una carcajada para no cortar el diálogo:

—¿Y el ser criminal es también profesión?

—Claro. Con la diferencia que en aquellos existe una extraordinaria propensión a la sangre, motivada tal vez por una morbosidad congénita, lo que en nosotros no deja de ser un exceso de emoción.

Lo miramos sin parpadear, el delincuente resulta interesante, movedizo:

—¡Es curioso! ¿Recuerda Vd. cuáles fueron sus comienzos?

—Ya lo creo — el cigarrillo baila en sus dedos — mi madre era la sirvienta de un abogado riquísimo, del que soy hijo natural, por todos los medios, haciendo enormes sacrificios quería que yo estudiara; así llegué hasta cuarto año del normal, según mis profesores tenía condiciones sobresalientes, mi afán por el estudio se eliminaba por la falta de libros indispensables, comencé el aprendizaje robando una gramática inglesa, después un diccionario de gran costo y finalmente la cartera de un profesor de historia. Tres emociones fuertes

en menos de un mes. Dejé los estudios por mi propia cuenta, busqué los elementos que me hacían falta, pues, he de confesar a ustedes, que mis primeras tentativas me halagaban sobremanera y conseguí mi propósito hasta que le pude comprar a mi viejita una casa barata, donde falleció creyendo que yo había sacado la lotería...

Perplejos nos quedamos ante este "caso" pintoresco, mezcla de vagabundo, mezcla de poeta errante; distinguido, agradable, desdichado quién sabe porque designio fatalista:

—¿Y continuará robando?

—Sí, hasta que muera.

Y el pobre muchacho nos tendió la mano melancólicamente, — sin saber que hablaba con el comisario, su confesor y confidente, — haciendo un gesto despectivo, y mirando de soslayo a su silencioso compañero, que, con la cabeza gacha observaba los giros caprichosos de las llamas en el quemador del gas...

Fuera la nieve caía.

TESTAMENTO DE UN LOCO

El cuerpo exámine del anciano loco haraposo fué colocado sobre una angarilla, tendría sesenta años, quizás noventa; la muerte lo sorprendió en la obscuridad de un mugriento calabozo, chorreando humedad; revisamos los girones que le cubrían, ni un dato personal, nada: N. N.... El eterno N. N. que vaga por el mundo, revolviendo tachos de basura, procurándose el sustento diario, apoyándose en el tosco cayado, para hacer más feliz la gira sin término.

N. N.: Loco.

En un bolsillito del ex pantalón aparecieron gruesos papeles doblados, era su testamento.

Vedlo.

"Cuando tengas una duda, no debes dejarte llevar por ella, piensa, medita con calma, y después resuelve teniendo la seguridad de no cometer una mala acción".

—

"Nunca el amor sabe a donde podrá llegar; porque el Amor es la más refinada acción de lo abstracto".

—

"Los seres que nunca han amado no han tenido otra misión en la tierra que la de entorpecer a sus semejantes".

—

"Recuerdo que los individuos más incultos han proclamado las verdades más grandes".

—

"Cuanto más sepas, tienes menos probabilidades de ser feliz".

—

"No basta querer, hay que saber querer".

—

"Así como los astros tienen en la bóveda

celeste un poder de atracción, así los hombres giran dentro de su órbita atraídos por otros: no desprecies a nadie, puede valer sin duda más que tu".

—

"La tristeza es la emoción espiritual menos analizada por los tristes".

—

"Podrás ser sabio, podrás ser rico, podrás elevarte por sobre todos, pero con ello será lo mismo que si no vivieres, muchos podrán ocupar tu lugar, sin que se te recuerde siquiera".

—

"Si eres revolucionario en arte, en sociología o en amor, traza tu ruta, que alguien sabrá comprenderte y seguirte".

—

"Admira con cautela; el astro rey y la luna son hermosos, no por sí, sino por reflejos; aun con ayuda ajena tienen manchas".

—

"Tan peligrosa es la mujer ignorante, como la que alardea ser la suma perfección".

"Las huellas de los hombres en el mundo, son marcas indelebles".

—

"Prejuzgar es propio de niños, de idiotas y de locos.

—

"Cuando sepas cuál es la misión que traes, recién podrán avalorarte sin exagerar los méritos".

—

"El amor virtuoso no es amor; por algo tenemos en el corazón y en el cerebro el tesoro de las sensaciones".

—

"Nacimos para morir".

—

"Hay quienes viven, y recién lo saben cuando han perdido la juventud".

—

"Nunca serás feliz, mientras no sepas conocerte, y cuando lo sospeches será muy tarde".

—

Hasta aquí podía leerse sin dificultad, la continuación era ilegible, tanto por lo borroso de la escritura, cuanto por las manchas del papel.

N. N. loco, fué sepultado a la tarde en el cementerio local, condujo su cadáver una chata que ostentaba dos letreros: "Quilmes".

CASAMIENTO CAMPERO

Entraron unos tras otros, como si fueran a meterse en la manga de un corral, gacha la cabeza, pensativos, adormeciéndose, después se abigarraron en torno del sucio escritorio del señor juez y esperaron la consumación del acto.

Era una veintena de personas de raras cataduras y extravagantes siluetas: magros, altos, obscuros, de pelo hirsuto como el chilcal, de miradas atravesadas...

Los novios ansiaban el sacramental "si", para luego lanzarse con la precipitación tan natural en ellos, al mostrador, instalado al efecto en el interior de un galpón cercano, alumbrado con candiles, donde el pecaminoso

panquehue (vino negro riquísimo) esperaba el brindis interminable, que comenzaría como siempre, entretejido de carcajadas sordas y concluiría entre lamentos de lobo.

Ella era una paisanita indolente a ratos, traviesa, con ojos negrísimos — dos puntos de tinta china — boca deforme; él un paisanote, grande, "interminable", con algo de indio tehuelche y de galense, rudo, impenetrable.

Se había preparado en la misma casa del juez Ruibal ("la primera autoridad constituída", como él así mismo se llamaba) la fiesta a celebrarse, que consistía en asados de capón y varios cajones de incitantes alcoholes; afuera la nieve alcanzaba ya el segundo hilo de los alambres, estaba dura como el hierro, por las dos heladas seguidas... 16º, 17º grados bajo cero; ni el menor indicio de las huellas podía obtenerse; la sinuosa sucesión serrana, árida, impresionaba hondamente, era como la blancura de la muerte.

Los copos caían lentos, parecían de pronto flores de harina, pétalos suavísimos, hostias inmaculadas llovidas del cielo, afectando otras formas al tocar la superficie blanca, sugirien-

do la idea del próximo fin que tanto retrasaba la hora...

Nada mejor que ese profundo libro filosófico producido por la risueña naturaleza.

Frente al juzgado, en medio de un cañadón de intrincados vericuetos, se elevaban ocho cruces místicas de ñiri, esmaltadas con el color del sudario, parecían brazos pidiendo perdón.

Algún jinete emponchado llegaba lívido, envuelto por mil hilos fantásticos, cubierto de flores níveas; tiritando, recortándose en algún claro, como la trágica visión de los cuentos de Poe.

Concluída la lectura del acta, recurrióse a varios amigos para que firmaran a ruego, y a duras penas, con caligrafías indescifrables y caprichosas.

La chilenita, dió su abrazo al novio, el la envolvió con ímpetu, dijo entre dientes, como si mordiera las palabras: "¡ahura sí!" y le estampó un beso bestial en la boca.

Ruibal, concluída la sainetesca ceremonia, susurró al padre de ella, con vibrante acento cordobés:

—Bueno, ia estuvo tamién! Ió supongo que por lo menos se pagará el seiado ¿no?

—Sí, don cué, le replicó.

—Compañero, son quiniento nacionale. ¿Estamos? Un acta va al mininsterio de Justicia, pa que sentere, otra al gobernador, tamién pa que se entere, otra al jefe de polecía, y con la otra atestiguo ió... No es gran cosa lo que les cobra la Nación pa que se den el gusto; es un trámite peliagudo.

—E muy caro, don cué; a la turca le cobró meno.

—Sí, es cierto, eran otras épocas, mientras no suba la lana...

El viejo, semi-cacique temible miró a los circunstantes, como interrogándolos, nadie osó sostener su mirada, ni abrir la boca, dió unos golpecitos con la punta del dedo pulgar en el escritorio, diciendo:

—¡E caro, no e ide pagarle, don cué!

—¡Cómo! — blasfemó indignado Ruibal — ¿es posible?

Intervino el novio:

—Claro, pué, estamo casado, haga lo que quiera y de no... En la recriminación iba un gesto altanero.

Ruibal desenfundando un descomunal revólver, borbotó: ¡Nadie se mueva! A mi los guapos me dan risa! Están afrentando al gobierno, caray. Bueno, si no pagan los quinientos quedan solteros, caramba, no faltaría más...

Tomó con rabia los dos libros de actas y arrancó los folios correspondientes, rompiéndolos en pedacitos.

—Iá están descasados; ahora se van ligerito, entienden. Pueden ir puertiendo iá.

Entre un montón relumbró una daga. que desapareció a una señal del viejo, hizo callar a los murmuradores entregando el dinero exigido:

—Esta leye son rara, son cué.

—Es que los diputados son medio locos, che; que culpa tengo ió, si a eios se les ocurre dificultar la vida.

Volvió a escribir, pero esta vez en un cuaderno de apuntes, y concluyó con formalidades aparentes un casamiento falso.

El novio la volvió a besar como antes, dándose comienzo a la fiesta.

Dos horas más tarde imperaba la alegría

en aquellos corazones sencillos, sin que el aire gélido que barría los cañadones, les sacudiera las fibras.

Nevaba.

Nevaba copiosamente...

A la mañana siguiente un montón informe de ebrios, dormitaban, baboseando la borrachera inolvidable.

Y el Juez de Paz, "la primera autoridad constituída", sentado al borde de una sepultura descansaba para siempre... tenía clavado en el corazón un largo puñal de doble filo.

La mortaja vidriada lo envolvía, sus ojos abiertos parecían perseguir al asesino hasta el más allá en una trágica interrogación.

El crimen quedó impune.

¡Dios sabrá!

HISTORIETA TRAGICOMICA

El comisario del pueblo en compañía de dos amigos y un oficial, apellidado Bello tomaron un automóvil y se fueron temprano a un lugar distante 20 kilómetros de la comisaría

Iban a contemplar de cerca un aeroplano que por primera vez llegaba al lugar.

Julio M., era un hombre que se sacaba todos los gustos, sin violencia, ya como comisario o como simple particular, y tenía en su secretario Bello tal fé para "cualquier cosa" que no lo dejaba ni a sol, ni a sombra, aun sabiendo que era jugador, pendenciero y mal hablado, pero bastaría el solo hecho de que hubiera nacido como él, entre los guapos de la Ensenada, para respetarlo como hombre

corajudo, dispuesto a dejar el pellejo en las primeras de cambio...

Al rato de haber salido, sonó el teléfono:

—¿Cómo? Sí, sí. ¿Quién se ahogó? ¿cuándo? ¡Ah, recién! En seguida vamos a la playa.

La afición por el revólver y por los chistes pesados, daban a la personalidad de Bello un raro atractivo de valiente, lo que unido a su gesto, despectivo y grosero, y a su voz aguardentosa, parecían insinuar todo un carácter de indomable altivez.

Así se explica que el comisario M., figura similar, se lo llevara consigo a disfrutar de las delicias de un día primaveral a 80 kilómetros por hora...

Velozmente el oficial Gabriel Roudrés montó a caballo y salió rumbo a la playa, a todo galope.

En efecto, un ciudadano alemán alto, grueso, de pera rubia, bigotes a la borgoñona y semi calvo, había sido hallado sin vida por unos vecinos, mientras pescaban.

El médico afirmó que no haría más de dos

horas que el infeliz germano había sido víctima de la voracidad de las aguas.

Roudin — que era un muchacho travieso, inteligente y sagaz — después de haber impartido algunas órdenes, lo hizo trasladar al depósito de la comisaría.

Nadie conocía al alemán.

Aproximadamente a las 21 horas, notando que tardarían en llegar los viajeros, se le ocurrió una idea chispeante; con la ayuda del escribiente de guardia, trasladaron del depósito fúnebre, a la cama de Bello el cadáver voluminoso del ahogado, lo cubrió con las sábanas, sonriendo largo rato del efecto a producir...

Cabe destacar que en ese pueblo la luz se apaga a las dos de la madrugada; quitaría la vela, espiaría... todo esto habíalo pensado Roudris en un abrir y cerrar de ojos, por la mañana al ver el cadáver.

Bello y Roudris dormían juntos en la comisaría, en una habitación a ellos destinada, donde tenían una sola cama de dos plazas.

Los viajeros llegaron a la una, el comisario se quedó en el pueblo y Bello llegó a la co-

misaría con las habituales copas de más, jurando y maldiciendo.

—¿Y qué tal? Dijo el escribiente .

—Lindo, casi me agarro a tiros con un sotreta.

—¡Caramba!

—Lo salvó el comisario, que si nó... Fuimos a un asado, nos divertimos una barbaridad, hemos chupado.

—No parece.

—¿Hubo novedades?

—¡De escasa importancia!

Eran las dos y diez, se apago la luz, el escribiente atendiendo las señas de Roudris, que permanecía oculto detrás de una puerta pidió un fósforo a Bello, encendió la lámpara y se los guardó.

—¿Y Roudris?

—Debe estar acostado.

—Yo también voy rumbeando, no puedo más, estoy listo. Hasta mañana.

Salió tambaleando, silbaba un aire popular. Desde la oficina de guardia se oía cuanto podía ocurrir en la pieza contígua, Roudin salió de su escondite.

Bello hablaba solo.

—Che, arrimate, no te hagás el loco, te v'ia bajar de un tiro... Arrimate te digo.

Seguramente empujaría el cadáver.

—¿Y esta pera?

De pronto corre las sábanas, palpa el cuerpo rígido, se electriza, salta gritando como un loco, lanza un grito desgarrador.

Aparece pálido.

Cae desplomado.

Lo conducen a un banco. Encienden un fósforo y le dicen:

—¿Qué te pasa?

—¿Y eso? Ay... ¡Agua!

—Mirá como sonríe el gordo... (La mueca del alemán aterra).

—¿Por qué me hiciste esa broma?

—¿Perdiste el revólver?

—Salí.

Nada hay más ridículo que un valiente con miedo.

Sale corriendo.

—No seas chico, vení, te vas a resfriar.

Tiembla.

—Contestame por favor, Roudin- ¿por qué me hiciste eso?

—Hombre, era para ver si de una vez dejas de ser guapo, dame un lugarcito a mí, me lo merezco, tengo más años de servicio que vos ¡que no se diga!

—Callate ¡agua!

—Recuérdame con cariño, pichón de la Ensenada.

—Pa olvidarte...

LA VIDA TRISTE

Más de un escritor nos ha contado los deseos pueriles de cierta gente...: "Ah, si Vd. conociera mi vida, cuantas cosas podría Vd. contar al público que lo lee" u otras frases que dan cuenta del infortunio, de la tristeza y de los dolores que los minan, capaces de llegar a la confidencia más familiar sin ningún recelo, porque para ellos es tan natural, que la sensación que los domina necesita el libre movimiento expansivo que llegue de una manera o de otra a quienes puedan interpretarlo sin mayor inconveniente.

El sufrimiento moral es la enfermedad más común hasta hoy conocida. La humanidad se agita, en medio de oropeles fastuosos, pero

su interior se tortura; nadie está conforme con la vida, aspira a otros alicientes de más intensidad, a la voluptuosidad de un vivir superior, y no le importa el precio de la felicidad buscada, aun a costa de sacrificios inverosímiles, si el agente no es una acémila; es que tiene sed de vivir, sabe lo que le espera al final de la jornada, y sabe bien cuan horrible es peinar la primera cana sin dar con su emoción requerida a lo largo del interminable valle de lágrimas, que siembra de ilusiones rosadas y amores novelescos.

Conocimos la resolución de un suicida — cansado de vivir...— que apenas contaba 24 años; nos explicó serenamente su resolución alocada, y le parecía natural alejarse de la lucha cruel y desigual porque no encontraba el verdadero objetivo que él pensaba debía hallar en el continuo correr de los años; el mundo no le ofrecía los sonrientes mirajes entrevistos al comenzar la endiablada primavera; amando el encanto envidiable de una muerte heróica, brutal y emocionante.

¿Acaso tendría la noción de lo que debemos ser?

La muerte del gran amigo, nos conmovió intensamente, en silencio comentábamos la valentía, y en silencio azuzábamos el cobarde interior para nivelarnos.

No se trataba, en verdad, de un romántico que libera, eliminándose, un sentimiento particular que lo domina, no; giraban a su alrededor los personajes centrales de una tragedia inútil que lo redimieron sin querer...

Sería profanar su memoria relatando los hechos ocurridos.

La vida es triste, cuando se propende a una ilusión grande, tenaz, perseverante; el hombre que no persigue un objeto en la vida está como éste — lleno de ensueños — de más, y hace bien en eliminarse; no ser útil, equivale a no haber nacido... ¡y qué pesar es el vivir, sin saber que se vive! como bien lo dejó escrito el loco N. N.

Los escritores reservan su amarga sonrisa para cuando nadie está cerca de ellos, quienes sufrirán tan recias penas, quienes han de saborear tan sublimes amarguras, reservadas en el cofre del sándalo de la esperanza perdida, para hacerlas revivir en algún personaje imaginario que los enloquece, dado que

son ellos mismos; empero, tienen tal idea de lo que es la tristeza de la vida que saben sobreponerse, dejándose llevar por la santa locura de esperar...

Hemos de morir, y recién llevaremos en la frente una luz de verdad; una luz gestadora de las promesas del más allá, que nunca conocimos, pero que fueron entrevistas por la intuición sagaz, moriremos pensando en la vida amarga, en el destino precursor del mañana, en el cariño que debimos merecer, y en las mentiras que nos cobijaron para hacer de lo necio una aventura y para llevarnos, convencidos de que la luz rutilante que fluye del cerebro apenas si pudo alumbrar la verdad de tantas desdichas.

Hermanos: La vida es triste, no hagamos más para entristecerla del todo, vivimos, sin vivir, pero vivimos con la misión de que los demás crean que vivimos...

¡Amén!

Esta confusa disquisición, vaya en homenaje al poeta suicida, conquistado por la Patagonia inculta a los 24 años, muerto para la gloria del silencio, para hechizo de la eternidad.

ROMANCE

—Le vuelvo a repetir que lo quería, señor comisario — sollozó la rubia maestrita de escuela — lo quería.

—¿Es inexplicable su amor, señorita, dígame la verdad, ¿por qué mató a su novio? ¿Era su amante, la engañó?

—¡Oh!, no señor, Carlos era buenísimo.

—Serénese usted, cuénteme cómo han ocurrido las cosas, piense tranquilamente.

Transcurrieron varios minutos, el llanto de la joven, contenido apenas por el pañuelo daba rienda suelta al peso de la culpa, sufrió una aguda crisis nerviosa, intervino el médico.

—¿Se tratará de una neurasténica, doctor?

—Creo que no.

—Pareciera demostrarlo.

La observaremos detenidamente.

—Será lo más acertado.

Po fin habló ella al anochecer:

—Carlitos y yo, fuimos novios durante dos años, nos quisimos mucho, como es difícil que dos seres se quieran; sabe bien usted que él era trabajador infatigable, por mi parte el sueldo de maestra era más que suficiente para sobrellevar mi modesta existencia, íbamos a casarnos el mes próximo...

—...¿Supuso Vd. una deslealtad?

—No, señor, era fiel a mi cariño, nos correspondíamos, pero...

—Veamos; escriba, oficial.

—Todavía, no, escuche.

—Como Vd. quiera.

—Lo maté, porque él no me amaba, como yo a él, para mí significaba una adoración, la parte indispensable a mi vida, sin él, no sería nada, ni lo seré. Carlos, entiéndame Vd. bien, me quería entrañablemente, pero comparando su amor con el mío, se dejaba querer; su apretón débil, era incomparable al mío, su abrazo,

no era el que yo le ofrendaba; si me hubiera pedido ser suya lo hubiera sido, loca de alegría, hasta en esto era distinto... Lloraba, apretando las manos nerviosas, hablaba con los ojos — comprendí en mi desesperación que él sería feliz conmigo, en cambio yo no, me aterrorizó la idea, luché conmigo misma muchos meses, consultando la almohada, llorando de pena, ¿para qué iba a unirme con un hombre que nunca me querría igual? ¿cómo tolerar que al descubrir la ficción buscase otro amor? Esa interrogante me aniquilaba, deseando dar fin a mi suplicio decidí matarlo hoy, eliminándome yo después, no me dejaron...

—Señorita le descerrajó tres tiros por la espalda...

—Sí... sí... no me lo recuerde, de frente no hubiera sido capaz, era tan bueno, tan cariñoso, ¡déjenme matarme!

—¿Alguien la aconsejó?

—Mi corazón.

—Insiste Vd. en afirmar con que no hubo otro móvil?

—Señor, me conocen lo suficiente para creer en mis palabras.

—¿Sabe cuántos años le corresponderán por su crimen?

—¡Crimen no! — gritó tapándose los oídos. — ¡Diga por mi amor!

—Ha cometido usted un crimen abominable.

—No me entiende Vd.

—Ni yo, ni los jueces, ni nadie.

—Me mataré, se lo juro.

—Imagínese cómo estará la madre de ese fidelísimo hijo.

—Sufro yo más que nadie.

Por favor, déjeme sola, nada más tengo que agregar, firmaré lo que Vd. quiera, déjeme tranquila, déjeme...

—Bromuro?

—No, un revólver.

Quedó cinco horas en la silla como idiotizada, sin hablar, demacrada, mordiéndose los labios, rasguñándose.

Decían en la calle:

—Se hace la loca, asesina.

Decía el comisario:

—¿Y esto?

Decíase ella:

—La muerte, la muerte...

POR SER HONESTO

Como relámpago llegó taconeando el rico estanciero; se cansó de hablar, le escuchamos hasta el fin la dilatada peroración.

Sin saber ni cómo, ni dónde, había extraviado su fina cartera de cuero de Rusia, conteniendo doce mil nacionales y documentos importantes.

Más le preocupaban los documentos — cartas de amor comprometedoras — que el dinero en sí.

Durante algunas horas se averiguó en la localidad, deteniéndose infinidad de vagos e individuos capaces de dar razón aproximada del paradero de esa cartera.

Las averiguaciones, como ocurre casi

siempre en estos y otros casos, no dieron ningún resultado satisfactorio, pese a "las múltiples y activas diligencias practicadas con ese fin".

Al tercer día se presenta un sujeto humilde, pobrísimo, gorra en mano:

—He venido de mi rancho, señor, distante diez y seis leguas de este pueblo, para entregar esto.

Aquí vino lo bueno.

Abrió un enorme pañuelo rojo y presentó la flamante cartera de cuero de Rusia.

Puede explicar ¿cómo llegó a su poder?

—Sí, señor comisario: El estanciero X, estuvo en casa a cobrar un arrendamiento anteayer, la verdad que no le pudimos pagar, la cosa anda tan mal... media hora después de su partida encontramos su cartera junto al pozo, la conozco bien, es inconfundible.

—Como no lo trajo antes entonces, la tentación...

—No, señor, tuvimos bastante que hacer, además, creí que don X regresaría por casa, como hace siempre, después, temiendo le hubiera ocurrido alguna cosa me vine hasta aquí.

—Trabajo nos dió la búsqueda.

Cuando en presencia del noble individuo se le reintegró a su dueño la cartera con los doce mil pesos, más los documentos "importantes" intactos, explicándole cómo ocurrieron las cosas, dijo socarrón:

—Sos un infeliz, che Pascual, aunque lo quieras negar. Son burros de carga ustedes, estúpidos toda la vida; no me puedes pagar de pobre y arruinado que estás, tus hijos lloran de hambre, vos padeces frío y necesidades, llega a tus manos el bienestar, la tranquilidad, sacrificas a los tuyos sospechándote un héroe...

Atónito Pascual lo escuchaba:

—Soy honrado, señor, — dijo — soy...

No le dejó concluir:

—Sos un simple imbécil, andá a trabajar, andá tonto.

—¿Así agradece?

—Callate, nada tengo que agradecerte. Iba a recompensarte pero no lo merecés, ni las gracias siquiera, te servirá de lección, mírenlo al pretencioso honrado, será el único, ché.

Dió un portazo, salió rabioso, como alma que lleva el diablo.

Pascual lloraba en silencio lágrimas de sangre.

Este episodio emotivo perduró por mucho tiempo en nosotros.

HUMBERTO BEGHIN Y EL DESCUBRIMIENTO DEL PETROLEO ARGENTINO

Las notas periodísticas que hasta el presente hemos leído con referencia a Humberto Beghin y su descubrimiento petrolífero, han omitido por completo la fuerte personalidad que acusa los rasgos esenciales de su carácter, y lo más interesante, que develarán estos apuntes, su condición de argentino pese a los remoquetes impuestos ("Loco", estúpido", etc.)

Su breve historia ostenta un nexo ejemplar, debe servir a la juventud de nuestra patria como punto de partida para sus inspiraciones, mañana valederas; es digna y es gran-

de, magnífica por su sencillez, noble por la claridad pristina que encierra.

Beghin vive amargado... — la eterna historia de los que triunfan en el medio hostil formado por sus propios hermanos... — se le tilda con los epitetos más denigrantes, pretendiendo así, negársele la propia obra, no obstante, estoicamente permanece junto a las torres donde surge el oro negro, convive con los obreros alentándolos, loa el trabajo de cada cual grabando en la mente de sus retoños, hechos al viento, a la nieve, a ese clima ingrato, la proficua labor, cuyo tramo forma la columna humana en marcha de hormiga al recio silbato, que ordena con estridencia imperativa cada movimiento mañanero o nocheriego.

Entre la marejada de inmigrantes que arrastran nuestras playas, donde laten todos los corazones del mundo y circulan las sangres más encontradas, que tienden al más puro refinamiento de la raza crisol, arribaron los padres de Beghin, dispuestos a conquistar el legendario vellocino de oro; venían empujados por la avalancha, su origen era harto modesto; insignificante..

Ella colaboraba con dignidad a sostener el hogar, era una mujer atrayente, simpática, infatigable trabajadora, roja de salud.

El vencía al hierro, cantando a la faz dantesca de su vieja fragua, sano el cuerpo y el espíritu, repiqueteando sobre el yunque la gloriosa canción formidable, lograda por el músculo abultado, prieto, redondo, que tanto partía en dos un eje de tres pulgadas, como acariciaba la carne rosada de sus hijos, promesa no vana; carácter recio, voluntad acerada, que le heredaran, viejo estatuario bebedor de fuego.

¿Su vicio? El rapé.

¿Su horizonte? El amor.

De tal tronco, acaso milenario, llegó el hijo pródigo, hijo éste que desde que comenzó a aletear fué el verdadero amigo de su padre, con quien dividió su duro mendrugo, desde la adolescencia, hasta que abandonó las desdichas de este mundo.

Mal preparado para enfrentarse con los rigores del destino y con los manotazos airados de la suerte, Beghin hubo de abandonar, como tantos otros, las primeras letras, bus-

cando resueltamente en la calle las enseñanzas de la lucha tenaz, arrimando el hombro y forcejeando con elementos de peso muerto que le depararían las escasas monedas para el sustento, aliviando la carga hogareña, en tanto iba dirigiendo sus obscuras pupilas a la extensión ilimitada que ahoga el sueño dorado de los que nacen pobres, faltos de apoyo, como repudiados por los que han ascendido la empinada escalera y sonríen con desprecio de aquellos ilusos que se van asiendo de la balaustrada...

Fué peón. Un alma generosa — como lo contara el mismo más adelante — que se tuvo confianza en el fiero afán de aprender, de ser útil a los suyos; así, rodando, combatiendo su ignorancia con intuición salvadora, dominó más de un complicado instrumento mecánico, poniendo fe, terquedad, dedicación en ello, robándole al pesado sueño sus más preciosas horas, y no logró llegar donde él quería porque su batallar culminó en hora incierta cuando la casualidad le colocara frente a la primera ofrenda del petróleo nacional, desde entonces, rindió a este tesoro su perpetua obse-

sión; había que salvar los sagrados intereses de la patria, sin pretender el premio merecido, y, a fé que cumplió como buen soldado.

La muerte de su protector, el ingeniero Krauss, jefe de Hidrología y Minas, puede decirse que concluyo con la verdadera carrera que la suerte le había deparado a Beghin, desde entonces, van muchos años corridos, perdió su control, marchando a la deriva, dentro de las tumultuosas corrientes registradas, donde la procedencia germánica patentizaba métodos, afirmaba "celebridades" ungiendo a los favorecidos con poderes ilimitados...

Beghin luchó con denudo, extraviándose pronto de la ruta; el ambiente cerril lo empequeñeció, le hizo cometer graves errores, de los que seguramente se habrá arrepentido después, fué perdiendo el equilibrio tan necesario en los instantes culminantes de su existencia llena de contrariedades, no supo o no pudo contemplarse, profiriendo incoherencias contra determinados personajes interesados en someterlo a las torturas de la sombra, quiso erguirse, demostrando en su represalia extemporánea, casi siempre, el indomable impulso itálico, rudimentario.

El albor de su férrea juventud igniscente, revela rasgos admirables: la esperanza; ello es innegable. Aunque también no es menos cierto se ensombrece por rasgos nebulosos. (¿Odio? ¿venganza de espíritu primitivo? ¿...?) él lo sabrá: que dejaban a descubierto la desorientación más acentuada en ese pensamiento trabajado a constancia, bien porque iba al olvido inmediato, bien porque éste Beghin no fuera el mismo que se sometiera a los más rudos climas en procura de un poco de agua para sus hermanos labradores, paso a paso, de la grandeza nacional, sacrificados en los más desolados confines de la República.

Es menester recordar, como lo hemos dicho ya, sus vicisitudes, sus gestos, su altivez, para compulsarlo íntimamente, a fin de perdonarle sus errores graves... que le hicieran tener los pies de barro.

Tenemos pleno conocimiento de la actuación de Beghin, lo hemos tratado muy de cerca, nuestra facultad para historiarlo no se basa en simples observaciones a la distancia; sobre el terreno, a su lado, pudimos recoger en días felices para el yacimiento fiscal estos

apuntes, dejando de lado el escarnio de que se le hacía víctima, los vejámenes de todo género que debió soportar y muy especialmente el enorme desprecio de la colectividad alemana que en el campamento oficiaba de índice absoluto.

La perseverancia, la honradez probada de Humberto Beghin, merecen estas líneas, un tanto fuera del marco de este trabajo.

Coloquémosle en el lugar eminente que le corresponde, con toda su grandeza y todos sus errores, no nos guía otro propósito que el de batir la mala atmósfera...

No fué culpable si leyera pésimos discursos frente a abigarrados núcleos, ni que firmara gacetillas imposibles, ni que su afán de figuración en ciertos momentos, alcanzara límites sospechosos, detrás suyo, cobijados por su sombra, aparecieron los medradores infaltables, haciéndole esgrimir armas torpes, precipitándolo al ridículo. Esta conversión audaz, dejó su obscura estela, presumíase a los pseudos literatos a través de las tonterías que Beghin dió notoria paternidad; sabemos cuáles son las condiciones "literarias" naturales,

podríamos transcribir seis telegramas y cuatro cartas semiincoherentes, obra de un poseído.

Le prestaron falsas alas y era natural que no pudiera volar muy alto.

Existe una pequeña historia escrita por Beghin a nuestro requirimiento durante el año 1926, y corregida dentro de lo posible por nosotros, se publicó íntegra y en fragmento varias veces, en distintos diarios de la capital federal, en ella explica a grandes rasgos cómo se verificó el tan famoso descubrimiento, aun cuando desde el año 1909 se conoce perfectamente, al detalle, por haberla dado a publicidad algunos órganos metropolitanos.

Es innegable que nunca se saborearán mejor estos antecedentes, que al leerlos referidos por el propio autor, quien en medio de giros peculiares nos llega a conmover; los aprovecharemos, transcribiéndolos íntegramente por su interés, beneficiándose, pues, el lector y la narración misma.

Hela aquí:

Comienzos. — Como se encontró el petróleo. Primeras luchas

(Reseña de mis memorias)

A mediados del año 1907 desempeñaba en la División Minas del Ministerio de Agricultura, la función de auxiliar de perforación. El ingeniero D. Julio Krausse, jefe de la sección hidrología, habiendo observado que hasta la fecha las investigaciones realizadas en todo el país por especialistas no habían producido en el estudio de los subsuelos resultados favorables en el sentido de la provisión de las aguas, y en la creencia de que no se efectuaban con la debida dedicación y conciencia los trabajos, convino en la necesidad de destacar de su oficina una persona que le mereciera consideraciones por su capacidad y por su valor moral.

Fuí, pues, honrado por el señor Krausse con el encargo de cooperar en los trabajos de perforación en Comodoro Rivadavia y con la consigna de ejercer vigilancia sobre la forma y escrupulosidad con que se realizaren las ta-

reas, afirmado de que serían tenidas en cuenta en todo su valor mis informaciones.

Llego a ésta en el mes de julio y paso a ocupar las funciones de auxiliar en reemplazo del ingeniero Multedo. La perforación llegaba en esa circunstancia a 180 metros aproximadamente. Eran jefes de sondeo D. Emilio Simón y D. José Fuchs; el primero de estos hablaba correctamente el español y ejercía también las funciones de jefe del pozo, siendo inspector de los equipos Fauck el ingeniero Destloff.

Como primera observación comprobé inmediatamente que se perforaba en falso (sin trépano). Observé además que los jefes alemanes sostenían en su idioma grandes discusiones reservadas; valiéndome del foguista Gustavo Kunsen como intérprete, me informé que todos ellos trataban por todos los medios de inutilizar los trabajos, mostrando completa indisciplina y rebeldía contra las autoridades de la dirección, sosteniendo que los equipos Fauck no tendrían más capacidad perforante que hasta 400 metros. En cambio, se mostraban partidarios decididos del equipo Racky.

Al mismo tiempo que verificaba estas observaciones, efectuaba mis tareas que eran las de transportar los materiales y el carbón de la playa al pozo, ya que las funciones de vigilancia eran ignoradas por los jefes los que por su parte no me atribuían la capacidad que yo en realidad tenía en mecánica y perforación.

Al comprobar que se insistía en esa falsa perforación, traté de interponer mis buenos oficios entre los jefes, llamándoles a la armonía y al estricto cumplimiento del deber, pero me replicaron que éllos se limitaban a obedecer las instrucciones de su único jefe el ingeniero Destloff.

Establecí un horario para trabajar a dos turnos, el que fué arrojado al hogar de la caldera por el jefe de sondeo Emilio Simón.

En vista de esta manifiesta rebeldía en que se perjudicaban los intereses de la Nación en un complot bien comprobado, resolví suspender los trabajos. A ese efecto solicité la ayuda de la fuerza pública para garantizar esa medida. Recurrí al comisario de policía, quien me manifestó que el caso era de la jurisdicción

del juez de paz. Este me citó a su despacho, junto con el aludido Simón. Como no fué posible llegar a un acuerdo, el juez dispuso que telegrafiase a Buenos Aires, por separado, y se procediera de acuerdo a las instrucciones que impartiera la Dirección General.

Acudí entonces a don Alberto Fernández, con quien redacté un telegrama pidiendo la separación de Emilio Simón y José Fuchs, por cuanto esos señores trabajaban de mala fé, y que yo continuaría solo la perforación. En momentos en que me disponía despachar el telegrama, me llegó a toda rienda el foguista Gustavo Kunsen, quien me entregó una carta del señor Fuchs, concebida en estos términos exactamente: "Sr. Beghin: No decir nada ingeniero Krausse. Yo hacer lo que Ud. decir. (Fdo.) — José Fuchs". Sin acudir a nadie cambié el texto del telegrama, pidiendo la separación de Emilio Simón y transcribiendo la carta del señor Fuchs, pidiendo facultades de jefe de campamento o que en su defecto me retiraría. En consecuencia recibí esta respuesta: "Julio 1907, Sr. Beghin, Comodoro Rivadavia: Ordene Simón se embarque con su equi-

paje. El pasaje será pagado aquí. (Fdo.) Krausse. Urgente, recomendado (Oficial)"

A continuación recibí este otro telegrama: "Señor Humberto Beghin, Comodoro Rivadavia. Vistas las dificultades que se producen y siguen produciéndose con demasiada frecuencia en los campamentos Fauck, paso a comunicar a usted la resolución recaída en el día de la fecha por la sección hidrología: El ingeniero Destloff queda desligado por completo de ese campamento, siendo usted el único responsable de la marcha de los trabajos en ésa, debiendo adoptar diariamente las medidas que crea pertinentes para la mejor marcha de los trabajos y a sus efectos queda Ud. investido de las facultades del artículo 2º del reglamento para los jefes de campamento, pudiendo suspender a cualquier persona que esté al servicio de esa perforación. (Fdo.) Krausse, urgente recomendado (oficial)".

Por su parte el señor José Fuchs recibió al mismo tiempo el siguiente telegrama: "Sr. José Fuchs, Comodoro Rivadavia. Se le comunica a Ud. que el señor Beghin tiene facultades para proceder. Es a él a quien debe pedir-

le lo que necesita. (Fdo.) Krausse, urgente recomendado (oficial)".

Inmediatamente reanudé los trabajos bajo mis órdenes y envié el telegrama como sigue: "Geminas, Buenos Aires. Sigue perforación estado normal. Beghin".

Como me reservo para luego que el Honorable Congreso haya dado la sanción definitiva a esta causa, el citar los nombres propios de los colaboradores que me han secundado en mi empresa en forma positiva, vecinos de Comodoro Rivadavia, de cuyos merecimientos dejaré constancia en la memoria definitva, sólo anotaré la intervención del extinto Juan Pevet y de Toribio Larrea.

Continuaron los trabajos en buena armonía con José Fuchs a quien le hago la justicia de reconocerle el tesón y el esfuerzo con que me secundaba, entregándose a la faena por doce y catorce horas diarias.

En estos momentos palpitantes en que se me demostraba tan dignamente la confianza desde la superioridad, me afanaba por cumplir

con altura las disposiciones del señor ingeniero Krausse, que había sabido comprender mis honrados propósitos.

A fines del mes de agosto observo que la cooperación del señor Fuchs flaquea; trata entonces de imponerme la conveniencia de la obtención de un juego de barras de pesca y que era necesaria la presencia del ingeniero Destloff, para realizar las maniobras de salvataje. Como le hice notar la imposibilidad de obtener el juego de barras de pesca de 40|80, único que se encontraba en el país, colocó el aparejo doble y tiró bruscamente las barras de sondeo 28|38 sobre una pesca aprisionada con dos juegos de barras maestras. Me opuse enérgicamente a que se prosiguiera y ordené dejase estiradas las barras de sondeo hasta el siguiente día, calculando su resistencia, en la probabilidad que de esta manera aflojara la barra maestra aprisionada.

Al dejar el trabajo llegó el mensajero del pueblo con tres telegramas y entre los cuales había uno para el señor José Fuchs. Por error lo abrí y me sorprendió el texto que decía: "Elena gravemente enferma. Conteste. (Fdo).

María". Como días anteriores el Sr. Fuchs recibiera otro telegrama y carta certificada de Buenos Aires, sospeché se tratara de otro complot, por cuanto sabía que el Sr. Fuchs no tenía familia ni amigos en Buenos Aires. Al llamarle a mi presencia e interrogarle acerca del texto del telegrama, concluyó por confesarme su complicidad, prometiéndose bajo juramento desligarse por completo de los señores ingeniero Destloff, Emilio Simón y demás colegas.

Al día siguiente se notó que había aflojado la barra maestra aprisionada, colocándose la grampa y poniendo el tiro simple se consiguió levantar la pesca con toda facilidad. Fué bajada a continuación la campaña, pescándole la barra maestra con un tiro de barras de sondeo y ese mismo día se siguió perforando normalmente.

Continúan las incidencias. — Don Juan Pevet y Toribio Larrea. — Casos y cosas

(Segunda parte)

Nota: En este trabajo paso a tratar los hechos ocurridos durante el año 1907, para lo que me remito tan solo a su parte más gráfica, librando para su oportunidad el realizar de acuerdo con los técnicismos que la ciencia de la nueva industria exije un estudio completo del mismo.

Los trabajos continuaban sin interrupción: las dificultades eran libradas con éxito. Sin embargo, no habíamos encontrado aún agua dulce, en cambio pasamos una napa de agua salada sin notarlo. En esos días encuentro en Comodoro Rivadavia un misionero salesiano en jira; le hice llegar al campamento en el que bautizamos al hijo de José Fuchs. Le pedí luego al sacerdote que se llegara a bendecirnos la torre, en la esperanza de que la bondad divina premiara la obra.

A fines del mes de setiembre los momentos se hacen álgidos. Es entonces cuando debo

imponer toda mi energía para no malograr la empresa.

Recibo del ingeniero Krausse órdenes precisas de comenzar a embalar a fin de trasladar al Campamento a Camarones. Por su parte José Fuchs era partidario de abandonar los trabajos, por considerar el equipo demasiado débil y desprovisto de todo. Insisto en la necesidad de continuar en la perforación, informando que no me apartaba de sus instrucciones y que nos hallábamos próximos a encontrar agua. Después de recibir algunos telegramas contradictorios, aducí por recurso que reforzando el asiento de la máquina teníamos más poder perforante. Como iba a ser posible aumentar el poder del equipo con ese refuerzo cuándo los elementos eran los mismos que antes disponíamos?

La lucha se torna cruel; parte de las autoridades y el vecindario, con el propósito de desalojarnos, ya que, a la verdad, no habíamos logrado de obtener en ninguna forma lo que nos proponíamos, puesto que ya estábamos en la segunda napa de agua salada sin haberlo notado.

Fundamentaban que con el dinero que ya se había invertido en la primera perforación en Comodoro Rivadavia y con el que sería preciso terminar ésta, tenían suficiente con que traer por cañería el agua de manantiales Behr. Además, estaban en conocimiento de la orden que había recibido de embalar para dirigirme a Camarones.

Me toman por asalto el manantial Taboada. La cooperación de Fidel Maciel y un hijo de Rocha, serán mencionadas a su tiempo.

Los asaltantes traían el propósito decidido de quitarnos el agua de que disponíamos; manera ésta bien eficaz de inutilizarnos.

Me impuse ante el atropello y a viva fuerza les quité los carros de que venían provistos, rechazando además a los que venían en son de lucha.

En Comodoro Rivadavia, el comisario de policía intentó a raíz de mi actitud llevarme a rebencazos a la comisaría. Hice, sin hacer disparos, defensa con el arma a fin de impedir que se me ultrajara, hasta que se llegó al lugar del incidente D. Juan Pevet, quien interpuso

entre nosotros la calma necesaria. Y por la noche realizamos una asamblea de vecinos en el hotel Colón (entonces Transvaal), convocada y presidida por el señor Pevet, con el fin de que se me dejara continuar libremente en los trabajos de perforación. A la interrogación que el presidente me formulara sobre el tiempo que me era preciso para llegar al agua dulce repliqué que sólo me bastaban treinta días, resolvieron en consecuencia que ya no me privarían del agua del manantial Taboada.

Al día siguiente recibo en el campamento la visita de D. Juan Pevet y D. Toribio Larrea, quien era conocedor de materia de minas.

D. Juan Pevet me dijo entonces de esta manera:

"Amigo Beghin, enséñele las muestras a D. Toribio. A ver si estamos cerca del agua dulce".

Repliqué que no era mi deber hacerlo, pero que en atención a la protección que se me dispensó le iba a complacer. Le mostré un pequeño trozo de material dorado (mineral), que creí fuera oro. D. Toribio Larrea lo exa-

minó y terminó su observación con estas palabras:

—¿Está Vd. seguro, señor Beghin, que es del pozo?

—Sí, señor.

—¿De qué profundidad?

—De eso no estoy seguro.

—Bien, Beghin; esto es pirita de hierro; pierda pués todas las esperanzas de encontrar agua dulce.

—Por amor de Dios, le supliqué, no digan ustedes nada. Quiero seguir hasta que todo se haga pedazos. Si fracaso... tomaré para la Cordillera.

—No te dije, Toribio — intervino D. Juan Pevet — que este muchacho vale más que todos los que han estado aquí juntos? Por eso le tengo fe.

Entones le pedí a D. Juan Pevet que me reconociera cuatro mil pesos en vales para pagar a los aguateros, y accedió en el acto.

No puedo llevar al papel las emociones y los pensamientos que en esa circunstancia tenía; no sé que fé, que seguridad, que ansiedad, que presentimiento que me llegaba y que

me dió fuerzas tan poderosas para proseguir, cuando la lucha se hacía más desigual. No puedo, en fin, reflejar lo que pasó por mí; pero se que alguna fuerza poderosa me dió alas para seguir adelante. Y haciéndome de plenos derechos hago uso de cuanto elemento necesito para continuar los trabajos; de la playa me apropié de los materiales que me eran útiles y que no poseía; del taller de Berardi tomé arbitrariamente también de los elementos que no eran propiamente míos; lo mismo hice con el proveedor Fidel Maciel; en fin no respeté en esas circunstancias ningún derecho; era preciso que ya siguiera los trabajos y no paraba en recursos para lograrlo.

A fines del mes de noviembre contábamos con un total de 550 metros de barras de sondeo y la perforación alcanzaba a 500 metros, más o menos.

La bomba estaba ya muy desgastada, pues trabajamos con inyección gruesa, estando el pozo entubado hasta 365 metros.

La escasez de agua para alivianar la inyección era inmensa, todo era un trabajo brusco y forzado. Comienzan a romperse los pren-

sa estopas de la bomba, en la caldera comenzaban a perder los tubos y habiendo revolución a cada momento a causa del agua demasiado sucia. Se rompe la palanca de la máquina. Pedir respuestos a Buenos Aires era cuestión de demorar meses y para salvar la situación era cuestión de días.

El gran jefe de sondeo — negarlo sería necedad — D. José Fuchs, opinaba sobre mi resolución de ponerle chapa y prisioneros a los prensaestopas que se podría romper el cuerpo de la bomba y que la caldera podía quemarse. Como le replicara que ello no implicaba nada, insistió en que él también se sentía responsable. Hice entonces hacer valer mi autoridad declarando que yo era el único dueño y que se haría cuanto yo dispusiera.

Dispuse: Que yo iría por la noche a Manantial para que vinieran los carreros con el agua y hacer extracción de la caldera, mientras él desmontaría la bomba y colocaría las chapas y los prisioneros a los prensa-estopas.

D. José Fuchs trabajó toda la noche ayudado también por su esposa.

Al día siguiente, 1º de diciembre la perforación se reanudaba en su estado normal.

En un descanso en medio de la tarea encontramos en un anuario esta inscripción alentadora en esos momentos: "Fe y adelante".

La situación se torna grave. Los elementos más indispensables escasean: carbón, aceite, empaquetadura, etc., etc. Una o dos roturas de barras de sondeo que se produjeran paralizarían los trabajos.

Podrán imaginarse los lectores lo que en esa circunstancia pesaría sobre mi espíritu, la responsabilidad moral y material a la que me sentía ligado, si en esas horas difíciles no viniera en mi ayuda no sé que feliz sucesión de aciertos que permitieron seguir la marcha de los trabajos. Una interrupción en esos momentos habría equivalido a la ruina y al abandono de toda la obra. No se a que debo atribuir el que me haya acompañado tanta perseverancia. Bien sé, sin embargo, que no me desconceptué en la confianza que el señor ingeniero Krausse me había depositado.

Hacia el 10 de diciembre la perforación

llegó a 525 metros más o menos. Me sentía abatido por la inutilidad de los esfuerzos, ya que ni esa esperanza desconocida que me animó siempre se veía oprimida.

Solo, sin consejo, apartado, sin recibir la cooperación ni el apoyo de todos aquellos que más tarde se sintieron héroes y descubridores, hombres de ciencia, invocaba con toda mi fe de creyente que la bondad divina bendijera, este, mi acto de humana fe.

Sólo levanté una vez más mi espíritu abatido y tenaz y dispuesto a que esa tierra reacia me confiara sus secretos.

La emoción del triunfo. — 13 de diciembre de 1907, fecha memorable. — José Fuchs y yo. — Mi fortuna y la de mi patria. — Aguardo...

Tercera parte

El día 13 de Diciembre de 1907, a las 7.30 de la mañana, un día feliz, alegre y remozador, vino a reconfortar firmemente toda mi fuerza moral y contagiado de esa alegría del ambiente me dispuse a afrontar el dictado del

Destino; ya fuera recibir la burla de la población a la que había prometido tanto como mi optimismo joven me sugería, o a ofrecer airoso el fruto de mis esfuerzos.

Al llegar al pozo la perforadora proseguía en su estado normal. El bravo jefe de sondeo José Fuchs, continuaba contraído en su trabajo.

Cambiamos en esa circunstancia estas frases:

—Buen día, señor Beghin.

—Buen día, compadre, repuse. ¿Y encontraremos agua hoy?

—Quien sabe. Un metro más...

—Si todo marcha bien, tenemos barras de sonda hasta 550 metros. Estamos a 535 metros.

—Oh, si, señor Beghin, si encontramos agua, yo hacer una "piña" y entonces cuando viene el pueblo abrir una válvula y mojar a todos y usted hacer un lindo presente.

Me voy hacia la canaleta y veo unas manchas tornasoles, las que atribuí al exceso de aceite suministrado en la bomba y en las roscas de las barras de sondeo por el foguista.

Y así se lo hice notar al señor Fuchs, quién después de los rezongos de práctica hacia el foguista, convino en que yo tenía razón.

Casi enseguida, instintivamente me volví hacia la canaleta y al observar las manchas, anoté:

—Que enormidad, cuánto aceite hechó que parece bleque.

Y prosiguiendo en la conversación con el señor Fuchs, éste me explicaba el caso de la "piña", que instalaría de idéntica manera coasí fuimos a apoyarnos en la bomba de inyección a observar como se rayaban los pistones mo lo había hecho ya una vez en Rumania. Y por los prensaestopas.

Volví, no sé que fuerza me atraía hacia la canaleta; me hinqué y haciendo taza con las manos recogí el líquido llevando al olfato el mismo, exclamé:

—Gran Dios, encontramos kerosén; vamos a comunicarlo.

El señor Fuchs, me dijo entonces:

—Oh, señor Beghin, quien sabe, esto es una cosa negra como en Rumania y Galitzia

y después no es nada y usted hace un mal presente; mejor esperar cinco o seis días más.

Yo repliqué ardientemente:

—No se nada, todo el mundo a la oficina.

Una vez en la oficina, en presencia de todo el personal, les hablé de esta manera provisto de una guía a la que dí funciones de código:

—Estamos en presencia de una riqueza del Estado; aquél que traicionare al gobierno o que diera un dato, iría preso por 10 ó 15 años. Y usted, señor Fuchs, cumpla el primero mis órdenes. Desde hoy no pisan más el campamento esas cuatro o cinco personas que hace 5 ó 6 días recibe usted en su casa so pretexto de que vienen a merendar y descansar del trabajo diario de sus comercios, hasta tanto el superior gobierno haya dado a la publicidad la riqueza.

Redacté el siguiente telegrama:

"Geminas, Buenos Aires, diciembre 13. Encontramos kerosen. Remita instrucciones. —.Fuchs, Beghin".

Invité al señor Fuchs.

—Firme usted también, señor Fuchs.

—Oh, señor Beghin...

—Le ordeno firme y basta.

Por la tarde al mandar al correo bajo sobre lacrado el telegrama, ninguno de los obreros quizo llevarlo, declarando que si luego se sabía algo acerca del contenido del mismo, yo los haría castigar. Fuí entonces a Comodoro Rivadavia, siendo jefe del correo un señor Sánchez, actualmente inspector. Le entregué el sobre, preguntándole:

—¿A qué hora hay línea?

—Esta noche, me dijo.

—Entérese que este es un secreto de Estado. Trasmítalo usted mismo esta noche y que nadie se entere.

Por la noche fuí en busca del malogrado don Juan Pevet.

—Don Juan, don Juan, le grité; cómprese todos los terrenos de Comodoro Rivadavia. Tenemos una gran suerte.

—¿Qué es?, me preguntó.

—Ya lo comuniqué. En este momento el ingeniero Krausse estará saltando de contento.

Se llegó en esa circunstancia el señor Máximo Abazolo.

—Che, Abazolo — le llamó Pevet — dice Beghin que compremos todos los terrenos de Comodoro Rivadavia.

Y después de un abrazo, dirigiéndose a Máximo Abazolo.

—¿Qué te decía yo, de este muchacho?

Y luego de una pausa sentenció:

—¿Y no lo harán un desgraciado quitándole todo?

—Semejante infamia, contestó Abazolo, no podrá suceder nunca.

—No me extrañaría, insistió Pevet, ya que la envidia de los fracasados...

El 18 de diciembre llega el siguiente telegrama, no recuerdo si de S. E. el ministro Ezcurra o del señor gobernador al comisario de policía:

"Felicite al pueblo de Comodoro Rivadavia, que se ha descubierto una gran riqueza nacional de petróleo. Preste toda cooperación que le solicite el jefe del campamento don Humberto Beghin".

(Desde aquí comienza la lucha de Don

Humberto Beghin, quien hizo todo lo posible, para que no escapara al criterio de los gobernantes, cuales eran las normas a seguir, cosa que se desoyó, sin atribuirle la verdadera importancia que tiene el yacimiento, el cual ha florecido merced a las gestiones tumultuosas que hubo de hacer después personalmente, costándole exoneraciones, disgustos sin cuento, y persecuciones despiadas. Baste decir que hasta estuvo preso, y desde allí gritó como el primer día, lo que siempre creyó como una sola verdad. Beghin soporta el epitecto de loco después de haberle dado una gran riqueza a la nación, y un lugar de trabajo a los que arriban a nuestras playas esperanzados en la fortuna...

Y sin embargo, con todos los derechos adquiridos, nunca pidió nada, ni se le ocurrió pensar que con una traición pudo haber hecho su sólido porvenir).

Descubridor accidental, pero descubridor... — Si no hubiera sido modesto, quien sabe. — Injusticias de la envidia

(Cuarta parte)

Beghin continúa su historia, inmutable, tal cual es él, desdeña con gesto olímpico la amargura, a veces sus trazos son violentos, cortantes, y otras se dulcifica como si contemplara a ojos cerrados la magnitud de su empresa, pero de cualquier manera sin ir demasiado lejos, sabe contentarse con su suerte y se eleva grandioso, por sobre su modestia, que tantos malos ratos le causara, la envidia, que gestara más de una injusticia sonada, permanece para él en la más profunda obscuridad, y se complace en sentirse bueno, sencillo y fuerte contra los más duros embates de la suerte.

Así son los hombres de valer, puro corazón, puro optimismo, puro nervio.

El 19 de diciembre se cerraron los comercios, hubo grandes fiestas en el campamento, procesión con farolitos chinescos y antorchas.

Entre el suprefecto y D. Pedro Barros,

redactaron un telegrama al diario que conocí años después por indicación del malogrado D. Pedro Barros (padre), cuyo texto dice más o menos así: "A la hora que remito este despacho, los vecinos se lanzan hacia el lugar del descubrimiento del petróleo.

Los comercios han cerrado sus puertas y la ciudad se ha embanderado y dadas las esperanzas que representa la riqueza para esta región, es éste un día de jubileo. Justo es consignar que la mayor parte del éxito de esta jornada corresponde al encargado de la perforación, D. Humberto Beghin, quien con un encomiable celo y un tesón poco común, y no pocas dificultades que ha tenido que vencer. Este éxito, si valiosa es la cooperación del señor Beghin, también lo es la de su segundo, señor Fuchs. ("La Nación", dic. 19 de 1907).

Al leer el presente telegrama en Buenos Aires, el ingeniero Hermite llamó al Ing. Krausse a su despacho: "Che Krausse — le dijo — mira éste, está loco, como vamos a permitir que un simple peón sea el descubridor del petroleo. Hay que echarlo enseguida. El ingeniero Krausse se opuso y en cambio pidió

un mes de sueldo como recompensa. El ingeniero Hermite no le dió trámite, resolviendo enviar al ingeniero Bithau. Esto pasó en los primeros días de 1908.

En estos momentos en que trazo estas reseñas, recuerdo la memorable noche del 13 de diciembre en que tuve en mis manos una fortuna inmensa; no vacilé siquiera; ni el calor del champan me hizo dudar un instante; no atendí en absoluto a proposiciones que cualquier interesado mezquino se hubiera subyugado de tentación. Serenamente, con el puro amor que guardo por mi tierra, di a la patria el tributo de que mi sana conciencia de argentino me dictaba; sin parar un instante que era un soldado pobre y aguardé en la tranquilidad sagrada de mi hogar el dictado público.

Y aún aguardo hoy! Aguardo, porque la verdad siempre ha desgarrado la sombra intencionada y desvanecerá la campaña que durante trece años se me ha perseguido a través de la injuria y de la calumnia.

Esta es una enseñanza que un modesto ciudadano argentino, hijo de hogar humilde,

privado del lucimiento de los títulos universitarios, le ofrece a todos sus compatriotas.

Véase la carta, que no hace mucho tiempo recibí, de un amigo a quien quiero entrañablemente; de ella se desprende el encono y la rabia que tienen ciertos "ingenieros" de pacotilla y tragasueldos desarrapados, pero los perdono, también les asiste el derecho de la ambición; lo que más me extraña que luego, quienes más tratan de anularme, más amistad me fingen. ¡Ah! ¡Flaquezas del mundo!...

"Mi amigo Beghin: Si no cumpliera en el deber de remitir a usted una copia del acta que antecede, no estaría tranquilo, porque habría dejado de cumplir con un imperativo de mi espíritu, pues no me cabe la menor duda de que esta insólita medida se ha tomado con el objeto de evitar su concurrencia a la asamblea, porque ello hubiese demostrado su popularidad dentro del personal de empleados y obreros del campamento, haciendo triunfar su candidatura para la presidencia de la Cooperativa, cosa que a estos señores molesta y por eso fraguan el plan de su separación.

Como le anticipo, están fraguando otras

infamias en su contra y que en oportunidad le haré saber. Conozco así mismo la existencia de una carta dirigida por el coronel Mosconi al ingeniero Platz, fechada en Buenos Aires en el mes de julio ppdo., donde le da instrucciones que lo haga detener por la policía y luego someter a un examen médico en el caso que usted pretenda bajar a Buenos Aires, pues considera que su viaje a la capital hay que evitarlo cueste lo que cueste.

(Es copia fiel de la carta de un amigo, que obra en mi poder y cuyo nombre tengo el deber de reservar).

Yacimiento petrolífero fiscal, 19 de agosto de 1925".

En el acta de referencia constan las desvergüenzas de sus miembros, es uno de los tantos "alemanicidios" que me condenan sin causa para beneficio propio...

El documento dice así:

Un acta indigna de mí. — Desconsideración y agravio. — "El loco Beghin", como se me tilda es más cuerdo que ellos... — Algún día lamentarán su encono

(Quinta parte)

"Acta Nº 92: En los Yacimientos Petrolíferos Fiscales, a 8 días del mes de agosto de 1925, reunidos en el Club Social los miembros que figuran al pie y con asistencia del señor administrador D. Humberto Platz, contador general, Dr. Abbate, síndico señor Luraschi y gerente señor Stump. Se abre la sesión siendo las 18 y 30 horas, se da entrada a secretaría de una nota dirigida al señor presidente resolvió citar al consejo a reunión extraordinaria, el señor secretario da lectura de la nota, el Dr. Abbate hace uso de la palabra y manifiesta que de acuerdo a lo que se desprende de la nota y según testimonio del señor síndico aquí presente, al cual se cita como testigo, el señor Beghin se ha expresado en forma tal que merece un castigo ejemplar al efecto de terminar de una vez por todas estas actitudes de este

señor el cual es reincidente y como se trata del prestigio de la gerencia y de la institución, propone sea exonerado como socio accionista de la misma. Esta medida no afectará al crédito que actualmente goza como empleado. Habla el señor Platz y dice que no le interesan los ataques del señor Beghin, particularmente, porque lo considera loco según certificado médico que conoce; padece de una idea fija, pero que como se trata del prestigio de la institución y a fin de evitar que concurra para la presidencia del consejo, para la cual tiene conocimiento que anda haciendo propaganda; es de la misma opinión que el señor Abbate.

El señor Espada dice que si la medida está encuadrada dentro de los reglamentos, el señor Abbate manifiesta que sí y que se puede votar con la seguridad que es legal y necesaria

El señor Espada dice que si al señor Beghin se le considera loco no hay, por qué darle importancia a sus manifestaciones, máxime si se tiene en cuenta que éllas las ha hecho en toda oportunidad y con cualquier motivo sin que nadie le haya llamado la atención.

El señor Van Raap dice que no cree sea

el momento propicio para tal medida, en vista de que el señor Beghin tiene influencia con el personal y que ello podría perjudicar el buen resultado de la asamblea a realizarse.

El señor Espada insiste en que si al señor Beghin se le considera loco, no deben tomarse sus declaraciones como injuriosas o acusadoras y que si se quiere evitar su presencia en la asamblea la administración podría tomar cualquier otra medida, tal como poner vigilancia, pero no exonerarlo como accionista.

El señor Platz, dice que esa sería la última medida que tomaría la administración, que lo necesario es separarlo, porque no puede ser presidente del consejo un hombre que padece la manía de ser el descubridor del petróleo en Comodoro Rivadavia, por cuanto el considera que ni el señor Beghin, ni el señor Fuchs, ni el ingeniero Hermite son los descubridores del petróleo, el cual se debió sencillamente por obra de la casualidad.

El señor Abbate insiste que se ponga a votación y así se hace, resultando afirmativa por cuatro votos contra dos.

El señor Platz dice que tomará nota de

los miembros que han votado en contra de tal medida. Se hacen consideraciones de orden general y se distribuye copia del balance de ganancias y pérdidas.

Acto seguido se levanta la sesión, siendo las 19 y 10 horas. — Fuchs, Van Raap, Bodichon, Espada, Silva, Fonfara y Bogdanovich.

¿Quiérese documento más endiablado? ¿Quiérese deslealtad más manifiesta? Ellos que viven tan cómodamente por mí, son quienes más tratan de dañarme, aconsejados quien sabe, por qué designio malevolente, propio de ignorantes y mal intencionados.

Puedo asegurar que jamás tuve un rozamiento directo con los firmantes de esa estupidez, sólo que he vertido, cuando se ha cuadrado la ocasión mi pensamiento acerca de lo que he creído ver en ciertas manifestaciones antiargentinistas, por obra y por espíritu.

He sido yo, lector, quien un 25 de Mayo tuve que hacer sacar de la casa del señor Platz, la bandera alemana, enorme, desplegada, que flameaba sobre un insignificante gallardete argentino...

He sido yo quien armó "barullo" tal, en

ocasión de otra fiesta que se negaba el mismo señor a prestar los caballos para una carrera de sortijas: Porque los caballos se cansaban, dijo, y porque era una indiada propia de nosotros... Hasta que lo concedió... para tranquilidad de él.

¿Se comprende el encono, la rabia?

Soy para ellos un hombre vulgar, despreciable: "El loco Beghin", más cuerdo, sin duda, que todos ellos juntos, a los que no deseo ningún mal porque reconocerán aunque tarde el error...

Nunca me desalentaré, ni jamás podré echarme atrás, yo soy una bandera, una bandera gallarda, impávida a los vientos y a las tempestades!

Como dije, la desconsideración y el agravio, lo perdono, los sé buenos en el fondo, los sé capaces, cuando se alejen los remordimientos del instante, de tenderme la mano, y acaso de abrazarme.

Y si no llegara nunca ese día, paciencia.

Es más hermoso el triunfo cuanto más se pelea; después del interminable batallar, el guerrero contempla las alboradas divinas, ex-

tático, gozoso, radiante, es que sabe que vive y que ha servido para algo en la vida, aunque esa misma vida lo condene a morir en el olvido, en la obscuridad, en la miseria...

Mi enemigo personal no quiere saber de mi actuación. — Hubert Platz, genio "petrolífero"... — Quienes son mis defensores. — ¿Soy o no soy?

(Sexta parte)

Si excepúo la justiciera defensa que en mi favor realizarán algunos de los sesionantes me impongo por otra parte el deber de tachar las aseveraciones llevadas al término de la insolencia por un señor que a más de desconocerme demuestra tener el sugerente empeño de negar méritos y derechos que la documentación y la realidad de los hechos me asignan de una manera indiscutible. Me refiero a la declaración ligera y fácil con que el señor Platz explica la forma que a su criterio de ingeniero de minas y administrador del yacimiento,

se debe la aparición del petróleo en esta zona.

Su suficiencia científica se siente satisfecha al declarar que el descubrimiento del petróleo obedece "a la casualidad". Y para ratificar esa declaración me califica a mí, Humberto Beghin, como "demente", ya que le molestan mis repetidas afirmaciones en las que me atribuyo la paternidad del descubrimiento del petróleo en esta zona y también de dejar sentado definitivamente la verdad que abona a mis declaraciones, ya que no puedo conceptuar serias y razonables las imputaciones con que el señor Platz se dispone a eclipsar mis innegables derechos.

La intervención de mi preocupación, de mi fe, de mis conocimientos, de mi perseverancia, el empeño y la obstinación con que he perseguido hora por hora la existencia del petróleo, que es hoy una realidad ponderable en todo el país, fueron mi obsesión hasta que me ví premiado en mis esfuerzos.

Si el hecho de haber rendido todos mis atributos, mi capacidad y mi confianza al examinar estas tierras que encerraban la riqueza que presentía significan la "casualidad", con-

vengo, gustoso con el señor Platz, en que esa "señora casualidad" ha realizado el descubrimiento y no me negará entonces que he sido al menos el intérprete de la "casualidad". Si en cambio estima el señor administrador que la "casualidad" en persona ha brindado al país tan maravillosa industria, ese señor se coloca en la ridícula situación de sostener que todas las invenciones y descubrimientos del ingenio humano no deben atribuirse a la inteligencia ni a la intuición de los individuos, sino a las cábalas y a los prodigios de la "casualidad".

Comprendo que le resulte violento al señor Platz, y a otros interesados partidarios y comanditarios el reconocerme como el único y verdadero descubridor del petróleo argentino. Pero las razones egoístas de que se vale para imponer la negativa no puedo dejarlas pasar por alto, porque éllas entrañan una burla soez y ridícula con que se tiene el propósito preconcebido de sugestionar ignorantes o personas mal informadas. Es pues por éllo por lo que dejo sentado el absurdo en la esperanza de que sabrán acogerse lealmente mis declara-

ciones, ya que son el dictado sincero de mi conciencia de hombre de bien y padre de familia, cuyos actos han sido revistados con altura a la faz pública.

Estoy seguro que los altos poderes del Estado, investidos de la verdad de los hechos ya han acreditado a mi persona la paternidad del descubrimiento del petróleo argentino, porque para ello se han hecho caso omiso de los derroches verbales y de las declaraciones falsas de terceros interesados, sino que la documentación de que se han munido ha bastado para conferirme plenamente los derechos que ya son voz pública. Tan sólo el deseo de desvirtuar fantasmas esparcidos por arribistas y especuladores, es que doy esta declaración, aquí donse se trata de impresionar hasta a mis propios amigos y al pueblo por el que tantos años he velado por sus más caros intereses.

He tenido defensores que todo lo han arriesgado por mí, cuando la oportunidad se hizo presente, digo esto, para que el venerable señor Platz y los que lo ignoran lo vayan sabiendo.

He nombrado ya a varios que han muerto,

(Abasolo, Pevet, Barros (padre), etc.); entre los que viven, algunos jóvenes y de actuación destacada en las ciencias y en el periodismo nacional: Pastor Schneider, a quien debo recordar con afecto infinito, ha hecho más de lo que yo merezco; García Olivera, Director del semanario "El Rivadavia", muchacho bueno, pronto a cualquier sacrificio, Toribio Larrea, a quien conservo profunda estima, nos conocemos bien... como se conocen los grandes amigos; Galíndez Vivanco, director de "La República"; los poetas Luis Rey y Darío Blanco, el primero conocido con un pseudónimo rimbombante, le "canta cuatro frescas al más pintado", y a quien tengo la obligación moral de quererlo, y el segundo, modesto empleado del Banco de la Nación Argentina, dos altos exponentes de sinceridad, que mucho han batallado por mí; J. Saccone, A. Eiriz, Hugo Corrales, y muchos otros que no debo nombrar, porque peligrarían en su puesto, (como sucedió con Malvarez, Zanettini, etc.).

Una constancia

Con motivo del descubrimiento del petróleo argentino, cuya paternidad me atribuyo y que en esta declaración queda perfectamente sentado, fuí entrevistado por el corresponsal de "La Prensa" en Comodoro Rivadavia, D. Pietro Belli, quien abundando en calificativos se refirió a mí declarando que yo era el Moisés de Comodoro Rivadavia, solicitándome redactara un telegrama acerca del descubrimiento para el diario que él representaba. Mi natural modestía y una obligada cortesía me indujo a anotarme en ese despacho en último término en la lista de los que constan como colaboradores y cooperadores de la primera búsqueda del petróleo. Como a ese hecho se ha dado interpretaciones erróneas y han surgido terceros que intentan explotar esa circunstancia, hago pública esa constancia, para que ya no quede en el animo de nadie ni la duda ni la malévola sospecha acerca de la legalidad de mis derechos.

Ya lo proclamará en su oportunidad el Parlamento Argentino y el pueblo de la Na-

ción, ya se sabrá que yo, Humberto Beghin, he sido el único y verdadero descubridor del Petróleo Argentino y también el único que lo arriesgó y lo sacrificó todo y el único que nada ha recibido en premio, porque nunca ha venalizado a su conciencia ni ha traicionado a su patria.

Si al descubrir el petróleo he sido agraciado por la gracia Divina, no se me negará al menos que he sido un elegido.

EL INSENSIBLE

Tres años en el desierto, cargado de soledad, apretado de tristeza, sirviendo a intereses desconocidos.

Primero murieron sus dos hijitas, después la mujer; los médicos estaban muy lejos del destacamento policial, no contaba con medios rápidos para evitar estas desgracias.

Quedó solo.

Sin más compañía que el fantasma del silencio, perseguido minuto a minuto por el recuerdo de esos seres queridos.

Frente a la tapera en ruinas los enterró, permaneciendo cada día largas horas contemplando las sepulturas.

Los fuertes tentáculos de la locura iban aprisionándolo.

Fué llamado con urgencia, abandonando,

entonces, para siempre esas tres cruces, ese rancho, esa soledad.

Corrió por conocer el motivo de ese llamado, y se le heló la sangre.

¿Quién lo adivinaría?

¡Lo habían dejado cesante!

De nada valían veinte años de servicios.

Veinte años de penas.

Veinte años ofrecidos sin recompensa.

Una sola plumada era lo suficiente para juzgarlo, por fuerza de las circunstancias era menester darle el puesto a otro; la política exige estos sacrificios.

Bebió.

Siguió bebiendo.

Hoy es un perdido, relata su desgracia riendo.

Una puñalada no lo haría retorcerse de dolor.

A nadie acusa, entendiendo que no le asiste derecho: Así es la vida, para unos el banquete fastuoso, para otros la migaja ruin.

Ríe, como si hubiera soñado el trágico film del que tuvo rol tan desgraciado.

Ríe...

ACADEMIA AL SOL

Son diez y seis gendarmes energúmenos, cada cual con un disfraz diferente, a modo de uniforme, frente al sargento de descendencia aborígen, que se pasea taconeando fuerte.

Las ocho de la mañana.

Hora de academia.

Versión taquigráfica:

—Atención.

—¡Oido!

—¡Cuidao, tengan ojo! Voy a mandar un mandato muy extraño, cuando yo diga firme, todos deben estar afirmados.

—Güeno.

—Iá.

—Firme. Así, así me gusta. Desplantensen. Este... cuando dos vínculos uno gran-

de y otro chico van por una caie transeunte, se le dá paso al vínculo maior pa que despeje.

—Entendido.

—Les voy hacer otro mandato estraño.

—Vamo a ve.

—Estamo en disponibilidá.

—Listo.

—Este... mucho ojo ¡atención!

—Sí...

—¿Cuál e lo principal de un cadrave?

—La muerte.

—El olor.

—No endevinan.

—No.

—No.

—Este... lo mejor de un cadrave son las mano.

—¿Y los pie?

—¡No! porque de las mano se le pueden levantar las espresiones vegetales.

—¡Ah!

—¿Y de los pie no se le puede levantar nada?

—Asigún, los botine, si están sano.

—Claro.

Sííí.

—Afirmense con firmeza.

—Iaa...

—¿Saben ustede lo que es apercibirse debajo del apercimiento de lay?

—No, sargento, no lo sabemo.

—Y Vd., ¿qué sabe si lo sabemo lo demás? Encájese en la fila.

Pueden ir diciendo si están enteraos, a la una, a las do y a las tre!

—¡Nooo!!

—¡Lindo! ¡Vaya qué gendalmes! Se aper cibe el apercibimiento cuando las cosa no están bien metidas.

—Ah.

—Ah.

—Mañana le vamos a aplicar la letura al código.

Silencio.

Se acaricia los mostachos.

—Io quiero que ustede, sepan lo que es un delito delituoso.

—Ta güeno.

—Venga.

—Va.

—Lo esperamo.

—Lo que ocurre en la calle transeunte, sea robo, lisione o algo así por el estilo, ¿sabe?

—Sabemo.

—Eso e un delito delituoso.

—Viste ió lo dicía.

—Es verdad.

—Pueden ir cayándose la boca ahurita.

—Silencio.

—Ya está.

—En hilera acomódensen.

—Estamo.

—Silencio.

—Silencio.

—Silencio.

—No conteste, la fila debe estar en fila.

COTORRA

Habla tanto que nos produce la impresión que le hubieran dado toda la cuerda antes de salir de la pieza.

Representa cuarenta años por sus manchas "inequívocas" en la piel, pero debe tener más.

Recuerda cientos de casos interesantes, cuando en épocas pretéritas se le robaba el dinero a ciertos "interesados" en la provincia de Buenos Aires, partiendo en iguales las ganancias con el comisario, siempre oportuno y otro tanto con la mujer que se arriesgaba a la prueba.

La hemos hecho beber como para confesarse, y, caso raro, repite sin equivocarse las mismas anécdotas.

Deducimos, entonces, que es cotorra congénita, no tiene cura, se perfila con caracteres seguros, precisos.

Nos cobrará — si puede — el arancel diez veces sin darle mayor importancia, con matemática seguridad.

Vale afirmar que su "oficio" se resuelve maquinalmente, siendo su fonográfica condición tan regular, como extravagante.

Nunca voló por los bosques chaqueños, ni se posó imprecisa en las ramas del curupay majestuoso, habla, ronronea, sueña despierta, sabiendo que traerá cotorreando a su hechizo las sucias monedas del pecado.

MARCAS

Hemos tenido en la mano una sugestiva guía de campaña, expedida por el juzgado de paz de X; dice al final: "Resultan ser seis animales con treinta y cuatro marcas".

¡Si lo marcaran así al juez!

¡Pobres animales!

¿Se da cuenta el lector de tamaña atrocidad?

¡Ah! no sucederían estas cosas si viviera el noble Albarracín.

Si se preguntara el motivo de tantas marcas en tan escaso número de animales, os contestarían:

—Y... señor... por si acaso...

¿Qué no ocurriría en los juzgados de paz hace 20 años?

SIRVASE, SAÑUR

—Dígame, agente, si Vd. se viera precisado a conducir un ebrio bravo que se negara a seguirlo, ¿qué haría usted?

El media luna, cuadrándose, responde:

—El brimer balabra le dice marche breso, al segundo balabra sacó la bichete, ¿no sigui breso? Al tercer balabra sacó la rivolver y... sírvase un tirito bara la barsuna de la sañur.

GENIOS A LA VIOLETA

Tenemos de compañeros de mesa, en la mala fonda donde nos torturan con alimentos indigeribles, tres señores muy de estos pagos.

Dos de ellos ignoran hasta el día en que nacieron, más no por ello dejan de tener sus pretensiones en puntos de opinión; de vez en cuando se trenzan entre los tres, permaneciendo nosotros a la expectativa; se permiten comparar a Víctor Hugo con Carolina Invernizzio, son peritos en balística, en paleontología y en frutales; el más largo — flexible como el bambú, con un copete amenazador que le presta la fisonomía de un gallo inglés — tiene a punto la andanada de disparates en cual-

quier instante, los otros no son lerdos, logrando satisfacción de medirse en justa tan magna, y al cabo de un momento de abierta la válvula en toda su intensidad, se oyen expresiones como éstas: Asigún, furor adulterino, dentre, etc.

El niño flexible nos está invitando con la mirada a participar en el magno torneo, replicándole con otra similar que no tenemos chance, declarándonos incompetentes para intervenir con éxito.

Que no se nos ocurra decir que la sopa está bien hecha, ni que hay tahures maestros, ni que en Buenos Aires hay menos idiotas que aquí, ni que los pueblos circunvecinos son más importantes... no, hay que meter violín en bolsa y jugar distraídamente con las migas de pan o con el mantel. Todo lo discutirán, todo lo sabrán.

¡Qué malos momentos hemos pasado el primer día que nos colocaron frente a estos genios que dicen asigún sin ruborizarse!

Ya es tarde para huir, no nos moveremos de esta nefasta mesa, quién sabe hasta qué día, y mientras tanto, oigámoslos, faltan criticar

muchos nombres famosos y hechos importantes, ya le tocará el turno al código (¡ay de mí!) al mate amargo, al sorgo, a los carneros romney march, a la mejor marca de automóvil, a los duraznos, a si el vermouth con V o W, a la inutilidad de los barriletes, etc., etc...

Y nosotros, ¡Dios mío!, frente a ellos.

NACIO FELOMENO

—¿Por qué no dejás de tomar de una buena vez?

—Vea, mi oficial, me costó trabajo aprender y ahora no voy a dejarlo a dos tirones, no lo voy.

—Como quieras.

—Y claro, ya con el vento, hago lo que quiero, hago.

—Metele.

—La Prensa...

—¿De qué trabajás?

—De pión.

—¿Cuánto ganás?

—Si no me afanan, seis mangos diarios,

pero si me ven en curda, leña conmigo, leña, me arreglan con tre, como no me acuerdo...

—¿Tenés familia?

—Tengo una hermana, tengo.

—¿Dónde está?

—Está metida en un frasco chiquito así.

—¿Cómo?

—Claro, no vé que nació felómeno, nació.

POLITIQUERIA

Nosotros no pretendemos nada, no es el egoísmo el que nos trae a esta tribuna, frente a tan selecto auditorio...

—Ejem.

—Solamente, señores, luchamos por la provincialización de La Pampa.

—¡Viva el dotor...!

(Siguen los vivas)

—Somos cinco contra cien mil, pero confesemos que el número no podrá contra el talento, contra la abnegación...

—Que lo recontra.

—...contra el patriotismo demostrado

desde que surgiera la primera chispa precursora del incendio...

—Apágenlo.

—...en las horas inciertas...

—¡Viva el dotor!

—Vivaaa.

(Continúan los vivas).

—Hay que dirigirse al Ejecutivo cuanto antes.

—Avanti.

—No, fumo rubios.

—En beneficio de esta futura provincia, rica, próspera, inmensa...

Después de otros escarceos más o menos forzados, alguien reflexiona en voz alta.

—¿Y los impuestos que vendrán? ¿Y los comisarios a 100 pesos, quién lo aguantará? ¿Y los agentes a 40? ¿Y los maestros sin paga? ¡Será un vivo asalto con premeditación y alevosía!

Se le responde a sotto voce:

—Callate, a nosotros, qué se nos importa, seremos diputaos.

—¡Ah!, no había cáido... yo no sirvo pa eso.

—Te acostumbrarás.

—Tendremos más popularidad que Palacios.

Atruena otra vez:

—¡Viva el dotor...!

—Vivaaa.

Así marcha el país.

BUENA DESPEDIDA

Es innegable que los parientes son los peores, pero ¿y los amigos?

Hace poco tiempo, como consecuencia de haber permanecido cierto colega pretensioso literatoide, etc., escasos meses en un pueblito pampeano, los amigos, a tanto cada uno, decidieron homenajearlo en ocasión de la partida — felices y contentos de alejar al verdugo, a la espera de otro mejor, que nunca lo es — con una modesta cenita, no tan modesta que impidiera el espirituoso freisa, ni el clásico asado de cordero, ni las bombas de estruendo sobradas en la romería anterior.

El más amigo, el casi hermano infaltable,

ofreció la demostración con lágrimas en los ojos y la garganta ronca por la sed abrasadora (era el momento solemne de las mentiras mal disfrazadas) su "espeech" se produjo ante el silencio general, hubo aplausos, abrazos, llantos, y toda esa cohorte ilusoria producida por los excitantes más variados; el literatoide contestó al temulento (¡perdón, viejo maestro Castellanos!) con la misma gama de embustes.

A requerimiento del buen amigo, los comensales se trasladaron a una salita en penumbras, propicia, sin duda para iniciar la clásica partida de monte inglés.

Desde el comienzo, un ilustre desconocido, mal entrazado, con tipo de pendenciero, y el promotor de la jugada que hacían las veces de talladores, arrasaban con cuanto dinero se apostaba; hubo sinnúmero de casualidades, como ocurre con frecuencia en la mayoría de las carpetas donde talla gente honesta. Al levantarse las cartas aparecían tres ases. tres y un dos, contra un cuatro colocado sobre la mano del banquero, o si no varios caballos en línea de combate, contra el maldito rey de oros, abandonado por los apostadores...

Así transcurrieron las horas, hasta que quedaron en un trágico téte a téte el literatoide empecinado contra sus ejecutores ciegos, el amigo lacrimoso y el desconocido expresado.

¿El final? Fácil de prever, aunque el apostador jugaba a cuatro o más cartas por vez, no lograba acertar nunca, estaba de "yetta".

Perdió "varios" pesos, eso sí, con gusto, al fin y al cabo se los había ganado el amigo de corazón. Al día siguiente la definitiva despedida. Nadie.

¡Qué decepción!

Olvidado por los vecinos del tranquilo pueblito, tan bullicioso la noche anterior, y más y más, por "aquel".

Ya en el tren, murmuró con melancolía profética.

—Qué imbécil, me echaron al medio!

EL NIÑO DIOS

El curanderismo pampeano llegó al máximun con la aparición mágica del formidable "niño Dios" superior, según el decir de

los crédulos que forman legión a su extinto rival San Juancito de Realicó, enfocado con acierto por el Dr. Pico, en un sainete memorable.

Ningún médico en el territorio alcanzó el prestigio y la aureola de admiración obtenida por este fenómeno curalotodo; exceptuando las enfermedades específicas e infecto-contagiosas, no hay secretos para el "niño Dios", con sólo mirar al paciente adivina el mal que padece, le da consejos y un buen vaso de agua helada y asunto concluído, el enfermo en un abrir y cerrar de ojos está del otro lado...

La opinión popular cuenta las maravillas por él realizadas a diario, sin encontrar con quién parangonarlo, y, lector, vox populi, vox dei.

Lo más curioso del caso es que el "niño Dios" es casi analfabeto; suele jugar en la calle con otros niños de su edad, y resulta a la verdad chocante cuando abandona esos entretenimientos para atender a un enfermo, salvándolo de una muerte segura.

Cuéntase de él, la anécdota siguiente: En cierta oportunidad llegó a verlo de exprofeso,

un señor adinerado, radicado en Buenos Aires, quien sufría desde su juventud frecuentes dolores de cabeza, ningún facultativo logró dar con la clave, a pesar de los análisis múltiples y experiencias llevadas a efecto; el "niño Dios" lo miró y le dijo: "A Vd. le han recetado anteojos para la tierra y los guarda en el bolsillo porque entiende que son inútiles...

—Es verdad.

—Pues bien, Vd. no sufre de la cabeza, sino del estómago. Puede irse tranquilo, ya está curado.

El nuevo creyente se retiró, en la actualidad no sufre ningún dolor...

Y colorín, colorao...

Es el caso que al prodigioso pequeño curandero, se lo han llevado por "orden superior", realizando sus padres pingües negocios, aun cuando no cobra honorarios, pero si le quieren dejar algo al descuido...

La credulidad todavía tiene arraigadas fuertes raíces, triunfan las brujas montadas en sus escobas y las almas en pena nos producen sudores escalofriantes.

Cabe aquel refrán:

"El vivo vive del zonzo y el zonzo de su trabajo".

UN BARBARO

Este maquinista, haciendo maniobras es admirable, dicen que no tiene precio, empero, es un perfecto bárbaro al que se le han tolerado tropelías.

Se dice que bebe con desórden mientras trabaja y también se dice que por disgusto, cuando los cambistas no se producen con celeridad los atemoriza con sus maniobras violentas, es un trabajador rápido, tipo express.

Ha destrozado dos hombres sin podérsele comprobar la intención criminosa, pero, sabemos que cierta vez, después de haber quedado en las vías un pobre peón, previas las formalidades de práctica, siguió con su máquina, la que arrastraba varios números, y al llegar a la estación siguiente le dijo muy suelto de cuerpo a un amigo:

—Ché, en la estación X acabo de reventar a un gallego.

Y soltó la carcajada.

Que conste que no actuó durante la guerra mundial.

POR QUE NO ME SUICIDA VD.?

¿Por qué no me suicida Vd? — Nos dijo el señor juez del lugar, tembloroso, desesperado:

—Tengo 62 años — me quito quince — estoy viejo, cansado, aburrido, comienza mi histerismo a las cuatro de la madrugada y concluye a las once de la noche, por consiguiente, estoy sufriendo la vida diez y ocho horas diarias; la soledad me destruye, me aniquila ¿quiére Vd. creer, amigo, que soy un perverso incomprensible? Sí, créalo Vd. deseo el mal, gozo con el sufrimiento ajeno, es el único espectáculo por el que me recreo sin mayores esfuerzos; ¡oh! la muerte, feliz de la criatura desaparecida al nacer, está vengada de los males futuros, no se podrá ensañar con ella la fatalidad, la mentira común... sin embargo, me queda un buen lote de lágrimas

amargas para cada tarde que transcurre desapacible y añorante, lloro por mi cobardía, por el lugar que estoy ocupando inutilmente, cuando hay tantísimos infelices que ascenderían el escalón incómodo, apretujándose por llegar hasta aquí, hasta este cementerio; y es la verdad amigo mío, se lo confieso, no tengo valor para quitarme la vida, temo la alegría de los otros con la determinación, soy un egoísta, claro, de la madera humana que nos hace aferrar a lo imposible...

Me apena más la suerte de un pájaro, que la del hombre, por lo menos, las aves vuelan rozándose con las nubes, desafían los males que nos deshacen, se embriagan de rocío, sus amores son ingénuos y fuertes a la vez; corren en bandadas bebiéndose el céfiro perfumado, y su pequeña primavera poblada de trinos contiene la irradiación que mana de su complejo mundo interior. La vida del pájaro es superior a la del ser humano, y la mano criminal que los elimina ignora su ejemplo en el concierto magnífico de nuestro corazón.

La muerte de la humanidad, larvario laborante, no merece el llanto desolado, al con-

trario, debemos sonreir por su rápido exterminio, debemos tratar que no quede nada de ella, evitando así que continúe haciendo equilibrios sobre la corteza terrestre, estamos demás.

Son bastante más complicadas nuestras fases, son más temibles de lo que aspiramos en su discutida proyección, estamos en el comienzo, las miriadas de siglos precedentes encauzaron la sutileza del mal, enfermedad latente tan perfecta, tan rica en matices que, en rápido proceso comienza afilando las uñas y ensangrando la lengua, para predecir a los cuatro vientos el designo de una derrota sin término.

Así es, amigo, estoy cansado de vivir, la máscara me sienta mal, cada fingimiento forzoso me azora interiormente, haciéndome temblar; cada verdad me perturba — fíjese Vd. en el gesto de los oyentes, les incomoda el saberse como son... — la deleitación superior está en negar lo que se ve, lo que se siente, lo que se piensa, en suma, cambiemos la ruta, mintamos, que sean las sugerencias de la carne la revelación del sexo..., la hembra, pre-

miosa de pecado nos ofrecerá el tesoro de su realidad; para qué preguntar por su conducta, por su moralidad, por su inteligencia... dejemos los razonamientos puritanos, baste gozar con su cuerpo sedeño, de formas atrevidas y curvas sensuales, ella nos hará entrever en el velo del espasmo la hora inviolada, regida por la naturaleza exigente, zahorí, tantas veces maldecida. Cuando se llega a una edad y se ha vivido un poco, el verano aurisolar desaparece al amago de la primera ráfaga helada, entrechócanse las vértebras, poco o nada queda de lo que hemos pretendido ser, el ambiente es glacial, en derredor caen las hojas amarillas. Comprendo, León, sin necesidad de recurrir a Freud, de donde proviene la enfermedad... no son menester análisis, un mundo de pequeñas contradicciones aconsejan a la histeria y otro mundo de vagas suposiciones le dan cabida sin grandes esfuerzos, se le acepta tal como viene, con la cabeza gacha y el cuchillo entre las ropas, sabrá Vd. que no la temo, me divierte, al fin de cuentas es la compañera inevitable que se me proporcionó para concluir el viaje, descendiendo en

la estación próxima al cumplirse el kilometraje del boleto... Quisiera que Vd. que tantas promesas de amistad me hiciera, y aunque de ella no me fío un ápice, tratará de sacarme del apuro; es simple, amigo León, — se que me contradigo — espere a que me duerma de doce a cuatro de la mañana, apunta aquí, aprieta la cola del disparador, y ya está, le dejaré una carta en la mesita de luz, los jueces le premiarán ¿quién no le dice que sea su nueva profesión? Trate de no asustarme, llegue despacio, en silencio, apunte sin temblar, como si asesinara a su esposa... Ríe... Se lo prohibo a Vd., hablo en serio, se lo exijo ¿entiende? ¿cómo? no puede ser... como le he dicho ¿por qué no me suicida Vd?

Le dejamos hablando sólo. Siguió encolerizado el discurso, cada vez más incoherente, más temible.

A este juez de paz desde hace tres años lo conocemos igual.

Y no se muere.

LA FELICIDAD

Nuestro individuo acostumbrado al ambiente mefítico de los obscuros poblachos de tierra adentro, ha perdido la facultad esencial para desentrañar los más leves estados de ánimo; ni recurriendo a los expedientes más violentos, compulsivos, se desvanece su oprimida modorra — plomo cerebral, tristeza infinita del paisaje cansado — convertida al hondo mimetismo silencioso que pesa tenazmente sobre las cosas desprovistas de belleza objetiva.

Hemos pretendido, en vano, conocer a nuestro vecino, espiando a ratos perdidos su franca risa burlona; trabaja, suda, charla... apila bolsas, jugando con un compañero a quién es más diestro en el manejo de ellas, los 60 kilos que pesan cada una, son como un juguete en las manos de un niño, les hace dar volteretas en el aire, canta, fuma, luego bebe la cerveza — premio de su esfuerzo — con tal avidez que causa envidia. Para él, la existencia se circunscribe al enorme galpón, donde goza las ocho horas de labor, entre sus inva-

riables compañeros chacotones, diestros en el manejo de la taba.

No lee diarios, ni le importa un comino quién es el presidente de la República, ni lo que está ocurriendo en París... ignora su situación en el plano social, sólo sabe que en invierno debe abrigarse y que en verano se sofoca subiendo y bajando por la planchada de los vagones ¡hombre de Dios! lloviendo habrá excelente cosecha, si la seca continúa deberá emigrar.

Asimismo le envidiamos; nuestro individuo se revela cuando ríe, cuando habla, cuando bebe, cuando piensa, ¿Soy en realidad superior? he ahí un problema sin solución. Tenemos deseos de atraerlo, conversar con él hasta cansarnos, hasta hartarnos de su tontería o de su felicidad, pero, no arribaríamos a nada, ni sabríamos comprender su espíritu, si es que algún retazo de él le queda. No nos sería tarea fácil reconocerlo el domingo por la tarde, en las fintas de un flirt con la rusita que no entiende sus palabras huecas, pero sí sus intenciones atrevidas... Este sujeto simple, es tan indescifrable en su carácter de

muñequito sin hilos visibles, que lo suponemos rico en facetas desconcertantes; su compañero lo festeja, ríen juntos ¿de qué? de un papel que vuela, de un auto que no arranca, de un negro compadrito que pasó silbando, rozándolos; ellos tan cerca de su mundo, viven despreocupados del mundo de los demás. Asisten a una fiesta, bailan, se encandilan, la rubia los agita, la morocha les promete.

Lo eterno.

Velan a un angelito, y les viene bien porque es sábado; beberán, conversarán...

No los comprendemos.

Por más que los espiémos, son de otra raza, de otra época, no son hombres.

Quisiéramos parecernos, ser igual a ellos, ver como las bestias, rodar como la hojarasca, ir sin saber dónde, ni por qué, tomandonos de la mano de cada uno para lograr un poco de luz en la profunda obscuridad del camino; entonces, ni concitaciones, ni penas, ardiendo en el sacro fuego de la felicidad.

UNA MUJER FACIL

Son italianos, poseen una fonda mugrienta, él — genio vivo, nervioso — "parola al vesre" y un poquito de francés italianado; en los tugurios de Marsella hizo el aprendizaje, que hoy conoce a la perfección; al llegar al país buscó en calidad de socio a un pobre diablo venido de la Alta Italia, le dió circulación a los pesos, que éste ganara en varios años de duro trabajo, carpiendo tierra.

El socio es ¿como lo pintaríamos? algo así como un pajarito a la polenta; no habla nunca, sólo bebe "bon vin" y mira l'humo como un personaje de Pacheco.

Lo visten, lo calzan de cualquier manera, lo mandan igual que si se tratara de un niño, le gritan e intentan agredirlo; el es sumiso y obediente, tranquea vigilando a los borrachos como él, y nada dice de los pesitos que se van esfumando con velocidad vertiginosa, al compás de la victrola, además, cuida el honor de la patrona.

Ella regordeta, colorada la cara, deforme, pasea triunfalmente, (no es para menos)

los hombres la devoran con la mirada, le dicen al oído piropos bárbaros, sin olvidarse, los más atrevidos de manosearla a la pasada, suele protestar, después ríe poniendo cara estúpida y dice: ¡Loco!

Como si tal cosa, sostiene las conversaciones más escabrosas, acompañándolas con gestos adecuados.

El marido se hace el celoso, la sigue, le guiña sus ojillos fascinantes, le promete palos...

Donde la italiana se encuentre habrá un representante del sexo feo, sin perderle pisada, acomodándose para la atropellada final...

La fonda, con semejante elenco, se llena de sujetos que esperan la caída de la hoja que no cae...

Y esta mujer *fácil,* llave central del comercio, tiene en su carne flácida,adiposa, los atractivos suficientes para los hambrientos de placer, que noche a noche, cantando melancólicos aires napolitanos, dejan en el cajón del mostrador las contadas moneditas, a cambio de una mezquina ilusión.

DOS TAJOS... Y A OTRA COSA

Las nueve de la mañana.

41° a la sombra.

Pueblito miserable.

Frente al consultorio de la Esmeralda, se detiene un automóvil, desciende de él una anciana, adentro permanece, soportando, al parecer, agudos dolores, una mujer joven.

Suena el timbre, aparece la médica canturreando cierto vals de la época en que Bismark vivía aún.

—Señora...

—¿Es Vd. la Dra. Victoria Esmeralda?

—Para servirla, pase Vd.

—Vea, ahí tengo en el automóvil a mi hijita, está muy mal de la hernia.

—Hace mucho.

—Cinco meses.

—¡Uff!

—Dicen que hay que operar.

—Es lo mejor que yo hago. Veremos.

Con esfuerzos enormes introducen ambas la enferma al consultorio. Cuchicheos.

Las once de la mañana.

Fonda al lado de la morgue (sentimos gritos, ayes de dolor, voces).

La señora sosteniendo apenas a la enferma.

—Quiére ayudarme señor.

—¡Cómo no!.

—Patrón, prepare enseguida una cama.

—Va.

Corridas.

Movimiento.

Convulsión insospechada.

—¿Sería indiscreción preguntarle qué tiene la señorita?

—Acaba de ser operada de la hernia.

—¿Operada?

—Operada, aquí al lado...

—¿Y camina?

—Dijo la doctora que tan corto trecho no le haría daño.

Somos profanos en la materia, ignoramos si ha sido correcto el proceder de esta dama representante de la ciencia, no queremos opinar, ni nos corresponde tampoco, sin embargo, nos sobrecoje el estupor y murmuramos entre dientes:

—¡Qué audaz!

(La enferma vive... pesa 76 kilos. O es obra de Dios o tiene carne de perro).

EL HOMBRE QUE HACE LLOVER

"Temperley, 22 de marzo de 1929. Estimado señor, dispués de saludarlo a Vtds, esta tiene por hojito lo siguiente, hoy como lo hago siempre, he leido la presa y he visto que en hesos parajes, y por consigiente hay mucha seca. Y llo me comprometo despué de estar unos dia por hesa, de haser llover lo que se necesite, lo mismo un año como toda mi esistencia lo que llo necesito es una suscrisión de todo lo chacarero y dueños de campo de todo el Territorio para mi esistencia y se deposita en Banco esa suscrición y si yo no hago lo que prometo debalverle a cada uno lo sullo, es el modo que llo puedo y agrado de salvar hesa situación tan penosa que va a benir mas adelante medio general asi que si lo dueño de campo y arrendatarios quieren salval su situación haora y siempre lo mismo,

llo asta no hacer lo dicho no tengo oción a nada, lo mismo me pueden contestar por la prensa y más seguro.

Lo saluda Atmt. (Fdo). Adolfo Puzo.

Yo no se si dirijirla al comisario o al intendente municipal pero queriendo todo se arregla. Puzo.

Textual.

UN AMOR DE COMISARIO

"... manifestó llamarse Clara Prunel, ser argentina, de trece años de edad, según cree, y domiciliada con su padre en la calle Hinojosa 76, de esta localidad, alfabeta..."

Terminada de leer esta foja, el comisario Arístides Campos, criollazo de ley, pero, escaso de la más elemental cultura, se acarició la pera patriarcal, atuzose los cenicientos bigotes, y habló con el oficial, con voz muy queda, de bajo profundo, como si le viniera retumbando desde el estómago...

—¡I podrá ser velay, io no lo creia! Estoi lejos de las leies, pero tengo criterio, po!

—Yo no estoy seguro, señor comisario, articuló el subalterno, un individuo de aspecto tuberculino, más delgado que un alfeñique.

Quedaron pensando.

Por fin, se decidió, diciendo:

—Saldremos de la duda, iame a Casas, el sabe mucho de estas cosas...

Y mientras el oficial salía en busca del salvador, Arístides, tranqueaba por su despacho, chupando un cimarrón, releyendo de paso el sumario, que para él era lo mismo que si estuviera escrito en chino.

El señor Casas no se hizo esperar, aunque adscripto a esa comisaría en calidad de meritorio — vigilante sin chapa — no concurría nunca, por haber sido poco tiempo antes, subcomisario de la repartición, declarado cesante a raíz de cierta trapisodia, en una palabra, no tenía "cultura alcohólica", así se explica la gentileza que con él usaba su superior.

Casas — liliputiense negruzco, de anteojos de carey, con gruesos cristales, cabellos aindiados, pose doctoral y el eterno cigarrillo moviéndose entre los dedos gordos de su mano derecha — leyó y releyó aquelló, golpeó repe-

tidas veces la boquilla y dijo ante la impaciencia del comisario y del oficial que esperaban con verdadera ansia diera el fallo:

—¡Sí, pué!

—Y ¿Qué dice?

—¡Claro! Les voy a explicar, aunque yo no tengo costumbre, como homenaje al señor Campos...

—¿Qué me dice? — Gruñó don Arístides.

—¿Qué me cuenta? — Respondió el oficial.

—Io estoi por ponerlos en libertá i que se las areglen eios, en estas cosas los códigos están de más...

—¡Sería una solene barbaridá, si, pué! Hagamos otro sumario en cuerpo separado...

—¿Hay que separar el cuerpo?

—¡Sí! Busquen pruebas, hagan esaminar la menor, y si quiere apañarlos el juez ustedes no se metan en líos. Además tienen en su favor ciertos artículos que preven los delitos contra la honestidá... previsto por el código penal. Hasta luego.

Tomó el sombrero, sacudió por millonésima vez la ceniza del cigarrillo, limpio los

cristales de los anteojos e hizo mutis marcialmente.

El comisario y el oficial, boquiabiertos con la salida, lo vieron desaparecer, sin articular palabra.

—¡Qué conflito!

—Y ¿qué hacemos? ¿Continuamos o damos marcha atrás?

—No oyó, hai que separar el cuerpo.

—¡Ah!

—¡Un momento! Traiga ante mi presencia a esa pobre criaturita.

Clara Prunel, representaba más bien diez y seis años.

Rubia, delgada, armoniosa. Ojos aurorales, boca traviesa, senos turgentes.

Arístides Campos casi se cae de espaldas, se pasó con suavidad el pañuelo por la boca:

—¡Qué alfajor! ¡Me parece que el Código me lo van a tener que aplicar a mí!

Ella tímida se fué acercando.

—Retírese oficial, cierre la puerta de paso, voy a confesar a la denunciante (!)

—Está bien...

Y el sujeto tuberculino, salió por el foro abriendo los ojos como el dos de oros.

—¿Usté es Clarita Prunel?

—Sí, señor.

—Siétese chiquita, está cómoda (¡qué alfajor!)

—Es usted muy bueno.

—Verdad que sí, nena.

—Sí señor.

—Este... que es lo que te anduvo pasando con tu padre, decímelo todo chiquita, que ió te v'ía defender a cuchiyo; no te avergüences querida, nadie por mí lo sabrá.

Y poco a poco Clarita, fué desenredando cabizbaja la cruel historia de su vida.

—¿Y cómo no lo denunciaste antes m'hijita? Tu padre merece cadena perpétua. Io le haré iegar la cadena...

—Sí, es lo que yo deseo.

—¿Cuántos años tienes?

—Trece para catorce.

—(Deliciosa... edad) ¿Estarías conforme que ió te aiudara?

—Como no, señor.

—Esperame esta noche a las once en tu casa.

—Estoy sola.

—Mejor.

—¿Para qué vendrá?

—Voy a leerte íntegro el sumario, en el que consta tu declaración.

—Bueno, lo espero sin falta ¿eh?

—Estaré prendido... No se lo vaias a contar a nadie.

—¡Pierda cuidado!

—Adios paloma.

—Adios señor.

....

....

—Te he nombrao depositaria a mi sirvienta, mujer buenaza y de corazón... ¿estás conforme?

—Todo lo que vos hagas está bien.

—Entonces tendrás que venir a vivir a casa.

—Eso me alegra, cuanto antes esté más cerca de tí es mejor...

Jacobo Prunel, se afirma fué recluído por largo tiempo, en tanto Clarita y Campos hacían justicia al por menor.

Casas, continúa, ¡si pué!, sacudiendo la

ceniza del cigarrillo, dando consejos policiales y leyendo avidamente, todos los códigos del mundo, sin pasar de meritorio — vigilante sin chapa — y el oficial tuberculino, lejos del mundo, enterrado entre montañas silenciosas, sueña en Clarita,su único secreto, su único amor.

RECORTES

A título higiénico reproducimos, apenas comentados, varios recortes de diarios, que pueden dar la pauta de estas ligeras páginas.

Se dará así la medida de lo que hemos referido en un principio, omitiendo, como es natural, nombres y lugares para no personalizarnos con nadie, ya que ese no es nuestro ánimo.

Involucramos estos altos y modestos personajes, de actuación y responsabilidad distintas, perdidos en la carroña:

Colazos del desastre irigoyenista:

"El interventor federal entregó a la prensa las siguientes declaraciones:

"Las publicaciones de los diarios dan a

la Comisión Investigadora un fin muy distinto al que se refiere el decreto por el cual se la designa. Por la mención que allí se hace del aumento en los presupuestos provinciales del año 1918 al 1928, se considera que su objeto es investigar a los gobiernos de determinado partido en los últimos 17 años.

Es un caso que debe aclararse, ya que disminuye el concepto y la misión que va a desempeñar de saneamiento moral y ejemplarizadora para los tiempos venideros. Esa comisión va a estudiar los hechos que han promovido la situación malsana en que se ha debatido esta provincia, sea inmediata o bien remontándose a su origen, no está limitada a una época o tiempo determinado, ni es contra un partido, ni contra tal gobierno. Se investigará todo lo que tienda a poner en claro el mal de Mendoza, para hacer el remedio y aun el castigo de los causantes de la situación, que ha venido a remediar la actual intervención.

Tan se considera así, que el primer caso que se le pasa a la Comisión Investigadora es el referente a la rendición de cuentas que

hace el ex interventor irigoyenista don XX, del dinero y artículos recibidos por subscripciones para los damnificados por el terremoto de Villa Atuel.

En cuanto a la designación de la comisión, se ha tenido en cuenta sus condiciones personales para estudiar los hechos a investigar, sin fijarse en su color político, ya que su misión es investigadora y la resolución corresponde a la justicia que, dada su composición actual, ofrece amplias garantías para todos".

La exageración de medios innobles para obtener el fin propuesto, traen aparejados serios desmanes.

Véase, sino, una prueba:

"Apelada por el director del diario "Democracia" la resolución producida por el juez federal, doctor ... no haciendo lugar al recurso de amparo interpuesto, la Cámara Federal recibió la ampliación de informes sobre la clausura de aquel diario al jefe de policía. Este funcionario, según se nos informa, contestó el miércoles último dando cuenta de que la clausura obedecía a órdenes superiores, pe-

ro que su imprenta no estaba impedida de trabajar.

Notificado el director, se constituyó ayer con personal a fin de hacer funcionar la imprenta, cosa que le fué impedido por el oficial de policía a cargo de la vigilancia del local y las máquinas.

Inmediatamente el citado director requirió la presencia de su abogado defensor, el doctor ... y un escribano público, procediéndose a levantar un acta debidamente legalizada.

Interrogado el oficial de policía, de por qué no permitía trabajar a la imprenta, cuyas máquinas están custodiadas por agentes, dijo ser esa la consigna que tenía.

Con dicha acta, el director de "Democracia" se presentó esta mañana a la Cámara Federal, dando cuenta de lo ocurrido, y reclamando sobre la libertad de trabajo en sus talleres.

Ese alto tribunal, como primera providencia, libró inmediato oficio al jefe de policía para que informe en cumplimiento de

qué órdenes y de quién, aquel oficial ha impedido el trabajo intentado.

El abogado defensor cree que si el jefe de policía ha suministrado una falsa información a la Cámara Federal en lo que se refiere a que la imprenta no estaba impedida de trabajar, deberá el procesamiento de dicho funcionario".

Nunca faltan los salvajes, que, creyéndose amparados por el uniforme llegan hasta los extremos ruines, de nada valen súplicas, pedidos, consejos, comienzan la *carrera* con un hecho de apariencia simple y a lo largo de ella van dejando profundas huellas dolorosas de su paso, hasta culminar en la degradación moral.

Veamos una muestra:

"Una gravísima denuncia, que merecerá la atención de las autoridades correspondientes, hemos recibido en nuestra redacción de un hombre de trabajo, atribulado por su propia desgracia. Este hombre, al volver de trabajar, en horas de la noche, supo por su esposa, que ella misma había sido víctima de ultrajes cometidos por tres sujetos.

A medianoche—

XX, de 32 años de edad, se domicilia con su esposa, de 25 años de edad, en la casa situada en la calle .... Los dos son checoeslovacos, de reconocida honestidad, y él trabaja como chauffeur de un auto de alquiler, durante el turno de la noche.

Anoche, como de costumbre, salió a trabajar. Mientras tanto...

El asalto—

En la casa, habitan 4 familias, noches pasadas se encontraban en sus respectivas habitaciones cuando, imprevistamente, oyeron que la casa era atacada a balazos. En medio de un gran pánico lograron alejarse del lugar. Al escapar, pudieron percatarse de que la casa era rodeada de policía uniformada, y los que estaban dentro de la casa eran oficiales de la comisaría de Ciudadela, y un ex agente de nombre XX.

¡Bárbaros!—

Los asaltantes no dejaron escapar a la presa deseada, a quien encerraron en su dormitorio y, después de maltratarla brutalmente, la hicieron víctima del más bárbaro de los atentados.

Un detenido—

En la misma casa vive con su esposa, un hermano del chauffeur, llamado X, quien intentó socorrer a su cuñada. Pero sus intenciones se malograron, y los propios asaltantes lo enviaron detenido a la comisaría local.

Está enferma—

El chauffeur X, cuando regresó de trabajar esta mañana, fué informado de lo ocurrido, encontrando a su mujer enferma y presa de una gran desesperación por lo ocurrido.

Los vecinos también informaron a X, de la presunción de que los autores del atentado,

son elementos de la misma policía local, a quienes reconocieron, a pesar de estar vestidos de civiles.

Denuncia al Consulado—

El esposo de la víctima, nos comunica también, que presentará hoy mismo la denuncia del bárbaro atentado al consulado checoeslovaco solicitando justicia y protección.

En la comisaría—

Después de escuchar la dolorosa denuncia del esposo de la víctima, solicitamos información en la comisaría.

El oficial de guardia nos comunicó que no tenía noticias sobre el atentado, ni haberlo detenido.

A pesar de esta información de la comisaría, entre cuyo personal figuran los acusados del atentado, no dudamos que las autoridades correspondientes realizarán una severa investigación para aclarar esta acusación de un bárbaro atentado, cuyos criminales au-

tores merecen la más extrema de las sanciones penales''.

¿Y éstos, lector, son los guardadores del orden?

Desgraciadamente abundan los ejemplares de esta calidad.

Ahora viene el caso típico del rompecabezas subsistente desde años atrás entre funcionarios policiales y jueces de paz, ¿quiénes tienen más representación? Aquí falla el viejo aforismo de ''Entre bueyes no hay cornadas'', los bueyes se cornean... y cómo.

''*Descomposición general*—

Las consecuencias de este estado de cosas pueden fácilmente preverse. Los ciudadanos que por cualquier evento son procesados por la policía del territorio, deben permanecer detenidos indefinidamente por la perturbación que existe en los trámites judiciales, debidos a la congestión de trabajo en el despacho del fiscal.

Naturalmente, influye esta anómala situación hasta en los juzgados inferiores del in-

terior del territorio. Hay juzgados de paz, donde la descomposición ha llegado a extremos intolerables. Actualmente, por ejemplo, en el pueblo X, estación L, el juez de paz local ha producido una situación pública de descontento e intranquilidad que resultan peligrosas.

En X hay un petit dictador—

Ese pueblito, que se halla en el extremo Sur del territorio, cuenta con las siguientes autoridades: el subcomisario N. N., el juez de paz, señor F. C. y el presidente de la Comisión de Fomento, señor T. O. El segundo de los nombrados, esto es, el juez de paz del lugar, designado por la Gobernación, es el personaje que trae a la población de X en una constante agitación a causa de su temperamento inapropiado para el ejercicio de funciones públicas, y, lo que es mucho peor, por su tendencia francamente irigoyenista a extralimitarse en ese ejercicio, pretendiendo con frecuencia hasta subordinar a su mando a los funcionarios autónomos y dependientes del

P. E. Nacional que existen en X. En este sentido, se conoce en esta capital al aludido juez de paz como "al dictador de X".

Ineptitud y prepotencia—

Las actividades que al margen de sus funciones despliega el aludido juez, provocando conflictos de jurisdicción y haciendo de su juzgado de paz un arsenal de guerra, motivan las reclamaciones que llegan hasta esta capital de los más caracterizados vecinos y que, desgraciadamente no pueden ni ser consideradas por la situación imperante, tanto en la Gobernación como en los juzgados.

Como el caso de X, hay en este territorio en este preciso momento, muchísimos otros.

Juececillos de paz que quieren llevarse a todo el mundo por delante y que han hecho de la coima un verdadero "apostolado", abundan más que el pan. Porque por sobre todas estas pequeñas calamidades hay ciertamente una mayor: la espantosa miseria que se ha enseñoreado en toda la Pampa".

Puede asegurarse que la información pre-

cedente es tan exacta como lo sospecha el lector, al que dejamos librado las sugerencias de entrelíneas...

"Prestó hoy declaración indagatoria ante el juzgado del crimen el ex gobernador X, en el proceso que se le sigue con motivo del cobro de sueldos y depósito de vales en la tesorería por los meses de julio y agosto, de cuya irregularidad hizo la acusación correspondiente el agente fiscal.

El juez del crimen citó para mañana al ex ministro doctor M. M. para que preste declaración indagatoria por un delito análogo al que se halla acusado el ex gobernador."

Se comenta por sí solo. Después hablamos de los empleados de policía...

Otro interesante:

"El juez de instrucción que entiende en el proceso instaurado contra los jugadores fulleros dictó ayer una resolución, en la que analiza la situación de los empleados de policía acusados por haberse negado a recibir denuncias formuladas contra esos delincuentes.

Como informamos en su oportunidad, los empleados procesados son el ex jefe de la sec-

ción defraudaciones y estafas de investigaciones comisario X X, el auxiliar M. M. y el oficial inspector N. N., quienes al ser interrogados negaron las imputaciones de que eran objeto.

En su resolución expresa el juez instructor que en las actuaciones efectuadas surge que el delito cometido por los empleados nombrados es el que reprime el artículo 249 del Código Penal, que castiga con multa e inhabilitación a todo funcionario público que ilegalmente emitiere, rehusare hacer o retardare algún acto de sus funciones.

En conclusión, el juez se considera incompetente para entender en el sumario contra los empleados policiales y resuelve remitir todas las actuaciones al juez en lo correccional doctor M."

Menos mal que fueran todos así...

Entresacamos de un extenso informe, elevado por un ex comisario de órdenes de la capital federal, al señor jefe de policía, motivado a raíz de las actividades desplegadas por la sociedad "Zwi Migdal"; conviene oír-

lo con sumo detenimiento, nos da una elocuente lección:

"Sería tarea dificilísima relacionar las complejas y variadas diligencias practicadas por esta comisaría en su acción para secundar al señor juez; pero un cálculo aproximado, permite elevarlas a doscientas o más, descontando las vigilancias ejercidas sobre determinadas personas. Todo se hizo tan rápidamente que a no mediar el concurso de voluntad ofrecido espontáneamente por el personal de la comisaría, difícilmente hubiérase podido documentar toda la labor realizada aunque para ello fuera menester sacrificar detalles y antecedente propios de la modalidad que caracteriza el ejercicio de la prostitución. De haber contado con el personal suficiente para encarar problema tan arduo y serio, hubiérase llegado a la comprobación y esclarecimiento de hechos tan inauditos, que a nadie se le hubiese ocurrido imaginarlos.

La gran vergüenza—

Sin embargo, y a pesar de todo, lográron-

se constancias de algo anormal y extraordinariamente bochornoso: la Capital de la República contaba en su seno con una sociedad de rufianes, con estatutos aprobados, personería jurídica reconocida por el gobierno de la provincia de Buenos Aires y establecida la sede de sus deliberaciones en un edificio suntuoso situado en la calle Córdoba 3280. Nada faltaba para que su parecido fuera semejante al de las asociaciones ilícitas: la Migdal tenía un activo y un pasivo, representado el primero por la mujer convertida en capital y el segundo, aunque infinitamente menor, por las "coimas" y otras dádivas ilegales que se veía forzada a dar para asegurarse la impunidad.

Lo demás eran utilidades, más crecientes a medida que la sociedad perfeccionaba su sistema de comercio. Una breve explicación de cómo se practicaba bastaría para dar una idea cabal del poder con que el mal difundía sus funestos resultados.

La organización—

La titulada sociedad hallábase regida por

una comisión directiva, formada por miembros titulados, presidente, vice ,tesorero, secretario, prosecretario, "juez" y vocales. Su estatuto redactado en forma ambigua, abusa de los lugares comunes propios de toda asociación de socorros mutuos; pero nadie que no estuviera en antecedentes de su verdadera finalidad podría imaginar un sarcasmo semejante.

He dicho antes, y lo repito ahora que los componentes de la mencionada sociedad, eran rufianes dedicados pura y exclusivamente a explotar mujeres en el ejercicio de la prostitución. Corresponde que ponga, entonces, cómo se desarrollaban sus actividades, los medios de que se valían, los recursos con que contaban.

Perfeccionamiento—

El problema de la trata de blancas no es una novedad en el país ni puede causar extrañeza su difusión, tal cual se practicaba años atrás. La extraño, lo increíble, lo inaudito es el perfeccionamiento y organización adquiridas en los últimos tiempos como si se

tratara de la explotación de una industria o empresa comercial, basada en cálculos matemáticos, cuyo progreso sorprendente advertían sus propulsores.

Entre esa gente todo se preveía. Nada fallaba. Sus mínimos detalles cumplíanse disciplinariamente.

Las condiciones—

Se empezó por establecer que todos los miembros de la sociedad debían ser rufianes, de manera que sin este requisito era imposible el ingreso a la misma, y para que la cosa fuera más acorde, las mujeres alojadas en los prostíbulos, no podían ejercer su comercio sino tenían un rufián. La que no se sometía a semejante imposición, poco duraba en sus actividades, porque, a plazo más o menos fijo, se conseguía el cierre de la casa. ¿De qué medios se valían los rufianes para conseguirlo? Muchos, señor Jefe, pero no menos eficaces a pesar de su diversidad. Podría enumerar una serie de casos comprobados en el curso de la investigación; mas me voy a concretar a dos

solamente, asombrosos por su increíble realidad.

Un caso típico—

Raquel Spertztein ejercía la prostitución en la casa de la calle Larrea 73; fué traída al país con engaños por el rufián Natalio Zisman, quien, tiempo después, a consecuencia de una enfermedad infecto-contagiosa sufrió ataques de enagenación mental, siendo internado en un instituto frenopático donde estuvo en cura por espacio de quince meses, hasta que falleció. La sociedad impuso a la mujer la obligación de costear todos los gastos del enfermo, incluso la pensión del sanatorio, que pasaba de quinientos pesos mensuales, más la erección, a su muerte, de un monumento en el cementerio de Avellaneda cuyo valor ascendió a $ 2.500 m|n. Ahora bien: ante tanto sacrificio, la mujer creyó, por un momento, que la dejarían en libertad; pero no sucedió así.

El heredero—

Días después de ocurrido el fallecimiento de su concubino el hermano del mismo, de nombre Max Zisman, le hizo saber que en lo sucesivo debía entregarle a él la ganancias que obtuviera a expensas de su cuerpo, pues de lo contrario, le cerrarían la casa. En estas andanzas el expresado sujeto hacía intervenir a su propia concubina, la prostituta Regina Grimberg, con casa de tolerancia en la calle Ayacucho número 59.

La audacia de esta gente no tiene límites si se piensa que para el logro de sus fines tampoco se detienen ante dificultades.

Una maniobra—

Un día la aludida mujer concurrió a esta comisaría denunciando que Raquel tenía un rufián en el prostíbulo de la calle Larrea, agregando que a la hora 15 se le podía encontrar. Preguntada por qué causa, a título tan espontáneo, formulaba semejante denuncia, manifestó que era compañera de la misma,

añadiendo que desde la infancia habían corrido igual suerte, al venir al país, traídas con engaños por dos individuos que las obligaron a ejercer la prostitución. Que ella — la denunciante — logró independizarse y esperaba una oportunidad y algo más de dinero para regresar a Europa. En cambio Raquel no pensaba de la misma manera porque en su egoísmo por mantener al tratante, habíase negado a favorecer a la hermana que debía casarse en su país natal y le pedía una pequeña ayuda pecuniaria. Ante ello, agregó, y el repudio natural que le causara semejante conducta, resolvió a la vez que favorecerla por su cuenta traer la denuncia a esta comisaría, no como un acto de venganza, sino para que sintiera en carne propia el castigo inherente a su despreocupación por la familia.

Golpe de audacia—

En el momento de escucharse la manifestación de Regina, todo hacía suponer que eran verdaderas sus afirmaciones, inspiradas en un sentimiento de piedad hacia la desampa-

rada, diré así, residente en Europa. Sin embargo, nada había más audaz y falso que la actitud de esta mujer, al extremo de utilizar a la comisaría como instrumento de sus propósitos inconfesables, cuales eran, seguir explotando a la infeliz prostituta en provecho de su propio rufián. Lo consiguió en parte porque desconociéndose absolutamente sus ocultas intenciones se creyó de buena fe la denuncia, deteniéndose a un muchacho encontrado en el prostíbulo, que si bien se comprobó que mantenía relaciones con Raquel, distaba mucho de explotarse, según se ha comprobado ahora que el proceso a la "Migdal" ha puesto a descubierto tantas enormidades. Ha quedado bien establecido que Regina vive en concubinato con el rufián Max Zisman y que las denuncias formuladas por la misma contra Raquel no tenían otro propósito que atemorizarla para lograr su explotación; y debieron ser tan tenaces en la persecución que la víctima se vió obligada a abandonar la prostitución aprovechando la primera oportunidad que se le presentó".

Avanzando más:

Otra víctima—

El otro caso se refiere a la mujer Lola Goskin, actual pupila de la casa de tolerancia, calle Sarmiento 3255, que era explotada por su propio esposo Felipe Lopachín, a quien en cierta oportunidad amenazó con denunciarlo a la justicia, cansada ya de sufrir los malos tratos y privaciones que le imponía. No ha sido posible establecer la causa real que motivó la fuga del nombrado: lo cierto es que un día la mujer quedó sola, libre de su explotador; pero no había de ser por mucho tiempo; a poco de ocurrida aquella circunstancia recibió la visita inesperada, de nada menos que el presidente de la Migdal, Simón Brutkevich o Zisman Zusman, que iba a notificarla de la conveniencia de conseguirse un rufián que sustituyera el otro, porque de lo contrario le cerrarían la casa, para no estar en pugna con las exigencias de la sociedad. La mujer no aceptó la propuesta: entonces se le insinuó un arreglo que posiblemente podría convenirle, ya que no encontraba una solución más ventajosa.

¡Inspectores municipales!—

Consistía en que lo aceptara a él en calidad de rufián, porque sería menos exigente y sólo le quitaría el cincuenta por ciento de sus ganancias. Ante una nueva negativa, Brutkevich amenazante le contestó que se atuviera a los resultados porque en plazo breve experimentaría las consecuencias de su actitud. "En efecto; pocos días más tarde recibió la visita del inspector municipal de la zona, quien en compañía de otra persona, le fraguó un expediente por cierta infracción que dijo haber comprobado; la clausura de la casa fué decretada pocos días después". Según la mujer, Brutkevich pagó $ 1.500 por esta intervención, siendo inútiles todas las quejas y protestas que formuló la damnificada para que no se consuma el atropello. La casa estuvo cerrada durante ocho meses, pero luego consiguió la reapertura por haberse comprobado, según dijo, la injusticia cometida".

Horrores sociales, cuya prevención se descuidó interesadamente:

Presas del terror—

Son muchos los prostíbulos cerrados por iguales motivos y procedimientos, y sábese de varios casos de mujeres que enloquecidas de terror debieron huir del país para evitar la persecución de los rufianes.

No es exacto, como siempre se ha pretendido afirmar que las víctimas, por terror, cariño u otras causas, se resistían a denunciar a sus explotadores. La prueba es que en los archivos de los distintos juzgados de instrucción, existen aproximadamente 180 causas sobre las que recayeron sobreseimientos definitivos o provisionales, porque muy contados eleváronse a plenario, y en muchas más contadas aún recayó sentencia condenatoria. Es natural, entonces, que con semejantes resultados las víctimas terminaran por creer en la influencia que los rufianes alardean poseer para desviar a la justicia o impedir la acción de las autoridades. Y de ahí ese recelo temeroso para formular acusaciones que saben contraproducentes y de resultados mucho más funestos todavía, porque a manera de repre-

salia, desataríase contra ellas la ira de los rufianes que en caso semejantes adquiere caracteres trágicos.

¡Remate de mujeres en la avenida Alvear!—

Desde el despojo inaudito hasta el remate de sus personas, cual si fuera ganado de feria, debían pasar por todos los ultrajes imaginable. Porque no es un misterio, ni los rufianes se preocupaban de ocultarlo mayormente tampoco, que aquí en Buenos Aires se remataban mujeres hasta estos últimos tiempos, operación que realizábase como medio de imponer castigos a todas aquellas que por una u otra causa denotaban la más mínima displicencia en el acatamiento absoluto que debían a los rufianes. Para que el escarnio fuera mayor, el remate tenía lugar, por lo general, nada menos que en la aristocrática avenida Alvear, en el interior del café denominado Parisien, ubicado en la esquina de la calle Billinghurst, cuyo propietario, Achiel Moustowsky, encuéntrase alojado actualmente en la Cárcel

de Encausados, por ser componente de la Migdal.

Detalles más que importantes:

En dos bandas—

Todas estas actividades de los rufianes no podían tener resultados ventajosos si las practicaban aisladamente; de ahí la necesidad de constituir la sociedad, sin duda, por aquello de que la unión hace la fuerza. Al principio se la bautizó con el nombre de Varsovia, después se subdividió, pasando un grupo de sus componentes a formar otra asociación que denominaron Asquenasun, a la que ingresaron amorales de nacionalidad rusa, rumana y polaca. Posiblemente la diferencia de nacionalidad haya influído para que la escisión se operara, a estar de lo que afirman unos o tal vez como dicen otros, la causa fué provocada por varios dirigentes en acción de predominio.

Es así como la comisión directiva de ambas sociedades tenían a su cargo monopolio de todas las actividades conducentes a perfeccionar el organismo que había de darles resul-

tados tan excelentes. En la capital o en cualquier otra parte, del país con muy contadas excepciones, todo lo que tuviere alguna atincia con el ejercicio de la prostitución no podría escapar a su acción fiscalizadora.

Socorros mutuos...—

Se imponían sanciones a las mujeres que exteriorizaban un gesto de rebelión, deportándolas — así rezaba el lenguaje empleado por ellos — de un prostíbulo a otro, pero en localidades distintas, ejerciendo siempre la presión más fuerte hasta el sometimiento total; o se fijaban indemnizaciones cuyo monto oscilaba entre 1.500 a 2.000 pesos a los rufianes que fueron abandonados por sus mujeres para tomar concubinato con otro rufián. En este caso la indemnización estaba a cargo del nuevo explotador, quien, a su vez, obtenía el dinero de su flamante víctima. También se acordaban sumas cuyo máximo no podía exceder de 2.500 pesos a los rufianes que perdieran la mujer, ya fuera por fallecimiento, imposibilidad o cualquier causa que forzosamente los

privara de su explotación. La donación tenía por exclusivo y único objeto facilitar al rufián el medio de trasladarse a Europa, para traer otra mujer, descontándose las facilidades que les reportaría su condición de afiliado a cualquiera de las dos asociaciones.

Padres engañados—

A estar a la referencia de la mayoría de las mujeres que pasaron por semejante vía crucis, allá en Polonia, especialmente, en la ciudad de Lodz y Varsovia—mercado favorito de los tratantes — pues de allí proceden la mayoría de sus víctimas, la condición de personas jurídicas de aquellas pseudo-entidades, les ervía de poderoso auxilio para disimular sus combinaciones siniestras. Y es así cómo los miembros de familia, al entregar sus hijos, hermanas o parientes, lo hacían con el convencimiento íntimo de que un bienestar halagüeño les sonreiría en el porvenir. Sin embargo, qué distantes estaban de imaginar ni remotamente siquiera, la tragedia que se iniciaba, y así durante años y años, esa inter-

minable caravana de esclavas que no cambiaban de condición por llegar al país de la libertad, y fueron y seguirán siendo uno de los tantos escarnios que nadie acierta a explicarse, así que se lo examine desde cualquier punto de vista.

¿Se negarán, después de haber leído las líneas precedentes muchas de las crudas verdades que informa el libro de Albert Londres?

Pasquines de defensa.—

La orden de procesamiento dispuesta por el señor juez, después de laboriosas diligencias que insumieron mucho tiempo, coincidió con la aparición de pasquines que adquirían gran difusión en el Palacio de Justicia y en las oficinas de la repartición. Las publicaciones que se hacían en los mismos evidencian, con caracteres bien destacados, hasta qué límites llega la degeneración de ciertos individuos cuando se trata de obtener ventajas a espaldas de la honradez. Fundar periódicos para defender rufianes y atacar a los jueces

y funcionarios por el sólo hecho de cumplir la ley para extirpar una plaga social de consecuencias funestas, es algo realmente inconcebible. Sólo puede tener explicación por aquello de que éste es un país de libertad absoluta, mal comprendida y peor ejercida, o "tierra de las aberraciones", como tantas veces se ha dicho.

Los defensores.—

Lo verdaderamente extraordinario es que al advenedizo que dirige una de esas hojas — la de mayor difusión — se acoplan en sus campañas de difamación los abogados de los rufianes, cuya falta de recursos de orden jurídico para intentar la defensa, ¡oh ironía! de los pobres rufianes, como si estas piltrafas humanas pudieran inspirar un sentimiento de piedad. Entre los abogados defensores de esta hez, los hay de todas categorías: se encuentran ex ministros nacionales, ex magistrados, ex comisarios y otros que no fueron ni serán nada tampoco porque iniciaron sus

primeras armas judiciales con la defensa de esta causa de suyo innoble.

Un episodio.—

Entre los hechos inauditos cometidos por esa gente, que revela un grado de inconsciencia total, pueden destacarse algunos, que al hacer el comentario obligado con los empleados presentes, terminaron por cobrar un aspecto de comedia: habíase conducido a varias prostitutas que fueron a la Cárcel de Encausados a visitar a sus respectivos rufianes; se las hizo comparecer con el fin de instruir la correspondiente información sumaria; en esto hizo acto de presencia en la comisaría uno de los abogados — ex magistrado — solicitando autorización para hablar con ellas. No se le puso inconveniente, y a renglón seguido, después de una breve entrevista con las mismas, manifestó que como tenían que pasar visita en el dispensario municipal, solicitaba la entrega de las libretas correspondientes, que momentos antes se le habían tomado para verificar las constancias respectivas de iden-

tidad. Satisfecho también en este pedido, el mismo abogado, ante el estupor general, tomó las libretas, las entregó a las prostitutas, a las que acompañó al dispensario municipal para que pasaran su visita, después volvió con ellas a la comisaría y al retirarse, en términos muy cumplidos, agradeció la atención que se le había dispensado.

Una chiquilina.—

A raíz de los allanamientos practicados, en presencia del señor juez, en los departamentos 4 y 7 de la casa Alsina 1266, se comprobó que el rufián Moses Lachman explotaba en su provecho dos mujeres y a la menor Jancka Kotoska, quien por tal razón fué remitida al Asilo de San Miguel, a disposición del defensor de menores, señor Agustín Fernández. La venida de esta menor al país, constituye una verdadera odisea, según pudo comprobarse: seducida en su ciudad natal, Dodz, por el mismo rufián y engañados sus padres con promesas de un bienestar indudable, embarcóse la pareja en Hamburgo con destino

a esta capital, muniéndose previamente de pasaportes falsos que certificaban la mayoría de la edad de aquélla.

La ruta de todos.—

Desembarcados en Montevideo, trasladáronse por ferrocarril al Salto Oriental, pasando luego a la ciudad de Concordia, para llegar a Buenos Aires en ferrocarril. Esta maniobra del rufián no tenía otro objeto que eludir el desembarco por el puerto de la Capital, evitando así una posible sorpresa. Al pasar, conviene decir que el itinerario indicado es bien conocido por los tratantes de blancas, lo que puede verificarse entre otros documentos en "L'enquete de la Societé des Nations sur la traite des femmes et des enfants" por Isidoro Maus, miembro del comité de expertos de aquella institución. En la página 9 de esta publicación puede verse el itinerario Montevideo-Salto-Concordia-Buenos Aires. Es tan conocida la estratagema que hasta esta publicación oficial, tan seria e imparcial, lo denuncia como el mejor camino

para llegar a la Capital Federal. Pues bien; poco después, la menor obtenía cédula de identidad de la Policía y en seguida fué detenida en la sección 3ª por ejercer la prostitución callejera".

Narración que parece absurda, temible:

A la fuerza.—

Los vecinos de otros departamentos de la casa de la calle Alsina, donde fué detenida, prestaron declaración, manifestando que por espacio de dos meses oyeron llorar continuamente a la joven polaca. Comprendieron entonces que el llanto era consecuencia de las sevicias que sufría la menor al resistirse a ejercer la prostitución.

Bien; a pesar de todos estos antecedentes, el abogado defensor — ex magistrado también — del rufián Lachman, a recurrido a toda suerte de argucias para conseguir la libertad de la menor, que a no dudarlo, se entregaría de nuevo al ejercicio de la prostitución en beneficio del rufián, preso actualmente.

¿Abogado o qué?

Las informaciones sumarias que fué menester instruír, ordenadas por el señor juez, motivaban el envío a la Cárcel de Encausados, de empleados para averiguar qué visitas recibían los detenidos. Estas diligencias viéronse frecuentemente dificultadas por la intervención de los abogados defensores, que por lo visto estaban en permanente aceho de los empleados encargados de verificarlas; si no hubo incidencias desagradables fué debido a la cordura y tacto con que se desempeñaron estos empleados.

La conducta de los abogados defensores, así que se la examine dentro de un criterio lógico, no puede tener explicación satisfactoria. No es posible inferir nada de una actitud semejante; no se sabe qué pensar de personas cuyo cinismo llévalas a hacer abstracción absoluta de los deberes más elementales inherentes a la vida social. Basta con decir que prevalidos de la situación especial creada por su condición de defensores, llegaron a introducir al penal, de contrabando, be-

bidas alcohólicas para emborrachar a los rufianes, satisfaciendo así sus vicios. Todo esto y algo más, ha sucedido y sigue sucediendo desde que se inició el sensacional proceso, lo que viene a demostrar que en cualquiera de los demás órdenes sociales hay plagas que rivalizan por su inferioridad y corrupción.

Algo espantoso.—

De las 800 mujeres autorizadas para ejercer la prostitución en casas determinadas, el 90 por 100 son explotadas por rufianes componentes de las sociedades "Migdal" y "Asquenasum". Quien haya contemplado el problema sólo del punto de vista sentimental, tiene que ignorar la interminable tragedia que se desarrolla en este mundo, en ese "underworld", como le llaman los americanos del Norte.

La ordenanza municipal sancionada el 30 de diciembre de 1928, prohibe el cambio de mujeres en las mismas casas, de manera que desde aquella fecha las que estuvieron inscriptas entonces, deben continuar sin otra solu-

ción que la de morirse por agotamiento físico, enfermedad o por abandono del lupanar; en cualquiera de los dos últimos casos se opera la clausura del lenocinio. Y aquí viene lo particularmente asombroso, por corresponder el juicio a una de las tantas víctimas que me tocó escuchar: "¿Cuándo ha visto usted — me decía — que un perro abandone un hueso mientras tenga algo que sacarle?" Y ella sola se contestaba: "Así son los rufianes; jamás dejaron libre a una mujer si su explotación suponía algún provecho". Por eso tiene que causar íntima compensación el cuadro que presentan estas infelices mujeres.

Seguidamente aparecen las más dolorosas revelaciones, que son las que nos mueven a transcribir este documento valiente, histórico por todos conceptos, digno de la admiración popular:

Peor que bestias.—

Refiriéndose a las mismas en su particularísima situación en nota del 21 de mayo último, diriigda al señor juez, expresaba que

las sociedades de rufianes tenían a su cargo todo cuanto se relacionara con sus intereses, sin tener en cuenta a las mujeres, a quienes asignaban el mismo papel de las bestias o algo peor, ya que su única misión era obtener dinero a expensas de su cuerpo para disfrutarlo ellos en forma más degradante aún, y agregaba: "si opino que esas infelices mujeres reciben peor trato que las bestias es porque a éstas, en interés de sus dueños está conservarlas para obtener mayores resultados de su trabajo, mientras que aquéllas deben ganar dinero para satisfacer los apetitos incontenidos de los rufianes, que más salvajes que las misma sbestias no advierten que en su conveniencia estaría, dar mejor trato a sus víctimas para explotarlas mayor tiempo.

Mártires.—

Ahora debo ratificar el mismo concepto, pero con mayor amplitud por los conocimientos adquiridos y lo que he visto durante la investigación. La mayoría de las mujeres, por no decir todas, que ejercen su comercio en los

prostíbulos, han sufrido una, dos y tres intervenciones quirúrgicas,como consecuencia del esfuerzo continuado a que están sometidas y que por lo visto no llevan miras de terminar. Sin descanso, ni tiempo para reponer el desgaste diario contemplando a cada instante su cuerpo deformado por las cicatrices y la salud deshecha por efecto de las enfermedades contraídas, ¡qué reflexiones no se harán de la suerte que les depara el destino! Esperanzas no pueden tener porque si acusan a un rufián, ya se sabe el riesgo a que están expuestas; las visitas semanales que obligatoriamente debían pasar en el dispensario municipal, en contadísimos casos las declaraba enfermas. Sin embargo, en más de doscientas inspecciones y registros practicados en domicilios particulares y prostíbulos, se dió el caso invariable de encontrarse recetas médicas prescribiendo tratamientos de enfermedades infecto-contagiosas, lo que vendría a denunciar otro aspecto más, de los muchos enumerados acerca de los recursos infinitos con que cuentan los rufianes para no malograr, aunque fuera por

breve tiempo, la explotación ininterrumpida a que someten a sus víctimas.

Código inútil.—

No encuentro, señor jefe, adjetivos para calificar este orden de cosas, porque si existe una ley que castiga los actos de crueldad para con los animales, no me explico que haya quienes pretendan que el Código argentino, carezca de sanciones para los actos de salvajismo cometidos por los rufianes contra las mujeres que son explotadas.

Corrupción, prostitución, falsificación de documentos, cohechos, exacciones, extorsión y falsedad en todas sus formas, no son figuras de rtórica sino delitos especialmente determinados en el Código Penal ¿Cómo es posible entonces que a los componentes de una sociedad que viven delinquiendo constantemente no pueda sindicárseles como autores de una "asociación ilícita"?

Con personajes.—

Para el logro de sus propósitos, estos sujetos saltaron por sobre leyes, ordenanzas, reglamentos, sin que se pueda comprender dónde radica la fuerza misteriosa, oculta, que les da tanto poder, al extremo de haberse convertido en pretendidos personajes que paseaban su desvergüenza, con el mayor de los cinismos, pues en los últimos tiempos se les veía en el Hipódromo, en las tribunas del Paddok, restaurantes principales del centro, calle Florida y demás lugares de reuniones sociales, confundidos entre la gente decente, con la mayor naturalidad. Es que a las leyes parecían que no eran rufianes porque tenían relación con don Fulano y don Zutano. "viajaban en automóvil oficial" y hasta opinaban sobre el destino o cambio de los funcionarios de la administración, como me ocurrió, porque desde el tiempo que hace que estoy al frente de esta sección, 19 de enero de 1926, casi no hubo un día en que por distintos conductos no me llegara frecuentemente la noticia de mi traslado, dispuesto por los rufianes, como medio de

impedir o anular mis actividades contra ellos y posiblemente la formación de este proceso, cuya incubación data desde aquella fecha más o menos.

Descubiertos.—

Al consignar anteriormente que la falta de personal para afrontar la investigación en toda su intensidad pudo malograr sus resultados, eso no quiere decir que se fracasó ni mucho menos. El problema de la trata de blancas ha quedado al descubierto en toda su desnudez, la sociedad de rufianes rota en su base y organismo, sus componentes en número de 106 detenidos en la Cárcel de Eucausados, y el resto prófugos, ausentes del país o escondidos en sótanos y cuevas, lugares en donde con reiterada frecuencia se les encuentra. Independientemente de otras diligencias instruí hasta este momento 70 prevenciones sumarias correspondientes a 76 rufianes, que establecen en forma somera si se quiere, pero absolutamente verídica, los antecedentes, medios de vida y costumbres de los mismos, todo re-

lacionado con la explotación de mujeres en el ejercicio de la prostitución.

Diez potentados. —

En la planilla que acompaño, podrá apreciar V. S. la labor realizada así como los datos que contiene verdaderamente asombrosos, mucho más si se la simplifica tomando como base un número de diez individuos que resultan propietarios de 16 prostíbulos, donde se explotan 201 mujeres.

En la parte final el funcionario que nos ocupa, dice categóricamente, sin embajes, lo que fué esa labor, remitiéndose al número fantástico de joyas, que dan cuenta del empeño manifestado a través de su larga y documentada exposición:

"Compendiar en reducido espacio la historia tenebrosa de 150 individuos o más, es algo realmente imposible. Por eso esta comunicación no puede ser un embozo, un pálido reflejo siquiera del grave problema social y sus derivados que entraña para el país la trata de blancas; el mismo sumario con sus 4.000

fojas aproximadas instruído por ante el tribunal a cargo del señor juez de instrucción doctor Rodríguez Ocampo, es apenas la base del gran proceso a iniciarse que tarde o temprano terminará radicalmente con el orden de cosas que existe, que afecta a nuestras instituciones y cuyas sanciones penales alcanzarán por igual a todos los que resulten culpables sin distinción de condiciones.

Saluda a V. S. atentamente:"

Aclaremos el porqué de esta nota al lector: No basta la mejor voluntad para combatir ciertos males de raigambre profundísima, sino que se hace indispensable una acción enérgica, ella debe venir pronto, segando la maleza. Los recortes precedentes, suficientemente conocidos por el lector, indican cual puede ser el remedio apropiado, los hemos transcripto, sin modificación, como muestra de mil y un caso grave practicado a diario por funcionarios deshonestos, sin responsabilidad; cuadra, pues, dentro de este trabajo, al que le dan apoyo indirecto, en ciertos hechos relatados.

TAMIEN...

Quedaron en un rincón obscuro de la cocina los dos peones, entre sorbo y sorbo de mate la conversación hilándose, tomó escaso vuelo: ..

—Te felicito Pascual.

—No veo el motivo.

—Mi han dicho qui ti hais de casar.

—Pensaria, chei.

Silencio

El leño crepita en el hogar.

—¿Y?

—No mi han quédao ganas.

—¿Por qué?

Pausa, piensa la respuesta.

—Estoi trabajando en la estancia de santacatalina como mensual.

—Lo se.

—Debo lidiar con esas malas bestias, debo aguntar el sol, los chubascos, la nieve, los vientos, meta cábaio, meta púchero a la sanfasón.

—Chei, hablás bien.

Silencio.

—No ves que estoi hecho un ilo ¿quién aguanta con 45 pesos?

—Los estancieros se divierten en París. Claro, que labure el burro.

—Tendría que dejar a Ana a media ración o que se me volará él nido, un cuchiyo e bueno.

—Lo sei.

—Se va tirando poquito a poco, apenas pa mi alcanza... dejalo nomás, a lo mejor un día me vengo y le robo un arreo...

—¡Caiate!

—¿Te rais? mejor... de esta manera via quedar más chupao que caramelo largo.

—Tamien... (Largo silencio).

¿Y EN SAN LUIS QUIEN QUEDA?

Hemos llegado sin dormir a tomar el tren, la helada de esta noche nos dejó sin ganas de articular palabra, no tenemos idea como llegaremos a destino después de estar metidos tantas horas en esa carreta.

Como de costumbre la estación está de-

sierta, la hora, el pueblo, todo... nos acompaña el millonésimo cigarrillo para avivar los nervios, sacudir la modorra y contemplar el paisaje en el esfumino de la claridad gris.

La máquina resopla y para, de los coches descienden varias damas, incoloras, cansadas, es en realidad un conjunto extraño, bajan a comprar diarios y revistas y acaso algún décimo para la próxima jugada. Al subir al vagón (sin w) nos desconcertamos ¡quién iba a pensar! aquello es un enjambre de muchachas, ocupan la totalidad de los asientos, tiradas en distintas formas, observando posturas inconvenientes, hay mezcladas varias señoras y dos otras viejecitas de labios pintados a la última moda — la boca en corazón... — con melenitas entrecanas.

Nos acomodamos como podemos, oprimidos entre valijas, tapados, gorritos, caramelos, echarpes de seda vegetal... mirando el reducido escenario.

Al poco andar, nos miran, cuchichean ¿será una familia? No es posible, tres coches así...

Desciframos el enigma, la tonada pecu-

liar los denuncia, son puntanos y por consiguiente maestros; San Luis es una fábrica inagotable..., hablan de los niñitos, nos enteramos cuáles son los torpes y los inteligentes, sabemos de inmediato en manos de quién está la influencia decisiva, los sueldos que perciben, cuál es la que tiene novio y cuál la que busca, los tontos que se suicidaron (respetamos el romanticismo...) por un mal de amor y por aburrimiento...

Unos van a Neuquén, otros quedaron en la Pampa.

Seguimos fumando, levantando la cabeza de vez en cuando, sobre una valija voluminosa pronta a estallar.

Dos horas más tarde el movimiento es inusitado, van, vienen, hablan, cantan, unas tristísimas, otras cascabeleras como pájaros; al llegar a las estaciones se arrodillan varias veces en los asientos para mirar por las ventanillas a modo de balcón, se suben, observamos las ligas, cuya profusión de colores es inenarrable, una, una, otra, otra, carne morena, sensual, atrevida, al inclinarse tal vez con un movimiento involuntario la vista más arriba

y tenemos que confesar con ingenuidad que ninguna — ¡Pardón! — llevaba el popular culotte, no... al contrario, muy al desgaire.

El aburrimiento disípase, el panorama invita a serias reflexiones, de muy buena gana perderíamos tan modesto puestito, para continuar a Neuquen o a Ushuaia, aunque fuera sin dormir.

Cerca de Catriló la maleta, que tanto nos estorbara es conducida a otro lugar más apropiado, esta loable circunstancia es aprovechada por una morochita apetecible, se sienta frente a nosotros, coloca la pierna izquierda excelentemente torneada, en el asiento donde estamos se levanta la falda con artística arrogancia y practica sonriendo unos arreglos, cuyos términos desconozco, tira de la media, luego canta.

El país está salvado, lector, los niños serán hombres formidables, estas puntanas enseñan muy bien lo que pueden.

La calle Corrientes se pierde un bataclán inimitable por lo definitivo y culto.

Por el guarda nos enteramos que "eso" no es verdad (¡ !) y nos agrega que durante

semanas enteras los trenes van atestados de maestras, en su generalidad de regreso a San Luis, sin descuento en el boleto.

Estamos tentados de hacer unos tiros de aficionado, pero las niñas dicen con los ojos que se han de reir a nuestra costa y tenemos suficiente responsabilidad y experiencia para iniciarnos en...

Aquí pensamos en varios amigos novios de maestras..., entornamos los párpados, vamos a cabecear contra el duro respaldo, a soñar en las sierras, en los arenales inmensos, en la placidez de un idilio y nos asalta un interrogante grave:

—¿Y en San Luis quién quedará?

¿CON V o con B?

Sirio libanés de pedigrée, se encuentra alicaído por el sobrentrenamiento.

Pide socorro al sirio Ciriaco:

—Déjala esa y venga.

—Venga allí ¿hay?

—Dale la fatura, sañur.

—Sí; copio.

—¿Está?

—¡Oh!

—Cuenta de Vedro.

—Eso.

Piensa, se rasca la cabeza, no se decide a dos tirones.

—¿Qué la pasa Ciriaco?

—Estée...

—Diga, jabla, prontu.

—¿Como se ascribe Vedro, con v de baine o v de bandalún?

—Rabia gastellano...

—Mochu.

—Déjala, bonga abellido libiano...

PUNTO Y COMA

F. F. hábil funcionario, cuya carrera ha sido rápida y brillante, según el decir de sus innúmeros amigos, está instruyendo un sumario, sin mayores complicaciones, frente a sendas hojas de legítimo romaní (obsequio municipal...) plumea el secretario chupando

ávidamente medio toscano; don F. recorre de punta a punta la oficina, gesticulando, mordiendo el humo, el presunto reo mira el piso y se explaya.

Esto va bien... continúe "Los golpes se los produjo el dicente al dar con la cabeza en el duro pavimento, punto y coma, de inmediato concurrió un agente que de lejos sintió el ruido por el silencio noturnal... punto y coma, apesar de encontrarse a pocos metros seis vecinos caracterizados ninguno medio en la separación balconeando la paliza que finalizaba por nocaut ténico... punto y coma.

—¿Es así?

—Sí.

—Adelante.

—Vea comisario — se aventura el escribiente — aquí en este párrafo, en vez de punto y coma, quedarían mejor dos puntos.

—¿Por qué?

—Y... porque es más elegante, viste mucho.

—¡Ahjá! Póngalos entonce...

Y hasta el final de la pesada declaración

entran en juego dos puntos para matizar el romaní legítimo.

PRENDIDOS DEL TACHO

Para tener dinero y no saber tenerlo, más vale no tener nada... Así se le puede decir al viejo potentado don Aníbal, hombre vivaracho, trabajador como pocos, amigo de sus amigos, a los que les facilita dinero al 20 por ciento, sólo con el fin de sacarlos del apuro.

La familia vive en la capital federal, ajustadita en su casa propia, frente a la estación Once; de vez en cuando pegan media vuelta para La Pampa, porque el viejo don Aníbal no quiere soltar prenda, y guarda pacientemente su platita en el *banquito*. A él, déjenlo de comodidades, nada de tranquilidad, ni decencia, junto a sus vaquitas es feliz, y más, cuando llega Octubre y se palpita de cerca los rendimientos de la cosecha, entonces el viejo don Aníbal canturrea gozoso, pasea en el Ford enclenque, haciendo cálculos maravillosos.

Entretanto, las hijas ataviadas por las fascinaciones de la moda, insinuan el bien decir, se acicalan con sus visos de ciudadanía engañosa y flechan al enamorado que nunca llega, a pesar de su millón y pico por cabeza.

(Dicen las malas lenguas que la muchachada le teme al viejo, y otros, en realidad, ignoran el acomodo).

De mañana se junta la familia alrededor de un anacrónico tacho de hojalata donde hay varios litros de café con leche y dos kilos de pan como para cortar a serrucho, y en medio de una sinfonía Wagneriana (¡oh! ¡prodigio de la naturaleza!) engullen el contenido baboseándose ad libitum; nadie habla, hasta que se ve el fondo... entonces don Aníbal da instrucciones a un mensual que percibe sus salarios de vez en cuando, disponiéndose a salir.

Las comidas son imaginarias, pero, dinero nunca falta...

Y decir que dividiendo con inteligencia esas leguas de campo, podrían constituír la felicidad de muchas familias que viven poco menos que en la miseria.

¡POR CINCUENTA MIL PESOS

¡Poniendo! Y no hubo ni discusión.

La cábala surtió un efecto inverosímil; en cierto baile popular se conocieron un día 13, un día 13 del mes siguiente se comprometieron y el 13 del mes siguiente se casaron.

No hablemos de la fiesta; Vaccareza la pintó ya en algún sainete.

Ella tiene 37 años, es extranjera, posee un título de consecuencias fatales; él compra y vende lo que puede, pisa los 52, sin rebaja, no se tiñe el cabello albar, ni le importa una higa saber por qué vive.

La extranjera le cortó en seco la primera arremetida amorosa, exigiéndole en compensación a los años (handicap fácil) la suma de cincuenta mil nacionales depositados a su nombre en cualquier banco, — a él. ¿quién lo compensará? — el buen hombre hizo sus cálculos, pidió tregua para tomar agua, se compró dos trajes de idéntico color y mandó labrar las actas con un gesto semejante al del tahur que bloquea una carta.

Ella sigue en sus 13, jugando.

Y aquí no ha pasado nada.

NI MAS, NI MENOS

Lo vemos a cada paso, es audaz, pretensioso, cantor de escasos méritos y guitarrero mediocre, se sospecha "notable", "único", "famoso" animador del bel canto criollo, ¡pobrecito!

Su ladero, tímido, enfermo, sólo dice: Gracias. Hace aletear el viejo orión y pasa el plato.

No nos oponemos a que estos dos pajarracos se ganen la vida molestando los oídos de los oyentes ocasionales que encuentran en cada pueblo, aunque es menester decir que son robustos y ágiles, capaces de darle bola vista a bolseros prácticos, pero... siempre el dichoso pero, no vemos correcto que por ensalzarse ellos, se burlen de Carlitos Gardel y de Magaldi, los tratan de impostores, con otros agregados malevolentes, ha mucho han llegado pasando el plato.

Al final de cada canción — hay que llamar de alguna manera lo que berrean — le adornan con el estribillo incansable: "Esto que

acaban de escuchar es letra y música del que suscribe''.

Raya en demencia la audacia, puesto que ejecutan piezas de Canaro, Filiberto y Floris, conocidísimas, a las que sólo se han molestado en modificar el título.

¡Asaltantes!

Ni más, ni menos.

EL IDIOTA

Semiidiota, de rasgos lombrosianos, risible; veces hubo que pretendió razonar, que iba a encenderse una luz en el cerebro, apagándose enseguida y dejándolo con la boca entreabierta, expresando una mueca de dolor.

Tuvo hambre.

Días, semanas enteras.

Carneó corderos apetitosos.

Y lo condenaron a ocho meses de cárcel, sin examinarlo, sin ver quién era el agente autor de tantos delitos.

Se rieron al intentar defenderlo; sentimos pena infinita, los que roban millones van en Packard y son cuerdos.

Conviene exaltar un fallo del juez Dr. Martínez Sosa, digno magistrado, que ya ha merecido elogios por sus estudios jurídicos.

En un hecho parecido, ordenó la internación del prevenido en el hospital Melchor Romero, cuyo director, Dr. Eusebio Albina, lo sometió a la correspondiente observación y produjo al respecto un informe, que dice, el juez, sugiere algunas reflexiones interesantes dignas de ser tenida en cuenta.

Expresa en la parte fundamental:

"N. N. en mi opinión, no es ni un retardado ni un anormal, dando a esta palabra el alcance de que no padece ninguna perturbación mental de índole psiquiátrica. Es un sujeto que, nacido con fallas morales, ha carecido de educación y de ambiente sano; es el individuo en quien el reformatorio, de que desgraciadamente carecemos, ejercitaría una acción beneficiosa indiscutible, porque tiene buena inteligencia y no es un perverso. Desgraciadamente, ese remedio no está en nuestras manos y N. saldrá de la cárcel, si es condenado, con mayores fallas y más graves vicios, que asimilará de tal ambiente, y así se habrá tras-

formado definitivamente en una carga, cuando un concepto más práctico y una obra social de gobierno bien encauzada pudieran a él y a tantos otros convertir en seres útiles. Mientras no se disponga sino de cárceles-depósitos sin un anexo psiquiátrico, y mientras no exista el reformatorio, o por lo menos la clasificación y educación dentro de la cárcel para separar a estos infelices de los criminales avezados y de su acción corruptora, el Estado no hará sino obra destructiva, proporcionando a la sociedad enemigos cada vez más instruídos en el delito y cada vez más peligrosos".

SILENCIO

La bullanguera ventisca con sus fuertes ráfagas de fina arena, molesta e incansable, pasó; ha llegado la noche clara y serena, el conjunto agrupado de casitas semidesnudas y de antiguas taperas presta su nota colorida al conjunto; el pueblito duerme en la serenidad de la alta noche; a la distancia, óyese la sinfonía tristona de los mugidos, en el sos-

tenido acorde que van hilvanando los ladridos hirientes.

¡Cuántos pensamientos emergen de nosotros en esta hora fantástica, que nos encontramos tan distantes de la vorágine acuciadora!

Mañana amanecerá la pampa, deslumbrante por los hechizos del sol, por su colorido espléndido y por su armónico paisaje indefinido, más, nosotros, estaremos como en esta noche diáfana, añorando en el silencio de la hora, las esperanzas que no se cumplen, y seguiremos en la luna, perdidos en nosotros mismos, rodando a tumbos entre el silencio taladrante.

Confiemos en Dios.

Este silencio guarda el secreto de múltiples luchas, tiene bellezas extraordinarias, sublimes.

Muchos corazones se han templado para la lucha árdua, y, otros, vacilantes, perdieron su capital esencia en el tifón arrasante de la duda, perdiéronse tras el enorme peso que oprime al cerebro la desilusión de estar solo, por la chatura del ambiente, sin complicacio-

nes, sin espiritualismo, provocando la sensualidad visual al primer choque.

¡Qué necesario es el silencio! Pero cuánto mal produce, la juventud interior se desvanece.

¿Y el final?

Siempre el silencio, venderemos trigo, hablaremos de los vacunos y la populosa urbe será un cuento de hadas a más de ochocientos kilómetros de distancia.

SOLILOQUIO

"Seis años con la chacra, seis años trabajando como un burro, ¿y total? el dueño del campo se llevó la plata; qué le importa que el tiempo sea bueno o malo, ni que fracasen una tras otras las cosechas por las lluvias que nunca llegan o por el granizo demasiado oportuno. Nos explotan, señor y parece mentira... en ésta época! El comerciante es nuestro verdugo, claro, él quiere, ganar, para algo se sacrifica en estos desiertos; el patrón del campo calcula el porcentaje a costa de nuestro sudor

y después... el cereal no tiene precio, pagan lo que les parece... Viviendo como las bestias, sin poder calzar a los chicos, ni vestir a las mujeres... hay que dar los brazos al bolichero''.

POR UN POLLO

Doña Christina Mancini cuida las aves de corral con veneración exagerada; aunque hija de nobles italianos de la época romántica de los Dux, se codeaba con los vecinos, a título de favor, a quienes sabía aconsejar cómo deben ser tratados los animalitos en todos los meses del año. Los animales a su custodia, incluso su panzudo y enorme consorte, don Giacumín Tetrazini, tenían un mote cariñoso, nomenclator originario, de las ''italias''.

Don Giacumín, cantante jubilado, bebía en abundancia vino mezclado con campeche de la calidad más rigurosa para temulentarse, su sport favorito; por su parte, doña Christina, hacía calceta, añoraba los novios de su distante mocedad, se emporvaba la arrugada

faz macilenta de cinco décadas y dejaba el cuidado de la casa, a cargo de la sirvienta, menudita, encogida por los años.

Cierta tarde, caliginosa, apareció por el fondo de la casa, la silueta magra de Ña Soleá, una andaluza terrible, dicharachera, de formidables biceps, diciendo:

—Ña Christina, ¿quié usté acercarse a esta vera?

—Osté dirá.

—Pus... er poyito pequeño, recién nacío, anda picoteando entre sus gallináceas, sa escurrío por este alambre roto.

—No lon vedo.

—¡Por dió! S'a quedá osté corta e vista o acaso la sensibilidá der sentro quedó sin una migaja ¡mujé! e aqué...

—¿El turdillito? Giusepin le sum cumprao.

—E aqué oscuro tirando a lila.

—Decame reime Soletá... pávera de té... póvera de mé!

—¿Quiere esplicó por qué estamo tan pobre?

—Perque io sono convenchita de que busca la pelea.

—¡Bah!, bien sabe que no tengo ni pa empezá.

—¡Hágame la cosquichita!

—¿Se orvida de su madrina de osté vieja maleante?

—¡Sporcachuna!

—¡Guau!

—¡Squifusa!

—Su mare no tiene pare.

Iban acercándose...

Dió comienzo al match, alambre por medio; trozos de jopo postizo, tiras de boal floreado, rasguños, sangre.

—¿Christina, eh?

—Soledá, ¿qué inconveniencia estais haciendo?

—Má peró, tiréle del pelo, arrangáselo.

—Duro y a la cabeza.

Así, aparecieron los dos maridos, mientras ellas dirimían la cuestión económica.

—Separe a su mujer, gringo del diablo.

—Le comeré el hígado.

—Boen provecho. Osté tiene la culpabilitá.

Paff. ¡Pum!

—Agarremela Giacumincito, píllala.

—Toma, perdía.

—Mordele el gañote.

—Soledad, acuérdate ahora de cuando me pegas a mi, leña. Se me han movido tres muelas.

!Garalo.

¡Plum!

(Co - co - rococo — ¡Guau guau! — ceceos el delirium tremendo).

Veinte vecinos, desde las medianeras aplauden la escena.

El perro mordió a los cuatro, cerca del "huesito dulce", en el suelo yacen varias gallinas muertas en la refriega, los alambrados están casi rotos, yendo y viniendo, vertiginosamente; la paliza recíproca es mayúscula, pero la italiana y el marido de la Soledad llevan lo peor parte.

Dice un curioso:

—Mirá la vieja, tiene un lunar en la cadera...

Le contestan:

—Y la andaluza, tan compadrona, lleva calzoncillos del marido...

—¡Fíjese la sangre!

—No... es pintura!

—¡Te voy amasare!

—¿Quedaré tuerto? ¡A mí, cualquier día! Corte el alambre, si no es cobarde, tallarín al pesto!

—¡Te acordará hasta fenecé!

—¡Christina!

—¡Ay!

—¡Soledá!

—¡Tu mare!

—¡Pardiez!

—Mardita sea, que más dao en el ombrigo.

—¡Por dío, maledetta!

(Mordiscos, gritos, sangre).

Por fin, el alambre se corta por lo más delgado y caen los cuatro, uno sobre el otro.

Algún vecino oficioso llama a la policía; ésta interviene, los combatientes son separados "ipso facto".

Inquiere el oficial.

—¿Cómo se llama usted?

—Io no sacho niende.

—¿Por que vino la refriega?

—Per el pollito turdillo...
—No por er lila...
—¿Usted, qué sabe?
—¿Io? nada.
—¿Y usted?
—Mucho menos que él.
—¿Así es que se han peleado sin saber por qué?
—Sí.
—Marchen presos, conventilleros de porra.

Una manifestación de curiosos los acompaña hasta la comisaría, dando hurras, por haber terminado el match "draw".

Enterado el comisario de la incidencia ruidosa los pasa al juzgado de paz por escándado en la vía pública...

Los cuatro lesionados regresan comentando el hecho, vendados de pies a cabeza, han abonado una multa exorbitante.

—Lo que no se vá en lágrima se va en suspiro.

—¿Perque tanta multa, si nos son pegau no altri?

—Justicia e dio...

—A la marchanta.
—Squefuso lo juece.
—No gredare, Giacumín.
—Cuesta dinero.
—No discutiré má, e bastante.
—¡Oh, lo pollito lila ha muerto!
—Se lo mangiaremo.
—E mio.
—E de lo cuatro.
—¡Ecco!
—Ponerlo al horno, ya venimos.
—Pillaremo in po de vin.
—Sí, es mejor, don Giacumín, ¡lástima de mis ahorros, ¡ay! pero las pajará caras el maldito pollo aquel.
—E mejó no tenéalambrao...
—Curemosé, doña Soledá.
—¿La he lastimao?
—Nada.
—Pase osté premero.
—De ninguna forma: usté.

CARTA ABIERTA

"Mi querido León: No me extraña tu carta, te conozco demasiado, sé cómo piensas.

Lo que me inquieta de tí, es que llegarás a ser como yo ¡cuidado!, medita con el recogimiento de la soledad, ¿estás triste?, echa a volar las penas, no quieras ser ni un filósofo, ni un lírico, búscate, creo no tardarás en encontrarte, te brindo el consejo de buena gana y con la mejor intención.

Días pasados me impresionó el espejo — ¿a mi edad? — puedes creerlo, estuve 24 horas en un estado lamentable, semejante al tuyo, me molesta verme así, permanecí diez minutos mirándome, ví claramente que comienza la derrota, no existe la remota posibilidad de estirar la piel con masajes, es inútil, los años llegan, pasan, se alejan y nosotros en medio del camino, sin darnos cuenta que otros se incorporan a la mascarada y que vamos quedando fuera de la línea.

Pensé una cantidad de cosas sin coordinación, era una danza macabra de recuerdos,

estuve proyectando, sin ninguna cohesión, la larga película que pasó; la triunfal adolescencia, encantamiento florido, la juventud enceguecida por los frutos encantados, los amores de ensueños, los ilusorios, los verdaderos, la embriaguez crepuscular...; la marcha violenta por el paraíso irisado, tropezando sin saber, cayendo sin tener noción de la caída; las luchas frenéticas contra lo estulto, contra el egoísmo, la necedad, la envidia; todo ese cúmulo de fuertes desazones portadoras de la impotencia ante el gesto indiferente y necio de los que van uncidos a la carreta a paso igual, sin ver a dónde pisan y sin noción del horizonte, estuche de luz, fantasía suprema que tanto les da estar en París, como en el Himalaya.

Recordar que, acaso, se ha sido perverso, pudiendo haber sido bueno, que más de una vez no se comprendió nuestra heroicidad en los trances dolorosos, que pudo más la embriaguez banal, que el consejo mejor inspirado; decirnos en voz baja las penas infinitas que flotan en el corazón, por ser lo que

no debimos ser, y no llegar, al fin, a donde creíamos que era la ruta.

He dejado de pensar, no sufriré más, de mis ojos no brotarán más lágrimas, ellas, tal vez, sean de alegría, de satisfacción, de lo que tú quieras... el llanto es una de las tantas cobardías, que nos enmascaran cuando no tenemos fuerzas para más...

Me he reconquistado.

Ríete conmigo, León, es mejor ser fantoche, que pretender el poder mágico de los iluminados, convence a tu pesimismo de una vez por todas, que no somos nada, que en la tumba sobra con una lápida llena de horrores ortográficos; deja la inmortalidad para los locos, solamente los inconscientes quieren vivir más, después que se fueron porque estorbaban.

Otro día te hablaré de la mujer ¡de la mujer! y si no te agrado, te condeno a la más luminosa inmortalidad.

Voy a contemplar los trigales, después les daré de comer a los cerdos.

No llueve.

Hace viento, volaron dos ranchitos.

Estoy masticando tierra.

Te abandono aquí.

Hasta la próxima. Un abrazo de Ricardo Gómez".

PENSAMIENTOS DE COMISARIO

No quisiera jubilarme jamás.

Los jueces deberían olvidarse de nosotros.

Pedimos el funcionamiento de las escuelas nocturnas, para ir aprendiendo junto con los maestros.

Cuanto más lejos estamos, mejor vivimos.

Que nos autoricen a colocar bozales de seguridad a los vecinos hidrófobos.

Los denunciantes sistemáticos deben ser anotados en un registro especial, para darle como máximo diez denuncias por año.

¿Por qué se nos ataca tanto y se loa a los farmacéuticos, verdaderos Boninis de la cartera?

Cada dos años tendrían que rendir nuevo examen los médicos de tierra adentro, los hay profesionales de la ineptitud.

Cuando el juez de paz del lugar consigue la simpatía general, es un tiranuelo atrevido, dispuesto a practicar raros movimientos de opinión.

Los padres para asustar a sus hijos nos comparan con el cuco, ya grandecitos piensan que somos delincuentes comunes.

Cuanto más chillan los comerciantes, más sinvergüenzas son.

Todos, por hábito, nos tildan de esto y aquello, sin embargo, nos envidian la situación; por censo podríamos sacar muy elevadísimo porcentaje de gente que en su fuero interno aspira al puesto.

Los hombres más honestos son los pobres de solemnidad.

¡Qué grata satisfacción le produce a la gente poder manosear a un funcionario público! Ponerlo en la picota equivale a vengar al no poder ocupar su lugar.

La prensa exalta las virtudes del homicida, las nuestras, no.

Adquirimos el desconcepto generalizado por culpa de los que no cumplieron con su deber, llevados por el sentimiento humanitario o por la dádiva generosa.

Aplicar la letra del código en su exacto rigor, sería tener a la sociedad íntegra en la cárcel.

Esperemos tranquilamente el juicio final.

Con ligeras variantes, todos somos lo mismo, nos amasaron en igual barro.

En Huahuel Voiyen (Río Negro) el Dr.

Rogelio Cortizo es un ejemplo admirable: Tesón, laboriosidad, inteligencia.

EL ORADOR OFICIAL

(Ejemplares abundosos de la políticomanía ambiente, admitidos y tolerados por el cándido pueblo).

I

Hall

Plaza centrífuga, arbolada tupinosa, porterres inglaicos.

Estatuas abismales.

Gente: Partidaria, partidista y apolítica.

Palmoteos.

Eufemismo

—Iega.
—Llegó.
—¡C'able!

Rumores increscentes.
—¿Hablará?
—iva el dotor Sinforiano Trepidante!!!
—Vivaaa...
—Viva el Hombre, el único, el Apóstol, el callao.
Gemebundo:
—Vivaaa...
Calderón aguzado.

Confucio II

Melena blonda.
Voz tintineante.
Ademanes arroldanados.
Compostura gargantisca.
Puños sedosos al céfiro:
—Multitud, acallad el aplauso fácil y escuchadme...
(Ultratumba en auge).
—...estoy orgulloso.
—¡Lindo!
—¡Papa!
—¡Macanudo!
...estoy orgulloso de la pléyade inmortal

que nos sigue, ella sustentará los principios más definidos de la democracia legada por nuestros mayores como un blasón rutilante...

—(Que atorrante).

—¡Lindo!

—...blasón éste, heredado cuando recién comenzaba nuestro ilustre gaucho lengendario de poncho y daga a dominar la inmensa soledad de la pampa, ávida de emociones gigantescas...

—!Bravo!

—¡Cómo se ve q'es hijo e su padre, caracho.

—...es que por sus venas *fogosas,* ¡preciso es decirlo!, corría la heroica sangre en oleadas impetuosas, de sus hermanos los españoles atrevidos, audaces, como el águila embravecido que coronó la hazaña de San Martín, en los nevados picachos del Andes...

Aliento.

Aplausos plausibles.

—...desde entonces, la democracia, rige los destinos de la patria, superando las ambiciones desmedidas, puestas como traba a cada paso.

—Es cierto.

—Me lo contó el viejo.

—También lo dijo Sarmiento o Gutiérrez o no sé quién.

—De nada valieron los tiranos, de nada sirvieron las conmociones intestinas, en el corazón de la joven república, de nada sirvieron los malos ejemplos en el riñón de la necrópolis, ¿qué es lo que triunfó? ¿qué es lo que *vi*no? ¿qué ocurrió después?

—Si él no lo sabe, pa qué habla.

—Viene a que le enseñemos.

—Se impuso el tesón, la perseverancia y de nada que éramos llegamos a algo, ¿llegamos o no?

—Llegamos.

—Me alegro, pues, que ustedes mismos lo reconozcan. Veamos porqué y cómo llegamos.

—Veamos.

—Veamos.

—Veamos.

Sigue el eco hasta perderse.

Se pone el sol, sale la luna (más gráfico, imposible).

PROPAGANDEANDO

—Escuchadme, pueblo amado.

—Guarda con los bolsillos.

—¡Me afanaron el bobo y la marroca!

—Ensaimada caliente.

—A die lo turrones.

—Quinta, timora, el crimen d'ioy.

—Pueblo amable.

—No arrempuje.

—Me está pisando el callo punta e banco.

—Bien; gracias a vosotros los liberales, que dimos hasta la sangre en días memorables.

—(Macanas).

—El crimen d'ioy, diario.

—Manises y caramelos.

—No volveremos a narrar la historia de nuestros hechos, están grabadas con letras de oro.

—¡Qué lujo!

—Señores, la vaca lechera ha muerto...

—¡Probe!

—Ha muerto y en buena hora, la administración pública era igual que una robusta higuera...

—¡Piedra libre!

—¡Ensaimada caliente.!

—Cuidao con la mondonguera.

—¡Cómo ole este tío!

—Callarse mentecatos.

—Este... ¿dónde estaba?

—En la higuera...

—¡Ah, sí! La administración pública era igual que una robusta higuera.

—¡Qué memoria!

—Lo dijo igual.

—...a la que sin compasión se le arrancaron impunemente sus frutos.

—Claro.

—Hasta que llegamos nosotros, señores, y se acabó la higuera, pusimos las cosas en su lugar, aumentamos los sueldos, aumentamos los impuestos, aumentamos la importación...

—...¡y las deudas!

—Y lo que antes era un desierto hoy es un florecimiento de riquezas por doquier; en la lucha que se presenta opongamos recia resistencia al enemigo, sigamos como estamos, que vamos bien, votemos, en una palabra, por

el partido Liberal, que habrá más de todo; hay que evitar la intromisión ajena.

—¡Eso!

—Malhadados los ingratos, las urnas hablarán, mueran los cretinos, los facinerosos, los estúpidos contrarios, que reviente el dotor Olímpides Contin, que muera Atanasio Ripamonti, que sean linchados Seriani y sus secuaces...

—¡Qué mueran!!!

—Esto sí que es ser elocuente.

—Cuando sepan imitarnos podrán triunfar.

—Ché, Trepidante, ¿te olvidaste el discurso?

—Sí, llegué bien hasta los Andes, allí me paré, era demasiado largo para acordarme de tanta parrafanda, de cualquier manera dejé bien sentada nuestra fama política.

—¿Hubo lío?

—Cargaron los milicos, les rompieron la cabeza a quince o veinte... total nada.

—Mañana haremos una colecta pública para curarlos y quedamos como nunca.

—¡Viva la libertá!

—Viva el dotor Sinforiano Trepidante.
—Vivaaa!...
(Año 1928).

EL HIJO DE NADIE

Marchaba aquél muchachón por el camino, cansado, sudoroso.

Ni el calor de fragua de la tarde calcinante, ni el viento caliginoso cargado de tierra, como plomo derretido, le habían hecho modificar su simbólica apostura...

Y, sin embargo, en su corazón, un vacío inmenso, acicateaba a las ideas perversas,

Y sin embargo, tenía hambre y sed.

El peregrino cruzó los campos dorados, donde cimbreaban majestuosas las espigas, recorrió médanos extensos, igual que planchas de fuego, caminó sin descanso en la búsqueda de un lugar de paz y de sosiego, sólo encontró rostros por la ira.

¿Dónde marchar ahora? ¿dónde solicitar la protección tantas veces negada?

A la voz perdida en la inmensa soledad

de la pampa, respondía el eco del huracán endiablado!

—¿Qué tal le ha resultado la cosecha?

—Buena.

—¿Habría un lugarcito para mí?

—Los braceros ya están ocupados.

—¡Qué pena!

—¿Conoce Vd. el trabajo.

—No; es la primera vez que salgo al campo.

—¿Y se atrevió? Están las cosas...

—¿Cómo explicárselo?

—Ignora Vd. que esta labor es demasiado ruda?

—Me sobran fuerzas y juventud.

—Qué mayor tesoro...

—No se crea, preferiría tener cincuenta años y disponerme a morir, me falta suerte, factor único.

—Ella viene, amigo, no se devane los sesos en tratar de saber dónde está.

—¡Bah! poco me interesa.

—¿Es posible que haya Vd. sufrido tantas contrariedades en los pocos años que tiene, para hablar así?

Los ojos del peregrino errante se nublaron de lágrimas, las palabras no querían salir, anudadas en la garganta:

Señor, usted no puede comprenderme, es feliz.

—Explíquese.

—¿Para qué?

Con la manga del saco polvoriento secó sus ojos, diciendo:

—¡Adiós¡

Su interlocutor quedó perplejo:

—¡Demonio, con el muchacho!

Y vió que enderezaba a la vía férrea con pasos seguros y caminaba, caminaba sobre los durmientes, perdiéndose a la distancia, mientras avizoraba el horizonte.

El buen hombre se dijo:

—¡Qué saben estos de las desgracias de uno! Apenas pueden con su egoísmo y pretenden bucear las almas de los otros, creen en la felicidad, mientras viven en el engaño...

De un tirón se arrancó la corbata, arrojándola lejos con el cuello.

Lloraba de rabia, de impotencia, de dolor.

Obscurecía.

¿Para qué habré nacido? ¿Por qué los pecadores me arrojaron al asilo olvidándose de mí? Mis padres... no pueden haberse querido ¡oh! si este harapo que recorre el mundo pudiera servirles de escarmiento a sus conciencias pero ¿la tendrán?

Automáticamente, seguía sin rumbo el camino emprendido, conversando consigo mismo, olvidando por completo de cuanto le rodeaba:

—¡Si yo tuviera valor para suicidarme! Esta enorme carga me pesa cada día más...

No tengo ninguna misión que desempeñar, mi rol está definido por completo, ¿qué soy? ¿para qué existo? ¿cuál es la causa? Dónde encontrar el calor de una palabra afectuosa, el cariño puro no tiene cabida en mí, ignoro la equivalencia de los afectos; no tengo noción de lo que significa el amor, la ternura, la esperanza... ¿serán engaños comunes? Sí; palabras que disuenan en mis oídos, siento envidia y odio a los demás... saber quererse, engañarse, un beso puede tener

la rara virtud de elevarlos, de hacerlos buenos y de prodigar bendiciones a la vida.

¡Ay, Dios mío! ¿cuál será la causa de tanta desgracia que siempre se ha cernido sobre mí? Tengo miedo en pensar lo que soy y lo que puedo ser... Hallar a cada paso una puerta cerrada, un dedo que señala otro lugar...! Mejor hubiera hecho en quedarme en el asilo, si bien los escozores del castigo diario me convertían en un individuo abominable, nunca podría juzgar mal a los que no se cansan de castigarme con su desprecio! ¡madre mía! ¿por qué me abandonaste al nacer, tanto mal te hice que me arrojaste al arroyo sin saber cuánto te quería?

El tren avanza velozmente.

Las dos pitadas casi simultáneas no fueron oídas por el peregrino, que continúa su triste letanía.

Alza la vista, un pensamiento cruza por su atormentado cerebro, se quedará allí, inmóvil... a pocos metros de distancia el convoy...

De un salto se puso a salvo, rueda en la arena.

—¡Es necesario vivir!

Y aquél muchachón, se perdió entre las brumas de la noche, sudoroso, llorando la derrota ineludible.

FIN

NOTA. — Apuntes a la ligera, sin corregir, propicios al buen lector y a los hombres de sanas intenciones. Que nos interpreten como queremos.



INDICE

INDICE

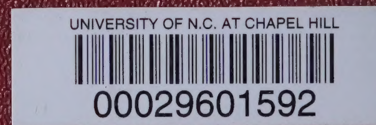
Al lector 5
Filosofía de un ladrón 37
Testamento de un loco 45
Casamiento campero 50
Historieta tragicómica 56
La vida triste 62
Romance 62
Por ser honesto 70
Humberto Beghin y el descubrimiento del petróleo argentino 74
El insensible 122
Academia al sol 124
Cotorra 128
Marcas 129
Sírvase sañur 130

Genios a la violeta 131
Nació felómeno 133
Politiquería 134
Buena despedida 136
El niño de Dios 138
Un bárbaro 141
¿Por qué no me suicida Vd? 142
La felicidad 147
Una mujer fácil 150
Dos tajos... y a otra cosa 152
El hombre que hace llover 154
Un amor de comisario 155
Recortes 161
Tamién 205
¿Y en San Luis quién queda? 206
¿Con V o con B? 210
Punto y coma 211
Prendidos del tacho 213
¡Por cincuenta mil pesos! 215
Ni más, ni menos 216
El idiota 217
Silencio 219

Soliloquio 221
Por un pollo 222
Carta abierta 229
Pensamiento de comisario 232
El orador oficial 235
Propagandeando 239
El hijo de nadie 242






UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00029601592